

COSAS DE ANTAÑO

I

El Teatro del Príncipe.

Es preciso confesar que entre tanto autor dramático como aparece á mediados del siglo XIX, ninguno puede disputar la supremacía á D. Manuel Bretón de los Herreros. Versificador correcto y espontáneo, dialoga con naturalidad y gracia, desarrolla sus obras con verdadera maestría y dominio de la escena y del público, tomando del realismo lo indispensable para formar cuadros de costumbres y del sentimentalismo lo conveniente para conmover al auditorio en determinados momentos. Bretón de los Herreros supo formar un teatro con fisonomía propia, pero sin perder el distintivo de raza; así es que en todas sus comedias se encuentran muchos puntos de armonía con las de Moreto, de Rojas, de Tirso y de Alarcón. Y no nos sorprenda que, viniendo al mundo Bretón detrás de Moratín, no le siga por el camino que éste trazara, pues el autor de *El viejo y la niña* no supo dar á sus comedias ese carácter español que forma uno de los distintivos más salientes del autor de *Muñete y verás*. Moratín no quiso inspirarse en nuestro teatro clásico, al que miraba con menosprecio, y buscó su fuente de inspiración en los autores extranjeros. Bretón, por el contrario, desechando la escuela francesa, se saturó de las comedias del siglo XVII y logró acomodar aquella manera de escribir al siglo en que vivía.

Ahí está todo su secreto.

Y vaya en cuenta que tradujo mucho, de suerte que conocía perfectamente el fondo y la forma del teatro francés, sólo que no quiso aprovecharlos.

Hay otra circunstancia que merece tenerse presente. Cuando Bretón escribía sus preciosas comedias, interpretadas por otro genio creador, Julián Romea, imperaba el romanticismo y, sin embargo, en vez de seguir la corriente de la muchedumbre, Bretón y Romea se pusieron enfrente y consiguieron encauzar el gusto del público.

Carlos Laterre, el gran trágico, que pudo servir de modelo á Romea, tenía tonillo, cantaba el verso, se hallaba dominado por el amaneramiento que produce la continua representación de dramas y tragedias en verso; los actores de la época en que Romea salió al teatro seguían la escuela del que figuraba á la cabeza de todos ellos, de Laterre: ¿dónde aprendió Romea aquel modo de decir y de accionar que le hizo superior á sus propios maestros y que no ha encontrado rival en los que le han sucedido? En las obras de Bretón de los Herreros.

Uno á otro se completaban y consiguieron formar la edad de oro del teatro español en el siglo XIX.

Hay algunos autores contemporáneos á Bretón que lograron escribir tal cual drama ó comedia de buen gusto y de inspiración; pero ninguno le iguala en cantidad, y no hay que darle vueltas ni poner distingos: para figurar como autor dramático en los futuros tratados de literatura española, además de escribir bien, hay que escribir mucho. Por esto al autor de *Don Francisco de Quevedo* solamente conocerán los eruditos; en cambio el nombre de Bretón de los Herreros será citado, comentado y discutido en tertulias, cafés y pasillos de teatros.

Época de novedades y acontecimientos fué para el *Teatro del Príncipe* el período de 1860 á 1868. En breves párrafos voy á darte, lector, una relación de las obras que más llamaron la atención en aquellos días.

El sol de invierno, comedia en tres actos estrenada el 8 de Noviembre de 1860. D. José Marco era un escritor muy sensato, y su obra fué un verdadero sol para él y para la empresa.

Genio y figura, proverbio en un acto, de D.^a Joaquina García Balmaseda. Se estrenó el 6 de Abril de 1861. Es una co-

media de corte fino y delicado inspirada en las de Bretón.

Francisco Pizarro, drama en tres actos, de D. Antonio Ferrer del Río. Se estrenó el 3 de Mayo de 1861. Bien escrito nada más.

El tanto por ciento, comedia en tres actos, de D. Adelardo López de Ayala. Se estrenó el 18 de Mayo de 1861. Es la obra maestra de su autor, la que le da nombre; quitadle á Ayala *El tanto por ciento* y perdería mucho su importancia literaria. Es más: si la comedia se titulase *Roberto*, no se hubiese hecho tan popular.

Receta contra las suegras, comedia en un acto, de D. Manuel Juan Diana. Se estrenó el 13 de Enero de 1863. Esta obra se tradujo al alemán. Tomó parte en su representación el entonces primer actor D. Manuel Catalina, que era como galán cómico un artista notable. En la pieza titulada *La cabeza á pájaros* conseguía un triunfo siempre que la representaba.

El amor y la Gaceta, comedia en tres actos, de Narciso Serra (12 Octubre 1863). Es un juguete escrito con la gracia y naturalidad que caracterizan á aquel poeta desgraciado: vivió siempre enfermo. Aún recuerdo haberle visto sentado detrás de la vidriera del balcón de un piso principal del número 26 de la calle de Segovia, distraendo sus dolencias con mirar la gente que pasaba. Los interlocutores de *El amor y la Gaceta* son militares: el argumento tiene su base en un decreto que había salido en la *Gaceta*, entorpeciendo ó dificultando los planes de boda de un oficial.

El decreto existía positivamente, expedido por el General O'Donnell, y una noche que éste se encontraba en el teatro, el actor Manuel Catalina declamó dirigiéndose á él todas las alusiones que al decreto y al Ministro se hacían en la comedia, excitando grandemente la hilaridad de D. Leopoldo, y por ende la del público.

Venganza catalana, drama en cuatro actos de D. Antonio García Gutiérrez (4 Febrero 1864). Fué el acontecimiento de la temporada. Como la obra es tan conocida, no voy á molestar tu atención, mi querido lector, haciéndote una reseña de ella. El plan del drama deja mucho que desear, y la ver-

dad histórica no está rigurosamente observada; pero las escenas, los efectos, el diálogo y la versificación resultan superiores á todo elogio. En la interpretación se distinguieron Matilde Díez y Mariano Fernández, y eso que Matilde comenzaba á estar decadente, y Mariano, el gracioso, se encargó de un papel serio: para los buenos actores no hay dificultades. En cambio, Manuel Catalina hizo un Roger de Flor inaguantable; tenía el defecto de declamar dando como un golpe al final de cada verso y marcar con dureza las vocales que llevan acento en las palabras que forman los consonantes.

El año 1864 se estrenaron *Aventuras imperiales* (20 Mayo), de Fernández y González, en que sale un Carlos V galanteador; *La belleza del alma* (5 de Diciembre), de Rico y Amat, comedia de costumbres en que Manuel Catalina hacía un papel de galán jorobado, y *Cuando de cincuenta pases* (24 de Diciembre), comedia en tres actos, de Bretón. La obra es como suya; Matilde estuvo inimitable. De esta obra es la conocida letrilla *Yo me caso*.

El 17 de Febrero de 1865 se estrenó la lindísima comedia de D. Juan Coupigni titulada *Mañana*. Es una de las pocas que hacía bien Manuel Catalina.

Realizóse un gran acontecimiento en la temporada de 1865 á 1866, que fué la unión de Julián Romea y José Valero. El 27 de Septiembre del citado año de 1865 se representó *El alcalde de Zalamea*, refundido por Ayala, como no se ha vuelto á ver obra alguna en ningún teatro de Madrid. Voy á poner á continuación el reparto para que juzgue el lector, si tiene canas, porque de lo contrario no puede haber conocido á los actores y actrices que tomaron parte en la representación.

Pedro Crespo.—José Valero, maestro de justa y merecida fama; algo exagerado en algunas escenas, pero mucho menos que los tan decantados italianos, delicia de nuestro público. Actor de facultades generales, lo mismo hacía *El avaro*, que *Luis Onceno*, que *Un tercero en discordia*, de Bretón, siempre con recursos apropiados á la situación del personaje que representaba.

Cuando quería librar de una silba una obra mala, sabía sa-

car efectos y arrancar aplausos de las frases más vulgares y chabacanas.

Don Lope.—Julián Romea, el genio superior á todos en la alta comedia de costumbres. El papel de *Don Lope* era inferior á lo que Romea podía hacer; así es que *lo bordaba*, como decían sus admiradores.

Isabel.—Teodora Lamadrid. También era maestra. Tenía la voz algo opaca y un poco de tonillo sentimental, pero poseía talento y condiciones indiscutibles de primera actriz.

En algunas escenas de *Adriana de Lecouvreur*, su obra favorita, interpretaba con más acierto que Sara Bernhardt las frases que Scribe puso en boca de la protagonista del drama. No se crea por esto que quiero rebajar el mérito de la famosa artista francesa; pero en los pasajes en que Sara desmerecía Teodora la superaba. Me refiero únicamente á la representación de *Adriana de Lecouvreur*, que, dicho sea de paso, no ha sido la obra en que más ha brillado Sara Bernhardt. Á las escenas del último acto les daba el mismo carácter que al final de *Froufrou: Quandoque bonus dormitat Homerus*. Sara Bernhardt no ha despertado grandes entusiasmo en Madrid, debido á la naturalidad de la escuela francesa de declamación, que no es de tanto efecto como la italiana, aunque la supera en mérito artístico, salvo *meliori juditio*.

El Capitán.—Antonio Zamora. Era un segundo galán muy instruído: se precipitaba un poco á veces para hablar, y este defecto le privaba con frecuencia de arrancar todos los aplausos que merecía.

Juan.—Ricardo Morales. Otro segundo galán, sensato y estudioso. Tenía el defecto contrario: muy pausado para hablar, pronunciando detenidamente las letras de cada palabra.

La Chispa.—Pepita Hijosa. Vivaracha, inteligente, intencionada. Modelo de graciosas. Era esposa de Morales.

Inés.—Cándida Dardalla, esposa de Zamora é hija del famoso Dardalla. Era una buena actriz, que había aprendido con buenos maestros.

Rebolledo.—Mariano Fernández, el primero de nuestros graciosos, heredero del cetro cómico de Cubas y Guzmán. Solía exagerar un poco, intercalaba frecuentes *morcillas* en las co-

medias de magia y en los sainetes y fines de fiesta para agradecer á los de la galería; pero sabía poner los puntos á las íes. Interpretaba como ninguno los criados del teatro del siglo XVII y las famosas comedias *de figurón*.

Todos pusieron de su parte aquella noche cuanto podían, y podían mucho, y como la obra estaba perfectamente ensayada, resultó el acontecimiento teatral más solemne que he presenciado en mi vida.

El 5 de Octubre de 1865 se estrenó la graciosa pieza de Eusebio Blasco titulada *La mujer de Ulises*. Alcanzaron éxito ruidoso *Los soldados de plomo*, en tres actos (27 Noviembre 1865), de Luis Eguílaz, y *Bienaventurados los que lloran*, en tres actos (19 Mayo 1866), de Luis Mariano de Larra. Son comedias que pertenecen á la buena escuela y están escritas con sentido moral; pero si hoy se representasen, el público las calificaría de inocentes.

El 24 de Febrero de 1866 se estrenó *La muerte de César*, tragedia en cinco actos, de Ventura de la Vega, correctamente escrita y ensayada de un modo magistral. El nombre del autor y la circunstancia de trabajar juntos en la obra Julián Romea y José Valero hicieron que la primera representación tuviera el carácter de solemnidad; pero la obra, que en su concepto literario es irreprochable, no logró impresionar al público madrileño, porque éste, á pesar de cuanto han dicho los escritores del siglo XVIII, rechaza la tragedia; gústánle los episodios trágicos, y conmuévase ante ellos; mas la estructura monótona y cansada de la tragedia que llamamos clásica, ni gustaba en 1865, ni aun en los tiempos de la *Ladvenant* y de María del Rosario.

Á esto hay que añadir que Julián Romea, inmejorable en la comedia y en el drama, no supo interpretar el papel de César, porque no sentía lo trágico, porque quiso adaptar á su escuela, esencialmente natural y realista, el campanudo verso endecasílabo y las vestiduras romanas. Yo, que no soy partidario de los actores que por sistema cantan el verso, salí disgustado de la manera como Romea declamaba la tragedia. Publicó un folleto, *Los héroes en el teatro*, en que demostró su talento; pero no convenció á nadie de que Julio César debe hablar en

el teatro como el D. Luis de *El hombre de mundo*. ¿Por qué? Porque los versos que los autores ponen en boca de los personajes trágicos están fuera de lo natural y la declamación tiene que ir en armonía con las palabras que pronuncia el actor. Entre Otelo y D. Frutos Calamocha hay una distancia inmensurable.

Cuando volvió el poeta Zorrilla á España, comprendió la empresa del *Teatro del Príncipe* que podía sacar dinero con su exhibición, y al efecto le mandó escribir un apropósito titulado *El cuento de las flores* (1), en el que salía al público Zorrilla y se pasaba la noche recitando poesías. Todos los poetas, al menos los que yo he conocido, tienen tonillo al recitar sus composiciones, y Zorrilla lo tenía también, con un dejo especial que parecía extranjero. La idea produjo su efecto, y entráronse muchos *napoleones* por la taquilla del despacho de billetes.

De la temporada de 1867 á 1868 puedo decir poco. El 29 de Febrero de 1868 se estrenó la preciosa comedia de Enrique Gaspar *La levita*, perteneciente al género realista bien entendido, y el 18 de Noviembre anterior *Las circunstancias*, del mismo escritor. Aunque inferior en el conjunto, tiene un final de acto primero que es de buen efecto y de aplauso seguro. *Quien debe paga*, de Núñez de Arce (18 Octubre 1867), es una buena comedia; *Asirse de un cabello*, en un acto, traducida por Camprodón en versos muy medianos, y *El argumento de un drama* (8 Noviembre 1867), de Antonio Hurtado, que no gustó á los señores.

Desde esta época se inicia en nuestro teatro una crisis que aún no se ha resuelto y de la que me está vedado hacer comentarios por altas consideraciones de amistad. Sin embargo, para que el lector no me tache de parcial, le anticiparé la idea de que, según mi leal saber y entender, quizás equivocado, estamos en la misma situación de fines del siglo XVIII. Bretón de los Herreros nació en 1796. ¡Quién sabe si hace tres años habrá nacido otro Bretón que en su día pueda reformar el teatro y el desdichado gusto del público!

(1) 25 Octubre 1866.

II

Música.

La época á que se refieren estos apuntes contiene curiosos recuerdos para la historia de la música.

En el Teatro Real se estrenó el 21 de Febrero de 1863 *La forza del destino*, suceso memorable para Madrid, porque no estaba acostumbrado á presenciar muchos estrenos en el regio coliseo. Vino el propio Verdi á dirigir los ensayos y la primera representación, y se le obsequió grandemente. Cantaron la obra Ana Lagrange, una eminencia aunque algo machucha, la Demeric Lablache, Fraschini, de buenos pulmones pero de poco sentimiento, Giraldoni, barítono de buena presencia y de mucha maestría, y Cotogni, otro barítono muy aceptable.

Fraschini, que usaba barba corrida, no se quería afeitar para hacer el papel de D. Álvaro; pero las reiteradas instancias de Verdi lo consiguieron, y la obra se presentó con propiedad en todos los detalles; por supuesto, aquí donde estamos acostumbrados á ver á *Fígaro* con bigote y perilla, no nos hubiera sorprendido D. Álvaro con patillas á la inglesa.

Otro acontecimiento musical fué el estreno de *La Africana* el 14 de Octubre de 1865, por la Rey-Balla, tiple de voz algo acontraltada pero de mucha escena y que caracterizó como ninguna el tipo de Sélika; Steger, un tenor de poca voz aunque de buena escuela, y Bonehée, barítono de corta estatura, si bien cantaba con un gusto exquisito. En aquellos días había cólera en Madrid y moría la gente á centenares; se trató de suspender el estreno de *La Africana*, pero el Gobierno, con buen acuerdo, no se decidió, consiguiendo de este modo distraer la opinión pública.

El año 1865 estuvo en Madrid contratado el tenor Mario. No tenía la flexibilidad de garganta de Gayarre, pero en cambio le aventajaba en maestría, en gusto, en sentimiento: Mario

era un actor; cantaba *Fausto* de un modo magistral, y en la escena final del tercer acto de *La Favorita* ha superado á todos los tenores.

Martha, desempeñada por él y la Lagrange, era lo que había que oír.

Tamberlick vino al año siguiente, y el público se encariñó en seguida con este tenor. Buena voz, maestría, arte dramático, escuela propia; reunía Tamberlick cualidades que no son comunes á todos los cantantes, y menos á todos los tenores; sin embargo, Tamberlik resultaba inferior á Mario: era éste el artista predilecto de los músicos, el otro el de las muchedumbres. Y conste que á Mario ya le oímos aquí siendo viejo.

Tamberlick alcanzó grandes y merecidas ovaciones en *Otello*, en *Guglielmo Tell* y en *Poliuto*.

Entonces no se había desarrollado la afición á Wagner, y los dilettanti que se preciaban de más inteligentes contentábanse con apludir *Roberto* y *Los Hugonotes* en la ópera y las sinfonías de Beethoven en los conciertos.

La zarzuela estaba en todo su apogeo: Gaztambide, Barbieri, Oudrid y Arrieta como compositores, Salas, Caltañazor y Sanz como artistas, Picón y Olona como libretistas, formaron una legión que consiguió colocar muy alto el nombre de la zarzuela y que produjo buenas entriadas, tanto en el teatro de la calle de Jovellanos como en el de la plaza del Rey, hoy circo de Parish. Y la verdad es que el público pasaba muy buenos ratos oyendo *Pan y toros*, *Marina*, *El juramento*, *El relámpago*, *En las astas del toro*, *Una vieja*, *Fugar con fuego* y otras muchas obras de todos conocidas.

En la música zarzuelera predominaba el gusto italiano por el año 1860; el mismo Barbieri se había dejado influir por él en sus primeras producciones, hasta que, habiendo estudiado el abundante y valioso caudal de tonadillas existente entonces en el Archivo municipal, y hoy á cargo de la Biblioteca del Ayuntamiento, principió en esta época á escribir música de carácter español, buen ejemplo que han imitado instintivamente los zarzueleros del *género chico*, y gracias á ellos la música popular española es objeto de atención entre los eruditos de las naciones de Europa. Así como suena.

El género bufo es muy antiguo; dígalo la famosa tonadilla de Valledor *El Malbrú*, que pertenece al año 1785; pero pasó de moda hasta que, resucitado en Francia, lo prohijó en nuestro país Francisco Arderius, artista de escasas facultades, si bien poseía como pocos el don de la gracia y estaba dotado de grandes iniciativas. Era Arderius alto, seco, serio y extremadamente burlón; promovió en el teatro de la calle de Jovellanos la representación de algunas obras de Offenbach, y más tarde tomó el teatro de Variedades, donde estrenó *El joven Telémaco*, un disparate bien escrito por Eusebio Blasco. De Variedades pasó al Teatro del Circo, que le dió á ganar mucho dinero, y allí comenzó á decaer la afición del público hasta que el género murió por consunción.

Se hallaba el Teatro de Variedades situado en el núm. 40 de la calle de la Magdalena, y se quemó en 18 de Enero de 1888.

El Teatro del Circo (hoy Circo de Parish), en cuyo escenario se representaron las más celebradas obras del repertorio bufo, se quemó en Noviembre de 1876. Se conoce que Vulcano, por instigaciones de Apolo y de las Musas, condenó al fuego los dos teatros en que se habían cometido tantos ultrajes contra Euterpe, contra Talía y contra el sentido común.

Hacia el año 1862 se dieron en el Teatro de la Zarzuela algunos conciertos, dirigidos y organizados por D. Joaquín Gaztambide, á quien puede atribuirse la fundación de la Sociedad que durante los domingos de primavera tan buenos ratos nos ha hecho pasar en el derruido Teatro del Príncipe Alfonso; pero como todo proyecto nuevo ha de encontrar fatalmente en su realización obstáculos y contrariedades, los conciertos de Gaztambide, con haber tenido entusiasta aceptación, hubieron de suspenderse y Gaztambide se desanimó, abandonando su propósito. Barbieri, hombre activo y emprendedor, recogió aquella idea que se conceptuaba ya abandonada, y reorganizó la Sociedad de Conciertos, si no me es infiel la memoria, en la primavera de 1866, eligiendo para ello el local citado del Teatro del Príncipe Alfonso, entonces circo ecuestre y sin escenario, de forma que la orquesta se colocaba en la pista.

En Marzo de 1867 nos dió á conocer Barbieri la *Sinfonía pastoral* de Beethoven, que obtuvo una ovación ruidosa, y en aquella misma temporada se cantó por el coro, á voces solas, un motete *Versa est in luctum*, que siendo original de Barbieri lo presentó bajo el pseudónimo de Wermuthmeister, palabra alemana que quiere decir *Maestro Ajenjo*. Ajenjo se llamaba él de primer apellido.

Había reunido un cuerpo coral numeroso y de buenas voces que conquistó grandes aplausos en el *Aria di Chiesa*, de Stradela, la escena *El Tyrol*, de Thomas, y otras muchas obras que hicieron las delicias de los aficionados.

Estaba de moda en esta época amenizar las tertulias donde había piano con canciones españolas, compuestas para este fin por algunos maestros entre los que figuraban Ignacio Ovejero, Florencio Lahoz, y sobre todo el famoso Iradier. La música de éste valía bien poco; pero era genuinamente española y por eso se hizo popular. Su canción *Juanita* comenzaba de este modo:

Caminito de la Andalucía
me dijo un gitano que si le quería;
yo le dije prontito que no;
para los gitanos no me peino yo.

Yo me peino para los toreros
que matan los toros con mucho primor;
yo me peino para los toreros
y banderilleros de la Puerta el Sol.

Ande usté, Curro Guillén (1),
mátelo con salero,
que es usté un mozo muy cruo,
y por usté me muero.

Los versos me parece á mí que son algo ramplones, y eso que salieron de la pluma de un académico; pero el pueblo, que no entiende de esas filigranas, les dió el *regium exequatur*, y no había cocinera que no los cantase, ya cuando espumaba el puchero, ya cuando daba vueltas al frito en la sartén, ya

(1) Francisco Arjona Guillén, *Cúchares*.

cuando machacaba en el mortero, al compás de las notas de Iradier, el perejil, el ajo y el comino.

Las señoritas tocaban en el piano *El sueño*, de Rosellen, *El beso*, vals de Arditi, *La serenata*, de Schubert, *Las elegantes de Madrid*, polka por Koustski, y *La Argentina* y *Flor de Bruyère*, de Ketterer; todo esto de memoria: la noche que llevaban los papeles y había un inteligente que les volviera la hoja, tocaban una fantasía de Herz ó de Gottschalt, con sus imprescindibles tropezones que los concurrentes fingíamos no haber advertido.

Entre los artistas jóvenes que asistían á las tertulias figuraba Dámaso Zabalza, pianista de moda que monopolizaba justamente los aplausos del público. Zabalza entonces se agitaba mucho al tocar, separábase con frecuencia la melena que le caía sobre los ojos, tenía sentimiento y lo expresaba bien con las notas del piano. Pepito Ovejero, hermano de Ignacio, era un arpista de primer orden, y por su bello carácter y afabilísimo trato, aparte de su mérito artístico, había sabido conquistar las simpatías de cuantos le trataban. Otro joven llamado Jesús Monasterio tocaba el violín admirablemente, y á la circunstancia de tener irreprochable conducta añadía la de hallarse siempre de bonísimo humor. La tertulia que conseguía reunir á estos artistas podía considerarse como la favorecida por la suerte, y para ser presentado á ella se necesitaban grandes recomendaciones.

En los cafés figuraban como pianistas un tal Vilamala, Pérez, muy estudioso, Aguirre, artista de gran ejecución, pero indolente, y otros cuyos nombres en el espacio de tantos años se me fueron de la memoria. Carrillo y Teobaldo Power vinieron á Madrid algún tiempo después: Carrillo aporreaba las teclas; Power tenía una escuela muy dulce y no carecía de ejecución.

El violinista Fortuny se dió á conocer en un café de la calle del Caballero de Gracia frente á la del Clavel: tenía grandes facultades que no quiso aprovechar.

La banda de música del cuerpo de Ingenieros militares merece especial mención. Dirigida por Ignacio Cascante, consiguió ser la primera después de la de Alabarderos: era orgu-

llo del madrileño, cuando acompañaba á un forastero, llevarle á oír la música de Ingenieros á la puerta del cuartel, á la hora de lista, que se verificaba con toda solemnidad, no siendo día lluvioso, formando el regimiento por las tardes en la antigua calle del Pósito, hoy Alcalá, frente á la actual de la Reina Mercedes. Después de Cascante, que debió de morir, ya viejo, hacia 1866, dirigieron la banda sucesivamente Maimó, Martínez, Juarranz y mi pobre amigo Calvist.

Si el lector peina canas, recordará seguramente á *Perico el Ciego*. Pedro Delfa, ciego casi desde su nacimiento, tocaba bien la guitarra, tenía voz clara y sonora, buena imaginación y dominio sobre el público, así es que fué el ciego guitarrista más popular de su época. La historia de Mariana Pineda, la vida de Juan Soldado, las canciones patrióticas y las coplas de color subido llenaban sus bolsillos de cuartos en las plazas de Madrid durante las primeras horas de la noche, y en las de estío le daban las dos de la madrugada cantando coplas delante de las casas alegres.

En Agosto de 1868 se encontraba muy enfermo, y no se ha vuelto á oír hablar de él en el mundo de las criadas y de los soldados.

Punteaba la guitarra de tal modo que la vibración de sus cuerdas se percibía desde lejos y se daba á conocer á larga distancia.

Las impresiones que dejo apuntadas no tienen importancia, ni por la persona que las recibió, ni porque vengan á esclarecer puntos de controversia entre los historiadores; son notas que á título de curiosidad publica uno que figuraba formando parte del público, y que se divertía lo mismo oyendo á Julián Romea que á Tamberlick, á Dámaso Zabalza ó á Perico el Ciego.

CARLOS CAMBRONERO.

EXPLORACIÓN DE LA ATMÓSFERA ⁽¹⁾

Observemos aquí, como más arriba, que si se trata de una cometa celular, es preciso considerar el efecto combinado de dos caras cubiertas, lo que viene á ser como razonar sobre una superficie equivalente, sensiblemente situada en medio de la distancia que las separa. Esta superficie equivalente también es necesario considerarla, en general, en todas las cometas de planos múltiples. Se ve que entónces nada se opone á que la cuerda se fije directamente, sin intermedio de bridas, en un punto único tomado en el plano de la superficie anterior, puesto que este punto estará delante del plano equivalente. Lo mismo sucede para la quilla de las cometas de aleta.

En resumen, la estabilidad lateral y la longitudinal exigen á la vez que la cuerda no esté fija en un solo punto en el plano único ó en el plano equivalente del aparato, sino en un punto invariablemente ligado al sistema, bien por un agregado rígido, bien por bridas en número de dos á lo menos y de una dirección cualquiera. En las cometas Hargrave de Blue-Hill, las bridas terminan en las dos extremidades de la barra horizontal inferior de la primera celda.

El principio se aplica hace años á las cometas trapezoidales irlandesas y en las exagonales americanas de cuatro bridas. Se ha ido más lejos aún, según hemos visto: Birt, en Greenwich, empleaba tres líneas enteramente distintas. Evidentemente este sistema es demasiado complicado para ser aplicable á las grandes alturas; tiene, sin embargo, su utilidad especial, y es que, accionando sobre las cuerdas, se puede á voluntad variar la posición del aparato, hacerle bajar y subir, y hasta apartarle del cauce del viento. J. Woodbridge Davis cree haberle visto desviarse $67^{\circ} 30'$.

(1) Véase la pág. 501 de este tomo.

Examinemos ahora las circunstancias que influyen en la altura que la cometa puede alcanzar y en el peso que puede subir. Éstas son consideraciones primordiales en meteorología.

Para un viento constante, el ángulo formado con la cometa por la parte superior de la cuerda no varía. Además, siendo la curva descrita por la cuerda una cadeneta próximamente, cuando el aparato la lleve más arriba, la cuerda desenrollada abajo desarrollará la rama inferior de la cadeneta, disminuyendo sin cesar el ángulo en la cabria hasta llegar á ser igual á cero.

Resulta de aquí que la cometa se elevará á lo largo de una cadeneta invertida, siendo desde luego muy rápida la ascensión, para amortiguarse progresivamente y tender á anularse cuando la cuerda se aproxima al horizonte en cabria.

No se gana, pues, más altura con tener á la cuerda según un ángulo pequeño; y si se rebasase el punto en que alcanza el ángulo cero de elevación, la cometa empezaría á descender según la otra rama de la cadeneta.

Se encontrarán en la memoria del Sr. Marvin, acerca de los desarrollos, muy interesantes observaciones sobre las propiedades de la cadeneta consideradas desde el punto de vista de las cometas. Tal detalle nos llevaría demasiado lejos. Contémonos con indicar como ejemplo la notable conclusión siguiente: si se tienen cometas cuya tracción es cualquiera, pero cuya cuerda forma con el horizonte en el punto de intersección de las bridas un ángulo constante, la elevación angular del rayo visual será la misma para todas cuando se les haya dado toda la cuerda que tengan, es decir, cuando todas sus líneas sean horizontales en la cabria.

La tensión de la cuerda es siempre más grande en la cometa que en la cabria. Esto es evidente *à priori*, puesto que en la cometa la tracción debida á la acción del viento está aumentada por la acción de la gravedad sobre la cuerda. Hay una relación muy sencilla entre el ángulo de la cuerda en cada punto y la tensión correspondiente, que se expresa así: las tensiones son inversamente proporcionales á los cosenos de los ángulos formados por la cuerda con el horizonte. Esta relación viene dada por la ecuación de la cadeneta.

Una cometa que se eleva angularmente más que otra con la misma longitud de cuerda, ejercerá, pues, una tracción más fuerte y, por consecuencia, será capaz de elevar un peso más considerable, ó también, si se le da toda la cuerda que es capaz de llevar, alcanzará una altura absoluta mayor.

¿En función de qué elementos está esa altura angular? Marvin la hace depender sobre todo del ángulo formado con el plano de la cometa por la extremidad superior de la línea, y llama á este ángulo *efficiency angle*, es decir, ángulo de *eficacia*. Hé aquí por qué: si la cometa fuese perfecta, esto es, si fuese una superficie perfectamente plana y rígida, sin peso y sin rozamiento, no habría más que dos fuerzas presentes: la componente del viento normal al plano y la tracción de la cuerda, la cual, por consecuencia, sería también normal al plano. Éstas son las condiciones ideales, pues el aparato tiene siempre un peso que tiende á hacerlo bajar, y siempre experimenta, según hemos visto, una acción del viento dirigida según su plano.

Por consecuencia, independientemente de la consideración del peso, que es fácil de introducir, la acción total del viento será más ó menos oblicua sobre la superficie, y no se utilizará toda entera para sostener el aparato. Una cometa real se elevará, pues, menos que una teórica, pero se aproximará á ésta tanto más cuanto menos difiera del ángulo recto el ángulo de la cuerda.

Marvin, no pudiendo tener exactamente en cuenta la dependencia del ángulo de eficacia con relación á la inclinación de la cometa y de las bridas, lo hace depender de las constantes de construcción del aparato y de la fuerza del viento; de tal suerte que para él una cometa está caracterizada por su ángulo de eficacia. Estudia enseguida el efecto particular de un cambio de inclinación (de incidencia, como él lo llama), suponiendo constantes los demás elementos.

La discusión es muy ingeniosa. Se parte también del caso ideal de una cometa sin peso y que no da componente tangencial del viento. Para la incidencia más favorable se halla el valor de $24^{\circ} 28'$. De aquí se pasa al caso práctico por medio de un postulado, á saber: que la alteración producida so-

bre el ángulo de eficacia por efecto del peso y de la componente tangencial del viento es sensiblemente constante. Sobre estas bases se forma un cuadro de las principales características de una cometa, suponiendo para ella diversos ángulos de eficacia desde 63° á 90° .

Aquí nos creemos en el deber de separarnos del Sr. Marvin. En realidad, el efecto de la componente tangencial que tiende á alejar del cenit la cometa es variable, desde luego, con el viento, el cual es difícil de tener exactamente en cuenta; y lo es, enseguida y sobre todo, por la disposición de las bridas.

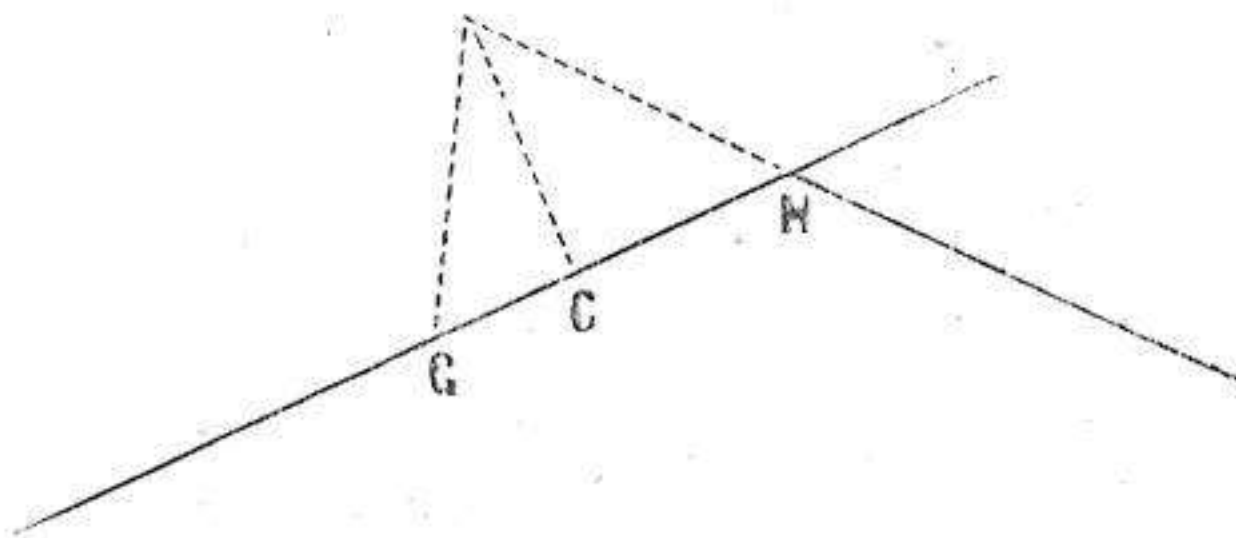


Figura 3.^a

El Sr. Marvin, á nuestro juicio, concede demasiado poca importancia á la cuestión de las bridas, que para nosotros es capital. En efecto, un cambio en las bridas altera á la vez el ángulo de incidencia, el de eficacia y el de la acción general del viento sobre la tela; por lo tanto, también su componente tangencial.

Una consideración muy sencilla permite darse cuenta de la influencia de la posición del punto H (figura 3.^a), donde la dirección prolongada de la cuerda atraviesa el plano equivalente, y reconocer *à priori* que debe existir una posición de eficacia máxima desde el punto de vista de la altura y la tensión.

Supongamos el punto H muy alejado del centro de empuje C . Como el peso en G es constante, el equilibrio exige que la tensión aplicada en H sea tanto más débil y tanto menos elevada sobre el horizonte cuanto más largo sea el brazo de palanca CH . Si H se aproxima, la tensión aumentará y su di-

rección se elevará, pero no indefinidamente. En efecto, es evidente que si H coincidiese con C , la cometa no se elevaría ya. Su peso aplicado en G la mantendría vertical, y la tensión sería opuesta á la resultante de este peso y del empuje horizontal en C . En estas condiciones la tensión sería máxima (superior hasta al mismo empuje), pero su dirección estaría bajo el horizonte.

Por lo tanto, entre las dos posiciones extremas consideradas debe existir un máximum de efecto útil.

Para dilucidar la cuestión hemos emprendido investigaciones sistemáticas en que hacemos variar las bridas para una misma cometa y en una misma serie de experiencias, del modo siguiente: se empleaba un cierto número de pares de bridas calculadas de tal suerte que el nudo de unión á la cuerda se encontraba siempre á la misma distancia perpendicular del plano equivalente (75 cent.), en tanto que la distancia de su proyección sobre este plano al centro de gravedad aumentaba de 25 á 50 milímetros de cada par al siguiente. No podemos entrar en el detalle de las experiencias, que han sido expuestas con todo el desarrollo debido en la reunión de la Sociedad científica verificada en Bruselas el 27 de Enero del corriente año. Bástenos, pues, indicar á grandes rasgos el concepto que nos hemos formado de la cuestión, y examinar algunos resultados generales de nuestras tablas de medidas. La altitud máxima que una cometa puede alcanzar es función de dos variables, á saber: el ángulo formado con el horizonte por la sección superior de la línea, y la tensión, que le permite subir un peso de cuerda más ó menos considerable.

Aquí estamos de acuerdo con el Sr. Marvin, pues estos dos elementos no varían paralelamente.

El primero, suponiendo que se comienza el experimento por las bridas que coloquen el punto H lo más alto posible, crece desde luego lentamente á medida que H se acerca al centro de empuje; alcanza su máximum sobre una curva muy colgante, cuya curvatura se acentúa bruscamente, y entonces cae rápidamente para descender bajo cero cuando llega á C . Si se calculan las variaciones de este ángulo para vientos di-

ferentes, se hace constar que el máximum tiene lugar para distancias de H á C constantemente decrecientes á medida que el viento aumenta. Dedúcese de esto que para obtener siempre el ángulo más favorable posible es necesario hacer de modo que la perpendicular del nudo de las bridas se acerque al centro de empuje cuando aumente el viento.

Por otra parte, la tensión crece constantemente cuando esa aproximación se verifica hasta el momento en que los dos puntos considerados se confunden, en cuyo momento se llega al máximum. Esta marcha es independiente de la fuerza del viento; sólo quedan afectados por ella los valores absolutos. Resulta de aquí que combinando los dos elementos para encontrar la altura absoluta que la cometa puede alcanzar, volverá á hallarse una curva resultante, cuyos máximos corresponden también á posiciones del nudo cada vez más próximas al centro de empuje á medida que la fuerza del viento aumenta.

Lo que hemos dicho hasta aquí ha sido deducido de consideraciones matemáticas, cuyo punto de partida son las observaciones muy precisas hechas por Marvin sobre una de sus cometas y expuestas detalladamente en la *Monthly Weather Review* de Julio de 1896.

Después de tal trabajo preliminar de investigación es cuando hemos procedido nosotros á las experiencias de verificación del método antes descrito. El detalle ha debido ser enviado á los *Anales*, pero las conclusiones son claras y hasta cierto punto decisivas. Todas las medidas son, como las de Marvin, promedios de observaciones hechas consecutivamente.

Desde luego el ángulo de la cuerda con el plano de la cometa, el ángulo de eficacia de Marvin, ha variado en nuestros ensayos sobre el mismo aparato y en la misma sesión, y sensiblemente, con el mismo viento, la primera vez de $73^{\circ} 48'$ á $85^{\circ} 12'$, en otra serie menos completa de $81^{\circ} 9'$ á $84^{\circ} 35'$, y, en fin, en una tercera, después de algunas reparaciones en la cometa, de $77^{\circ} 45'$ á $80^{\circ} 24'$. Esas variaciones creemos que justifican plenamente nuestra repugnancia á aceptar el ángulo de eficacia como base de apreciación de las cualidades de una cometa.

Además, las curvas representativas de las variaciones de la altura absoluta y de las del ángulo de la cuerda con el horizonte, construídas por medio de los valores obtenidos en nuestras experiencias, concuerdan de un modo notable con las que da el cálculo teórico. Una simple ojeada á los diagramas basta para convencerse de ello. Desgraciadamente no hemos podido hasta ahora multiplicar suficientemente las experiencias para poner fuera de duda que los máximos corresponden á distancias siempre decrecientes del centro de gravedad á la normal del nudo de las bridas á medida que el viento aumenta.

Finalmente, los valores medidos en nuestros experimentos se apartan notablemente de los calculados por Marvin. Tal es el caso, en particular, para los ángulos de incidencia más favorables.

No es, pues, exacto que las dimensiones de las bridas sean una cuestión despreciable y sin influencia seria sobre el mérito de una cometa. Lo que es cierto es que en determinados límites, una variación, aun considerable, en esas dimensiones no cambia demasiado el ángulo de altura de la cuerda; pero esa misma variación entraña cambios muy considerables en las tensiones y, por consecuencia, en las altitudes absolutas que puede alcanzar el aparato.

Nos guardaremos muy bien de afirmar que el Sr. Marvin haya desconocido enteramente la importancia del estudio de las bridas. Precisamente anuncia él mismo en su memoria que ha emprendido un trabajo con tal objeto, pero que no ha podido recoger aún los datos numéricos necesarios. Deseamos que en breve los reúna. Las dimensiones de las bridas son cantidades perfectamente conocidas, arreglables á gusto del observador y de las cuales dependen directamente las otras variables. Por el contrario, el ángulo de eficacia depende de una multitud de circunstancias que escapan á la verificación del operador y sigue una ley enteramente desconocida. Y en vista de que Marvin ha llegado á resultados tan notables partiendo de una cantidad tan mal definida, no dudamos que arrancando de base más segura nos dará una solución de las más completas y satisfactorias.

De las precedentes consideraciones derivase una conclusión práctica interesante. Sería muy incómodo cambiar constantemente las bridas para dar siempre al aparato su máximum de efecto útil, cualquiera que sea el viento, pues es de ordinario imposible arreglarlo desde luego para la fuerza de la corriente que ha de encontrar, ya que esta fuerza es desconocida antes de la experiencia; pero parece fácil proveerlo de un mecanismo sencillo que lo adaptaría automáticamente á todas las circunstancias en que se encontrara en los aires. Un resorte, por ejemplo, ó una corredera elástica colocada en una de las bridas, permitiría un cambio de sitio del nudo, correspondiendo sensiblemente á las variaciones exigidas para lograr las condiciones del efecto máximum. Si el resorte estuviera colocado en la brida superior, se ve que la perpendicular del nudo de las bridas se acercaría al centro de empuje cuando aumentase el viento. Esto sería, pues, lo que debiera hacerse para hacer alcanzar al aparato en todos los casos la mayor altura posible. Si, por el contrario, se intercalara una parte elástica en la brida inferior, su efecto sería disminuir la tensión y alejar de su máximum el valor del ángulo cuando el viento aumenta. Como el valor absoluto del máximum del ángulo de altura aumenta con el viento, se ve que sería posible, por una disposición conveniente y con ciertos límites de aproximación, mantener la cometa á altura constante á pesar de las variaciones del viento, y aun siendo éstas considerables. Este segundo resultado parece mucho más importante que el primero en meteorología, donde se tiene gran interés en mantener un aparato de medida á una altura constante durante un lapso de tiempo considerable.

Se ve por esto que la cuestión de las bridas es de la mayor importancia y verdaderamente no podrá considerarse á las cometas como aparatos científicos hasta que esté completamente resuelta. Pero para ello era necesario poder traducir en cifras precisas y en fórmulas los resultados antedichos; y, aunque el sentido de estos diferentes efectos parezca indudable, las experiencias hechas hasta ahora son absolutamente insuficientes para la determinación de sus ecuaciones.

Se dará una cuenta de ello fácilmente si se piensa en la ex-

trema movilidad de la cometa bajo el efecto de las variaciones del viento, movilidad que se traduce en la medida de los ángulos y principalmente en el dinamómetro por enormes desviaciones. Aun tomando los promedios de un gran número de experiencias, se está expuesto á errores del mismo orden de las magnitudes que se trata de medir.

En el estado presente de la cuestión lo que hay que hacer en todas partes y siempre es, pues, buscar por tanteos para cada cometa la posición más favorable de las bridas, fundándose en el principio de que es necesario aproximar lo más que se pueda el pie de la perpendicular del nudo al centro de empuje. Si queremos servirnos de bridas elásticas, habrá que arreglar también por tanteos la fuerza de los resortes.

Pero los experimentadores que disponen de herramientas pueden hacer otra cosa mejor: estudiar modelos reducidos en una especie de galería de cristales donde se hiciese entrar una corriente de aire artificial, tan uniforme como fuera posible. Este método parece ser el único que se presta á una precisión suficiente, y por singular que parezca á primera vista, está completamente indicado por el éxito incontestable obtenido con un método análogo en una investigación muy semejante. Se sabe que las fórmulas exactas caen en defecto para el cálculo de la resistencia del agua al movimiento de los barcos.

Aquí, como en la cuestión de las cometas, se tropieza con la insuficiencia de la teoría del movimiento de los fluidos.

El Sr. Froude tuvo la idea de resolver experimentalmente la cuestión, haciendo ensayos sobre modelos reducidos que reproducían escrupulosamente las formas que se proponía dar á los buques mismos. Un vasto establecimiento fué puesto á su disposición, primero en Torquay y luego en Haslar, por el Almirantazgo inglés. Los resultados que, al pronto, se aguardaban con escepticismo fueron excelentes, y hoy día las grandes potencias, á imitación de Inglaterra, han adoptado las fórmulas que traducen los ensayos del Sr. Froude y organizado investigaciones parecidas.

En el asunto que nos ocupa, las fuerzas en juego son de la misma naturaleza y las dificultades del mismo orden. ¿Por qué no alcanzar el mismo éxito con el mismo método? Y si, como

es probable, las dimensiones de los aparatos obligan á alterar en parte las fórmulas, ¿no será más fácil apreciar por experiencias con cometas ordinarias las correcciones que hay que introducir en ellas?

Debemos hacer constar aquí que las bridas elásticas han sido ensayadas ya en América y en Inglaterra, pero no del modo que acabamos de exponer. El objeto perseguido era disminuir el ángulo de incidencia y, por lo tanto, la tensión en los grandes vientos. Para ello se introducía una parte elástica en la brida inferior. Solamente este ensayo, hecho á la casualidad y sin punto preciso de partida, no ha dado resultados utilizables.

Indiquemos, á propósito de esta adaptación de la cometa á la fuerza del viento, otro progreso que está por realizar. Para ser verdaderamente dueño de su aparato el meteorólogo, una vez la cometa en el aire, deberá poder dirigir no solamente su posición, sino arreglar también su superficie de *velamen* á la fuerza del viento. Actualmente, como dice el Sr. Marvin, estamos aún lanzando una embarcación al mar con toda la tela que puede llevar, pero sin tener medio de amainar velas ó recoger rizos, con el solo recurso de procurar ganar la tierra firme si se puede prever la aproximación del mal tiempo. Pero el problema no es fácil de resolver y ha lugar á pensar que no podrá serlo sino por una adaptación automática de las telas á la fuerza del viento.

Hasta el presente no se han hecho investigaciones insistentes en tal sentido, y sería una ilusión, como dice muy bien el Sr. Marvin, contar puramente con la flexibilidad de la obra de carpintería en las cometas de plano único, como las del tipo Eddy, por ejemplo; pues suponiendo que el viento se haga tres veces más fuerte, su presión será nueve veces mayor y la flexión debería ser tal que la superficie proyectada normalmente al viento fuese nueve veces menor: imposibilidad que salta á la vista.

En el ínterin lo mejor es tener dos ó tres clases de cometas, unas ligeras y de gran superficie, otras más sólidas, etc., para utilizarlas según la fuerza del viento. En Blue-Hill y en Washington se ha podido, sin embargo, utilizar las mismas cometas

para vientos cuya velocidad variaba de 5,36 á 22,35 m. por segundo.

Pero tiempo es ya de abandonar estas consideraciones abstractas, para ocuparnos en lo que se ha realizado hasta ahora en la utilización de las cometas meteorológicas. El punto de partida de la gran impulsión que ha producido el desarrollo actual fué el año 1894. Hacia fines de ese año el Sr. Eddy fué recibido en el Observatorio de Blue-Hill para empezar sus ensayos sistemáticos y al propio tiempo los Sres. Mac-Adie y Potter los emprendían por su parte en sus horas de ocio en la Weather Bureau, de Washington. Un año después se organizó en este último establecimiento por su director, el Sr. Moore, un servicio oficial dirigido por Marvin. En la misma fecha, los meteorólogos americanos, después de varios ensayos infructuosos, habían llegado á construir perfectamente y á apreciar en su verdadero valor la cometa de Hargrave, y le dieron la preferencia en sus ascensiones. Los aparatos de Eddy continúan, no obstante, prestando su servicio. Desde este momento el Observatorio de Blue-Hill, bajo la dirección de su fundador, Sr. Rotch, y la Weather Bureau, no han cesado de proseguir y propagar sus experiencias.

Las observaciones se hacen, naturalmente, por medio de instrumentos registradores. Los meteorógrafos ordinarios son demasiado pesados. También ha sido necesario adaptarlos á este nuevo servicio, sobre todo haciendo entrar copiosamente en su construcción el aluminio, habiendo realizado en este género verdaderas maravillas de precisión y delicadeza el Sr. Fergusson, del Observatorio de Blue Hill, y los señores Richard hermanos, de París. El meteorógrafo completo de Richard (barómetro, termómetro é higrómetro) pesa menos de tres libras. El de Fergusson, comprendiendo además un anemómetro, pesa unos 1.400 gramos, y la Weather Bureau posee uno que sólo pesa dos libras y que registra igualmente la temperatura, la humedad, la presión atmosférica y la velocidad del viento.

Los instrumentos no se suspenden directamente de la cometa, sino de la cuerda, á unos cuarenta metros más abajo que el nudo de las bridas.

Para más seguridad suelen ponerse dos cometas encima del meteorógrafo.

El lanzamiento es muy sencillo: se elevan desde luego ambas cometas, y se atan después los instrumentos, los cuales se elevan á medida que se desarrolla el cable. Cuando el ángulo del cable se aproxima á 30° se lanza una nueva cometa con 30 ó 40 metros de cuerda, que se fija á la línea principal. Se pasa entonces toda la cuerda que se pueda sin hacer llegar el ángulo á 30° y se ata una nueva cometa. Y así se continúa hasta alcanzar el límite de resistencia de la línea principal.

Este límite debe fijarse en el tercio ó en la mitad de la tensión de ruptura. No olvidemos, en efecto, que siendo extremadamente variable el viento, sería casi seguro que se rompería la cuerda fijando dicho límite más allá. En algunos minutos el Sr. Helm Clayton ha encontrado diferencias de tracción desde seis libras á 46 con una sola cometa, y nosotros hemos hallado algunas, aunque menos considerables, en algunos segundos. La amplitud de esas oscilaciones disminuye cuando se remontan varias cometas escalonadas á alturas diferentes sobre la misma línea, pues no produciéndose nunca sincrónicamente á diversas altitudes dichas sacudidas, la tracción total resultante es más regular.

Primeramente empleábase en Blue-Hill una cuerda de cáñamo cuya resistencia era de 140 kilogramos, el peso de 1.180 gramos por 100 metros y el diámetro de 3,6 milímetros. No se llegó así más que á 710 metros. Pero en Enero de 1896 se sustituyó aquélla por cuerda de acero, según más atrás dijimos, cuyo peso sólo es de 440 gramos por 100 metros, su diámetro 0,81 milímetros y su coste la mitad del de la cuerda de cáñamo.

El peso se encuentra así reducido al tercio y la superficie de cuerda expuesta al viento, al cuarto. Esta última ventaja no es menor que la primera: á la altura de 710 metros la cuerda de cáñamo presenta á la resistencia del viento una superficie total de seis metros cuadrados, y es fácil imaginar lo que de ello resulta.

El empleo del hilo de acero permite alcanzar regiones más

altas. Durante el último semestre de 1897 el promedio de las altitudes alcanzadas fué de 1.960 metros, y una vez el meteorógrafo llegó á 3.380 metros sobre el Observatorio, es decir, 3.570 sobre el nivel del mar. La superficie total efectiva de las cometas era de 14,2 metros cuadrados, la longitud del hilo 6.300 metros, su peso 27 kilogramos y la tracción en la cabria de 56 á 68 kilogramos. Desde entonces esa altitud ha sido pasada. El 26 de Agosto de 1898 los instrumentos se mantuvieron á 3.680 metros encima de la colonia de Blue-Hill, siendo la longitud del hilo de 5 millas, el peso total de las cometas y aparatos de 37 libras y el peso de la cuerda de 75.

Es claro que estas ascensiones sólo son realizables con la ayuda de una cabria poderosa. En Blue Hill se emplea para ello una máquina de vapor de dos caballos.

El Observatorio de Blue-Hill posee ya unos 200 *trazados* de registradores, tomados en estas ascensiones. No puede dudarse del gran valor de dichos documentos, sobre todo por su comparación con los datos recogidos en los mismos momentos á nivel del Observatorio. Una multitud de hechos importantes, ya más ó menos conocidos, han sido confirmados, y descubiertos otros nuevos. Así es como el Sr. Clayton ha podido deducir claramente de la discusión de los diagramas que las ondas de calor, que llegan generalmente del Oeste á los Estados Unidos, se hacen sentir en las alturas de la atmósfera seis ó doce horas antes de llegar á la superficie de la tierra, atribuyendo este retraso al frotamiento del suelo, que contraría la corriente que viene del Oeste. Por el contrario, las ondas del frío que vienen del Norte ó Noroeste llegan á la superficie terrestre como un peso que se hunde, y se espesan avanzando. Este hecho ha sido puesto en evidencia por las bruscas variaciones de la temperatura (muchas veces 8 ó 9 grados) que experimenta el meteorógrafo al penetrar en la capa superior.

Otro resultado interesante es el de que, á medida que las cometas se elevan, se dirigen hacia la derecha, lo que indica un desvío uniforme en la dirección del viento.

Sin embargo, ese desvío no es constante y el hecho nece-

sita ser estudiado detalladamente. La desviación cambia de sentido cuando á medida que se eleva la cometa disminuye la fuerza del viento, lo cual es raro.

Los notables éxitos obtenidos en Blue-Hill (repetámoslo, el uso de las cometas no ha sido menos afortunado en la W. B. de Washington) llamaron la atención del *Congreso meteorológico internacional* reunido en París en el otoño de 1896. En su sesión del 23 de Septiembre, el Congreso adoptó el acuerdo siguiente: «En vista de los resultados satisfactorios que dan en Blue-Hill las cometas que llevan instrumentos registradores hasta alturas de 2.000 metros, es conveniente que sean emprendidas en otras partes investigaciones análogas».

Dos años más tarde, en Abril de 1898, la comisión internacional, nombrada por el Congreso, después de haber oído al Sr. Rotch en Strasburgo, dió á esas investigaciones una aprobación más explícita, expresando el deseo de verlas organizadas metódicamente, en vista de los lanzamientos internacionales de globos-sondas, en los Observatorios del Etna y del Vesubio. Las Sociedades belga y holandesa de astronomía prometieron en el acto su concurso.

El deseo fué realizado mejor en el país de donde había partido el movimiento. Actualmente la W. B. de los Estados Unidos organiza 20 estaciones de cometas, en las que deberán hacerse cada día, á horas determinadas y á alturas idénticas, observaciones destinadas á la construcción de una carta sinóptica de la previsión del tiempo. Según Marvin, se ganarían así doce ó diez y seis horas, y Moore, director de la Weather Bureau, enumeraba recientemente en estos términos, ante la Asociación Británica reunida en Toronto, los servicios que espera de esa institución:

«Estaremos entonces en condiciones de llevar á las cartas no sólo, como ahora, datos para las condiciones de la superficie inferior, sino datos simultáneos del nivel superior, y lo que es más importante, podremos deducir de ellos para una sección cualquiera de la atmósfera los datos *verticales* simultáneos de temperatura, humedad, presión y velocidad del viento. También podemos esperar de ello una mejor inteligencia

de las tempestades y de las ondas de frío, y eventualmente una más acertada previsión de su trayectoria futura, de su extensión y de su velocidad.

»Tárdame conocer la diferencia de temperatura entre la superficie y la capa superior en los cuatro cuadrantes de un ciclón y en los de un anticiclón. Á la altura de 8.000 metros la variación diversa de temperatura es casi nula. En esta altura la atmósfera está libre de la influencia perturbadora de la radiación inmediata de la superficie, y por consiguiente, hay poca diferencia entre la temperatura del mediodía y la de la medianoche. La distribución vertical de la temperatura en los diversos cuadrantes de un anticiclón ó de una depresión puede dar un indicio sobre la dirección futura del movimiento atmosférico y dar cuenta de las pequeñas variaciones de dirección, que muchas veces quitan toda certidumbre á las predicciones aplicadas á vastos espacios. Cuando podamos construir trazados isobáricos para una altura de una milla se descubrirá acaso que los centros de depresión á esta altura no coinciden siempre con la posición geográfica del centro de la depresión en la superficie terrestre. La desviación de este centro dará tal vez alguna indicación sobre la dirección futura de la tempestad. En otros términos, varios problemas interesantes podrán tener solución gracias á la exploración de la alta atmósfera por los cometas.»

El Sr. Rotch, en un artículo publicado en el *Bulletin de la Société Astronomique de France*, en Septiembre de 1898, hace constar con satisfacción que su ejemplo comienza á imitarse en la América del Sur, Francia, Alemania y Rusia. El Sr. Teisserenc de Bort, en su observatorio de meteorología dinámica en Trappes, organiza una instalación análoga á la de Blue-Hill.

No puede menos de aplaudirse este entusiasmo, pues está lleno de promesas fecundas para el porvenir de la meteorología. No olvidemos que esta ciencia no tiene otro método de desarrollo que la comparación de un número enorme de datos tomados en el mismo instante en las condiciones más diversas. El uso de las cometas responde, pues, á la necesidad más esencial, al progreso científico en esta rama. Algu-

nos sabios, desvanecidos por los magníficos resultados obtenidos con los globos-sondas, parecen desdeñar las cometas, y á nuestro juicio, están en un error. Los globos-sondas cuestan muy caros y su manipulación exige condiciones demasiado especiales para poder practicarse con éxito en todas las estaciones de observación.

Reservémoslos, pues, para los grandes establecimientos nacionales ó particulares que pueden servirse de ellos con ventaja, y completemos la red de estaciones aéreas con servicios de cometas establecidos en los observatorios secundarios: esto es fácil aun en las localidades más desprovistas de los recursos de los grandes centros.

Por otra parte, tienen sus ventajas propias, que están muy lejos de ser despreciables, y que serán mayores aún cuando la teoría matemática de la cometa esté definitivamente establecida. El Sr. Rotch, en el artículo ya citado del *Bulletin de la Société Astronomique de France* las resume como sigue:

«1.^a Los gastos de instalación y funcionamiento son mucho menores.

2.^a Se puede medir exactamente la altura por la trigonometría, lo que no puede hacerse con un globo libre.

3.^a El termómetro acusa la verdadera temperatura. Su ventilación es mejor que un globo libre y no está afectado por la radiación de la gran envoltura de un globo cualquiera calculada por el sol. Las paradas que hace en las diversas capas para medir la altura permiten á los aparatos registrados equilibrarse con el medio ambiente. Resulta de ello que las temperaturas registradas á la misma altura, al bajar y al subir, son casi idénticas, lo cual ocurre muy pocas veces en los globos.

4.^a Los datos se obtienen encima relativamente de la estación, lo que permite por las paradas de la cometa *sincronizar* unos registradores con otros.

5.^a Las subidas y bajadas rápidas permiten tener las condiciones de diversas capas casi simultáneamente.»

En oposición á lo expuesto diremos nosotros que el globo-sonda puede ser lanzado con más frecuencia, y que es más independiente de la fuerza del viento ó, en general, del es-

tado de la atmósfera. En Blue-Hill, que reúne todas las condiciones apetecibles, gracias á su situación sobre la costa del Atlántico y en la cumbre más alta de una cadena de colinas, el Sr. Rotch no puede remontar sus cometas más que tres veces por semana, por término medio. Además, no puede esperarse que las cometas alcancen las lejanas altitudes á que llegan los globos-sondas. Sin embargo, sería temerario afirmarlo rotundamente. Los instrumentos del Sr. Rotch se han balanceado ya á 4 kilómetros, y la altitud aumenta, por decirlo así, á cada experiencia. ¿Dónde terminará? Nadie lo sabe. Y aunque se redujese á algunos millares de metros, habría derecho á esperar resultados de importancia capital, pues la región limitada por la superficie terrestre y el nivel de 5.500 metros comprende la mitad de la masa total de la atmósfera, y es, según toda probabilidad, el teatro de las grandes perturbaciones. Esta sola consideración basta para comprender la importancia de un método que permite la exploración fácil de esa región.

Por otra parte, á todas las ventajas ya expuestas por el distinguido director del Observatorio de Blue-Hill debemos añadir una que no debe en modo alguno despreciarse, y es que las cometas pueden proporcionar más datos meteorológicos que los globos.

Primeramente dan idea mucho más completa sobre la dirección é intensidad de las diversas corrientes encontradas sucesivamente en la atmósfera, y cuando se atan varias, espaciándolas suficientemente, en la misma línea, se las ve con frecuencia tomar direcciones muy diferentes y á veces hasta opuestas.

Un aparato pesado mantenido en equilibrio en el aire por la acción del viento y la tracción de una cuerda es también á la vez una veleta y un anemómetro, pero la veleta más sensible y el anemómetro más exacto que posee la meteorología, sino que no ha aprendido á utilizarlos completamente.

Puesto que la posición de la cometa depende tan sólo de la fuerza y de la dirección del viento combinadas con su peso propio y con la tensión de la cuerda, si la teoría mecánica del aparato estuviese establecida, no habría necesidad de lle-

var consigo instrumento alguno destinado á medir las características del viento. Las observaciones hechas en tierra bastarían para darlas á conocer, por lo menos mientras estuviera visible el aparato. ¿Quién sabe si bastará un día medir la tracción y el ángulo de la línea en la cabria? El efecto propio del viento sobre la cuerda podría introducirse muy aproximadamente desde ahora, ó puede considerarse despreciable si se opera con los hilos de acero hoy en uso para estas experiencias.

El Sr. Marvin llega hasta esperar de observaciones directas de la cometa el conocimiento de la inclinación del viento sobre el plano horizontal.

Otra observación, quizá más importante aún, es la de la electricidad atmosférica, y para ella las cometas están ya en condiciones, afortunadamente, de satisfacer toda clase de exigencias.

Ellas se prestan á dicha observación mucho mejor cuando se emplean exclusivamente en las ascensiones meteorológicas cables de acero. Ya hoy día está organizada la medida de la electricidad por este medio, faltando solamente tomar las precauciones necesarias en tiempo de tempestad.

Los accidentes ocurridos á fines del siglo XVIII á varios físicos que hacían experiencias por métodos análogos demuestran el peligro de las mismas.

Parece, pues, que sería de desear el empleo simultáneo de globos, sobre todo cautivos, y de cometas en el mayor número posible de estaciones; pero no olvidemos que ninguno de ambos aparatos puede servir para hacer ascensiones cotidianas todo el año, pues las cometas necesitan viento y los globos calma. ¿Por qué las estaciones que no puedan realizar ascensiones de globos-sondas no habían de emplear, los días en que las cometas no pueden elevarse, pequeños globos cautivos que suban 3 ó 4.000 metros? Para ello bastaría la proximidad de una fábrica de gas, y nada impediría tampoco utilizar para retener el globo el cable y la cabria de las cometas. Ambos sistemas se completarían así admirablemente, sin aumento notable de gastos, y la ciencia se vería en posesión de lo que necesita ante todo: de un gran número de obser-

vaciones hechas diariamente y aun hechas varias veces por día en el mayor número posible de puntos.

Podríamos, contentarnos con globos capaces de llevar 20 kilogramos á 4.000 metros. Pero un globo bien construído de 4 metros de diámetro, lleno de gas del alumbrado, abandonaría el suelo con una fuerza ascensional de unos 30 kilogramos, lo cual es ya suficiente. El coeficiente de seguridad del cable sería también conveniente para un globo destinado á ser lanzado sólo en tiempo de calma.

Después, cuando los vientos sean demasiado débiles en la superficie para las cometas, y demasiado fuertes, sin embargo, para inspirar inquietudes la suerte del globo cautivo en las regiones superiores, se llegará acaso á servirse de este último á pequeñas alturas para lanzar desde él las cometas en una corriente ya bastante rápida para sostenerlas. Este proyecto nada tiene de utópico, pues está demostrado que á algunos cientos de metros del suelo el viento es casi siempre bastante fuerte.

Es realmente extraño, después de todo, que la ciencia no haya pensado en sacar más partido de esas excelentes estaciones de observación llamadas globos cautivos. Se encuentran algunos ejemplos, y parece que Saussure se servirá de ellos para estudiar la electricidad atmosférica según el método de Robertson; pero nadie parece haber pensado en utilizar para tal objeto los globos cautivos que en todas las Exposiciones universales y en otras circunstancias se ponen á disposición del público; y, sin embargo, ¿no sería facilísimo y conveniente proveerlos de aparatos registradores cuyas observaciones serían recogidas al fin de cada día?

En Alemania los Sres. Hergesell y Moedebeck, repitiendo una experiencia ya hecha por Archibald en Greenwich en 1887, han intentado combinar el globo y la cometa, á fin de poder hacer las ascensiones en todo tiempo. Ya hemos consignado, de pasada, este ensayo en la primera parte de nuestro trabajo. El globo, cilíndrico y bastante alargado, está provisto lateralmente de una superficie de soporte plana y unido á su cable por un sistema de bridas análogo al de las cometas comunes. En tiempo de calma el globo sostiene á la cometa, y cuando hace viento ésta impide al globo caer.

Nosotros creemos, como Marvin, que este sistema es muy defectuoso, pues anula á la vez las mejores cualidades de los dos aparatos que combina. En las calmas el globo está recargado con un peso completamente inútil; si el viento sopla, la enorme superficie del globo da lugar á una componente tangencial al plano, tal que ninguna cometa utilizable en meteorología, por mal construída que esté, da nada semejante. Nos parece infinitamente mejor separar ambos aparatos, como dijimos antes, y utilizar cada uno á su tiempo aprovechando el respectivo máximum de eficacia. Así se completarán sin perjudicarse.

Cualesquiera que sean los progresos que haya aún que hacer para sacar todo el partido posible del material que poseemos actualmente, parece llegado el momento de realizar en altura lo que Le Verrier inauguró en extensión. Tenemos los medios para ello, y todo hace creer que la antigua organización ha producido ya todo el fruto que era de esperar.

Repitémoslo otra vez, pues será la mejor conclusión de este trabajo y el resumen más claro de nuestro bosquejo del desarrollo de los estudios atmosféricos: nada es más imperiosamente reclamado por la meteorología, nada es más propio para imprimirle un movimiento de rápido progreso como la multiplicación de las estaciones, combinada con la extensión de sus observaciones regulares á alturas crecientes. Es necesario, pues, que por todas partes y en la más vasta escala posible se imite el ejemplo de Francia, uniéndose á Alemania en las ascensiones internacionales de los globos-sondas, y el ejemplo de los Estados Unidos en los lanzamientos de cometas.

El impulso está dado: el éxito asegurado por los resultados llenos de promesas de que hemos hecho mención; todo hace prever, en una palabra, que el siglo próximo inaugurará para la meteorología una era de conquistas decisivas si encuentra una red completa de estaciones de globos-sondas y de cometas.

V. SCHAFFERS, S. J.

EL CONCEPTO DEL DELITO

SEGÚN LAS ESCUELAS CLÁSICA Y POSITIVISTA

En el mundo no hay más que esencias, fenómenos y leyes: toda la realidad cognoscible se reduce á estas tres cosas, y el conjunto de la ciencia se diversifica en las tres grandes ramas del conocimiento nouménico, fenoménico y nomológico. Todo ser tiene actividad, y mediante ella produce fenómenos con sujeción á ciertas leyes; de ahí que de la misma manera que en el todo científico podemos distinguir la filosofía, la historia y la filosofía de la historia, correspondiendo á las tres indicadas especies de conocimientos, á cualquier objeto de nuestro estudio podemos estudiarlo también bajo estos tres aspectos inseparables, porque si no existen seres sin actividad y sin fenómenos, tampoco existen fenómenos sin seres que los produzcan y sin que estén sujetos á leyes, ni éstas tienen una existencia abstracta, sino que existen en los mismos hechos que regulan y en las mismas esencias productoras de esos hechos.

Ésta es la clave de las grandes síntesis de la naturaleza y de las grandes síntesis científicas: en toda ciencia existe un objeto cognoscible en sí mismo, ó en sus hechos, ó en las leyes á que éstos se sujetan; y según se conciba ese ser, esos hechos ó esas leyes, así se resolverán todos los problemas por esa ciencia planteados. Frecuentemente hay en las ciencias un concepto fundamental, base de todo el edificio científico, concepto que no expresa sino el modo general de relacionarse esos tres aspectos, que integran el objeto total de un estudio determinado y en cuya formación entrarán, por consiguiente, como factores, el modo que tengamos de concebir esa esencia, esos hechos y esas leyes. Tal sucede con el Derecho

penal que, como todo Derecho, estudia al hombre (esencia), sus acciones en cuanto dicen relación á la justicia social (fenómenos) y las normas morales á que deben obedecer (leyes). Pues bien, el delito es el concepto fundamental del Derecho, restaurador del orden perturbado, concepto que se forma por la combinación de las ideas que acerca del hombre, de sus acciones y de sus leyes existan en nuestra inteligencia.

Muchos siglos há que el dualismo espiritualista y el monismo materialista vienen sosteniendo una lucha de titanes en todos los campos de la realidad, en los cuales puede ejercitar su actividad nuestra inteligencia, y vienen sosteniendo esta lucha, que ha de durar cuanto el mundo dure, por la antítesis de respectivas afirmaciones y por la de sus negaciones respectivas. Ambas filosofías son completas, ó por lo menos pretenden serlo: no hay problema de la vida moral, ni ramá de las investigaciones especulativas, para los cuales cada una de ellas no tenga su solución; no hay pregunta de los órdenes religioso, moral, metafísico ó físico á que no contesten con una afirmación ó con una negación; no hay tesis científica alguna que una no defienda con ardiente entusiasmo y á la que la otra no conteste con una sarcástica sonrisa. Por eso tiene cada una de ellas su manera especial de concebir al hombre, sus acciones y sus leyes, y por eso también tiene cada una de ellas su manera especial de concebir el delito; y como aquellas concepciones fundamentales son de todo punto anti-téticas, las últimas han de serlo también forzosamente.

El hombre, según la filosofía espiritualista, es un animal racional, un compuesto de cuerpo material y alma espiritual; según la filosofía positivista es un grado de la evolución materialista; y por lo que respecta al hombre delincuente, mientras que la primera sostiene que es igual físicamente á los demás hombres, aunque en algún modo inferior moralmente, la segunda afirma que es un ser anormal de una especie distinta á la de los hombres honrados.

En virtud de este dualismo, los filósofos que lo defienden consideran la actividad del hombre como una actividad mixta de espiritual y material, y distinguen en sus actos los actos puramente espirituales, en que interviene el alma sola, los

actos que ésta ejecuta en unión del cuerpo y los actos puramente naturales, en los que solamente interviene el alma como forma sustancial de un cuerpo vivo; distinguen también entre los actos humanos, que son los actos verificados con conocimiento y libertad, y los actos del hombre, que son los que éste ejecuta con inconsciencia, afirmando de los primeros que son los característicos de la actividad humana. Ésta no es en la filosofía materialista sino una manifestación de la única actividad que existe, actividad que en el átomo se manifiesta bajo la forma de fuerzas químicas, en la molécula bajo la de fuerzas físicas, en los seres vivos bajo la de fuerzas espontáneas, y en el hombre bajo la forma de fuerzas antropológicas, que sólo se diferencian de las anteriores en la mayor complicación de los fenómenos que producen.

El concepto de las leyes que rigen las acciones humanas es también distinto en una y otra. Para los espiritualistas hay una diferencia esencial entre las leyes que rigen la materia y las leyes que rigen el espíritu, diferencia que expresan afirmando que las primeras son físicas y las segundas morales, lo cual quiere decir que las primeras son necesarias y no pueden ser violadas de ninguna manera por los seres á ellas sometidos, mientras que las segundas imponen obligación y no pueden ser quebrantadas dentro del orden, pero sí en el caso de que el hombre quebrante ese orden haciendo uso de su libre actividad. Ésta es la esencial diferencia entre el carácter de los actos humanos y el carácter de los actos que los seres materiales ejecutan: los primeros son libres, los segundos necesarios; el hombre ha de cumplir la ley moral en virtud de sus impulsos solamente; las causas naturales cumplirán las leyes físicas siguiendo el camino que desde el principio les impuso la causa suprema. Para los positivistas las leyes que rigen al hombre y las que rigen á los demás seres son de la misma naturaleza, todas ellas son necesarias físicamente. Todos los fenómenos que suceden en el mundo están eslabonados de tal modo que cada uno de ellos está determinado por la serie de los fenómenos antecedentes, y esto se verifica en los actos humanos del mismo modo que en los demás seres, porque en la naturaleza, dicen, no hay excepciones.

En esto que he dicho queda expuesto ya todo lo que acerca del delito he de decir en el curso de esta disertación. El delito, vuelvo á decir, se concebirá de un modo ú otro según se conciba la naturaleza del hombre, de sus actos y de sus leyes, conceptos de cuya relación resultará el concepto que se examina.

Lo primero y que más espontáneamente brota de las indicadas afirmaciones de una y otra filosofía es el concepto que cada una de ellas tiene de las causas del delito. Si éste se reduce á una relación entre un fenómeno del hombre y la ley que lo regula, como la que regula los actos de la naturaleza racional humana es una ley moral (pues ése es su carácter y en eso se distingue de las leyes físicas), el delito deberá ser una acción del hombre en cuanto tal, es decir, un acto humano, cuya causa, por consiguiente, es la libertad, condición esencial de todos los actos de la actividad humana en cuanto humana. Pero como quiera que el delito es, como enseguida diré, una violación de la ley moral, una perturbación del orden jurídico, y como quiera que la naturaleza del hombre, de igual modo que la de los demás seres, se inclina al cumplimiento de la ley propia y á la guarda del orden propio, se hace necesario admitir la existencia de causas extrínsecas á la voluntad racional que desvíen esa natural inclinación y conduzcan al hombre hacia el delito. Estas causas son nuestras pasiones, son las diversas tendencias y los diversos apetitos que el hombre tiene para cumplir su fin, tendencias y apetitos que, si están en armonía y sujetos á la voluntad racional, constituyen el estado normal de nuestras facultades morales; mas si una de ellas predomina á costa de las demás ó no se sujeta á los mandatos del apetito racional, sobreviene en esas facultades un desorden, un estado patológico, digámoslo así, causa del delito; del mismo modo que sucede en la parte física del hombre, en que la salud está caracterizada por el desarrollo armónico de los diversos órganos, y la enfermedad por el desequilibrio ó el predominio de uno de ellos á costa de los demás.

En este sentido puede decirse dentro de la escuela clásica que las pasiones son la causa del delito, el cual, sin embargo,

en su última determinación presupone siempre la libertad. Ésta no es absoluta de tal modo que excluya la natural influencia que sobre la voluntad pueden ejercer las pasiones y sus objetos, sino una libertad relativa que padece esas influencias, pero es libre de seguir el camino que ellas le indican ó el contrario, y necesita para obrar bien mayor ó menor energía propia en la voluntad, según sean mayores ó menores esos influjos y según obren en un sentido ó en otro.

En el orden de los fenómenos del mundo concebido por la filosofía materialista no se admite, como antes he dicho, la excepción de los fenómenos humanos. Éstos, como los demás, son producto de multitud de causas desconocidas, cuyas corrientes vienen á confluir en un punto y á producir un hecho determinado. Quítese uno solo de los eslabones de esa gran cadena y todos los restantes sufrirán alteración, porque cada fenómeno influye en todos los subsiguientes, del mismo modo que todos los antecedentes han influido en él. Á la producción del delito concurren tres suertes de causas: antropológicas, físicas y sociales, ó sea, causas que existen en el mismo agente, ó en el medio físico ó social en que se desenvuelve, las de la primera clase determinando el delito por sí solas en los delincuentes natos, y las de las dos últimas concurriendo con las de la primera en los delincuentes de ocasión. En virtud de la solidaridad y del determinismo universales que acabo de exponer, no se puede atribuir al hombre el delito, sino á la multitud de concausas que han obrado en él; á la multitud de fenómenos antecedentes que lo han determinado. Por eso tratan de sustituir á la antigua responsabilidad moral la responsabilidad que llaman objetiva y colectiva. De los positivistas, unos dan más importancia á las causas antropológicas, como sucede con los escritores de la escuela criminalista italiana ó antropológica, á cuyo frente figuran Lombroso, Garofalo, Ferri y Marzo, mientras que para otros el medio social es el que influye de una manera determinante en la producción del delito, y estos escritores forman la escuela sociológica defendida especialmente por Tarde y Lacassagne, directores de los *Archivos de Antropología*. En general, convienen todos ellos con los clásicos en que el delito

es una enfermedad moral; pero mientras que éstos la atribuyen en último término á la libre voluntad del hombre, aquéllos la atribuyen á causas necesarias é independientes de ella.

Tanto dentro de una como de otra filosofía se puede aceptar como buena fórmula *el delito es una violación del derecho*, para satisfacer la exigencia de conocer siquiera de un modo general y vulgar lo que el delito sea, á fin de ir concretando después este concepto.

De esa fórmula se desprende que, dentro de las dos tendencias opuestas, la relación entre un hecho y la ley, relación en la que consiste el delito, es una relación negativa, una relación de disconformidad: para averiguar en qué consiste ésta habrá, por consiguiente, que conocer qué ley, qué derecho requieren una y otra que viole el acto humano, y cuál sea la naturaleza de éste en cada una de las repetidas direcciones.

Al decir los penalistas clásicos que el delito es una violación del Derecho, entienden por éste el orden jurídico, puesto que todos ellos reconocen que puede haber acciones atentatorias al Derecho, y que, sin embargo, no caigan dentro de la esfera de acción de la justicia humana por no afectar á las relaciones sociales de los hombres. Tal sucede con el juicio temerario que un hombre haga de otro, juicio que mientras no se exteriorice no puede ser castigado por los hombres.

No existe la misma conformidad entre estos escritores respecto á si el derecho que es necesario violar para que exista el delito ha de ser el positivo humano ó basta que sea el natural. En general todos ellos convienen en que, aun siendo necesario que aquél se violara, debe estar sólidamente cimentado en los principios de éste, no siendo verdadero derecho si á alguno de ellos se opone. Pero la generalidad de los escritores de esta dirección, á partir de Veccaria, influídos por los principios individualistas nacidos al calor de la revolución del siglo pasado, y que tanta influencia han ejercido en el Derecho penal hasta mediados del presente, consideran que la ley cuya violación constituye delito ha de ser la ley positiva humana, teoría que han expresado por medio del principio *nullum delictum nulla pœna sine previa lege penali*. Otros penalistas clásicos, fundándose en que el Derecho natural no

sólo es verdadero derecho, sino fundamento de todo otro, sostienen que donde quiera que haya un derecho violado, allí existirá delito.

Pero, según todos ellos, los principios del Derecho natural son eternos é inmutables y en ellos deben basarse las disposiciones del Derecho positivo, que reciben de aquél su fuerza obligatoria. Ésta es la razón de que haya habido en todas las edades y en todos los países acciones reputadas como delictuosas, porque esas acciones eran las que se oponían á las normas jurídicas que lleva el hombre impresas en su misma naturaleza. Pero además, el Derecho positivo puede prohibir otras acciones que, si bien no constituyen infracción del orden natural, sin embargo, por razón de las circunstancias, han podido llegar á ser dañosas ó menos convenientes á la sociedad; y por esto es delito la infracción de un precepto positivo que no se oponga á la ley natural.

Esta inmutabilidad del Derecho desaparece completamente en la concepción sociológica que del delito da la escuela positivista, la cual no entiende por Derecho las normas inmutables, parte de la Moral, que rigen las acciones del hombre para con sus semejantes, sino las condiciones de vida necesarias para la conservación y buena marcha de la sociedad. Fúndase este concepto en la ley de la evolución, de la cual son acérrimos defensores los positivistas. Según ella, en el organismo social, lo mismo que en el organismo físico, á medida que crece y se desarrolla aumentan sus necesidades, se desenvuelven y complican las condiciones de su existencia, condiciones y necesidades que deben ser cumplidas y satisfechas por los miembros de esa sociedad. El que atente á esas condiciones por un acto positivo ó negativo, por defecto dejando de cumplirlas ó poniendo un acto que les sea contrario, y por exceso llenando las que corresponden á un grado superior en la escala evolutiva, como sucede con los revolucionarios, comete un delito.

Esas condiciones deben ser expresadas en la ley positiva, y de ahí la distinción que hacen los positivistas entre el orden objetivo constituído por las condiciones de existencia de la sociedad en un momento histórico determinado, y el objetivo-

legal, ó sea, los preceptos positivos en la medida que tiendan á que los miembros de la sociedad llenen esas exigencias.

De aquí deducen que no sólo son delitos aquellas acciones que van contra lo dispuesto en la ley positiva, sino aquellas otras que, sin estar consignadas en el Código penal, atentan á esas condiciones sociales, las cuales deben ser expresadas en la ley positiva para que sea verdadera ley, aun cuando no pueda nunca expresarlas todas por su gran número y su mucha complicación.

Claro es que, siendo la evolución continua, continua ha de ser también la mudanza de esas condiciones de vida, de donde se deduce que no puede haber delitos universales, es decir, delitos que lo sean en todo tiempo y en todo lugar, y que el delito es una cosa esencialmente relativa y mudable, pudiendo ser acción criminal en una época lo que en otra fué acto de sublime heroicidad, y al revés, podrá ser en un tiempo acto heroico lo que en otro fué crimen abominable.

El acto violador de la ley debe ser dentro de la escuela clásica un acto humano, es decir, un acto puesto por el hombre con conocimiento y libertad. Es privilegio de la ley moral que, así como á diferencia de las físicas, puede ser violada por el hombre que abuse de su libre albedrío, no puede serlo cuando ese hombre no conozca la ley ó, conociéndola, no es su intención infringirla, aun cuando el acto puesto por él vaya materialmente en contra de la ley moral. Esta condición del acto delictuoso, de que sea libre, comprende el conocimiento, tanto de la ley y de su fuerza obligatoria, como de la malicia del hecho que se ejecuta y la libertad, requisito sin el cual aquel acto no sería humano. Sin embargo de esto, es corriente en los Códigos y en los autores de Derecho penal el principio *ignorantia juris non excusat*, principio que creo debe entenderse más bien como una presunción *juris tantum* del conocimiento de la ley en todos aquellos para quienes ha sido promulgada; pero no una presunción *juris et de jure*, como sostienen algunos comentadores del Código civil.

El acto debe ser también externo, porque refiriéndose el orden jurídico, que es la ley violada, á relaciones exteriores

del hombre, sólo los actos externos tendrán capacidad para perturbarlo, y de ningún modo los internos.

Concebido el delito dentro del modo como los positivistas le conciben, puede producirse por una acción positiva ó negativa contraria á las exigencias de la vida y buena marcha de la sociedad. Esta acción positiva ó negativa será un fenómeno humano, debido, por consiguiente, á causas necesarias. Si bien parece que dentro de esta escuela no debía requerirse el conocimiento para la existencia del delito, no obstante, algunos escritores sociólogos lo exigen á fin de que la violación subjetiva se una á la objetiva, viniendo así á establecer una división análoga á la que establecen los clásicos entre la violación material y la formal.

Para completar el parangón que voy desenvolviendo del delito según la filosofía del dualismo espiritualista y la del monismo materialista, abandonando el análisis que hasta aquí he seguido procuraré sintetizar las ideas expuestas en las definiciones de algunos escritores de una y otra escuela, de definiciones que expondré brevemente.

Rossi, fundador de la escuela ecléctica, y Franck, penalista francés contemporáneo, entienden por delito no sólo la violación de la ley penal positiva, sino también la violación de la ley natural, y definen el delito el primero diciendo que es *el quebrantamiento de un deber con la sociedad ó con los individuos, requerible de suyo y útil á la conservación del orden político, de un deber cuyo cumplimiento no puede afianzarse sino por la sanción penal y cuya infracción puede ser estimada por la justicia humana* (1), y el segundo *la violación, no de un deber, sino de un derecho, de un derecho individual y colectivo fundado como la misma sociedad en la ley moral* (2). Á poco que se examine la primera definición, se notará en ella la influencia del eclecticismo profesado por su autor.

Carrara y Pessina, influídos por el individualismo francés, si bien admiten la ley natural, sostienen no obstante que para

(1) Rossi, *Tratado de Derecho penal*, libro II, cap. 1.º, págs. 158 y 161 (Madrid, 1883).

(2) Franck, *Filosofía del Derecho penal*, parte segunda, cap. 1.º, páginas 170 y 176 (Salamanca, 1878).

que exista delito legal es necesaria una infracción de la ley positiva humana. Define Carrara el delito civil: *la infracción de la ley del Estado promulgada para proteger la seguridad de los ciudadanos, resultante de un acto externo del hombre, positivo ó negativo, moralmente imputable* (1). Pessina define en términos generales el delito *la violación del derecho*, pero concretando su definición al delito en sentido legal y atendiendo á las exigencias del Derecho positivo, dice que puede definirse: *la acción humana que la ley misma considera como infracción del derecho, y por lo tanto, han prohibido bajo la amenaza de un castigo* (2).

Todos ellos, como se ve, exigen implícita ó explícitamente para la existencia del delito la de un derecho previo y de un acto externo y libre que lo viole, discrepando únicamente en considerar unos que ese derecho debe ser el positivo y otros que basta sólo el natural, y en que mientras Rossi define el delito la violación de un deber, los demás lo definen la violación de un derecho, aunque esta última discrepancia es más bien de nombre, pues á todos debe corresponder un derecho correlativo, y viceversa.

De las definiciones positivistas del delito, son las más importantes las de Garofalo y Colajanni.

Partiendo el primero de la necesidad de dar una definición del delito que convenga á todos los tiempos y á todos los países, comienza negando la existencia del delito natural, puesto que, según él, las ideas de los hombres acerca de las acciones punibles no son las mismas en todas las ocasiones de lugar y tiempo, según demuestra la Historia, que nos dice que hechos criminales se han reputado acciones virtuosas en ciertos pueblos, y al contrario. Pero consultando, no á las ideas, sino á los sentimientos de los pueblos, dice Garofalo que se ve que hay ciertos sentimientos á todos ellos comunes, y que éstos no son los de poder, religión y patriotismo, sino los de probidad y benevolencia, por el primero de los cuales

(1) Carrara, *Programa del curso de Derecho criminal*, parte primera, capítulo 1.º, págs. 21 y siguientes (San José de Costa Rica, 1889).

(2) Pessina, *Elementos del Derecho penal*, parte segunda, cap. 1.º, páginas 170 y 176 (Salamanca, 1878).

nos inclinamos á respetar la propiedad de nuestros semejantes, y por el segundo á no causarles dolor alguno. Pues bien, la violación de estos sentimientos en su grado medio es lo que constituye el delito (1).

Colajanni cree también que la moralidad media de las sociedades debe ser la norma para juzgar delictuosas ó no delictuosas las acciones humanas; pero esta moralidad media varía á cada momento por la continua evolución de las sociedades, y sobre estos fundamentos edifica él la definición del delito universal en el tiempo y en el espacio. Esa moralidad media, constituída por las condiciones de vida de cada sociedad, condiciones á las que ésta en su egoísmo da el carácter de obligatorias, puede ser violada, por exceso por aquellos que obran conforme á una moralidad adelantada, y por defecto por los que obran conforme á una moralidad ya antigua. Son delitos, según Colajanni, no sólo las acciones que van contra la vida de la sociedad, sino todas aquellas que impiden su buena marcha y perfeccionamiento, y así establece la definición del delito: *son acciones punibles aquellas acciones ejecutadas por móviles individuales y antisociales que turban las condiciones necesarias para la vida social y son contrarias á la moralidad media de un pueblo determinado en un momento histórico determinado también* (2).

Quedaría incompleta la exposición del concepto clásico del delito si no hablase de los elementos del mismo. He dicho anteriormente que el acto punible debe ser un acto libre y externo, y aquí tenemos ya indicados ambos elementos. Mientras un acto contrario al Derecho no se exteriorice, mientras no perturbe el orden jurídico, ese acto no cae bajo la acción de los tribunales humanos, ese acto sólo podrá ser juzgado por Dios y por la conciencia, ese acto será pecado, pero no delito. Por otra parte, si un acto del hombre perturba el orden jurídico y ese acto ha sido puesto sin intención, ese acto ni es imputable á quien lo ha puesto ni ha tenido suficiente capacidad para violar el orden moral, dentro del cual

(1) Garofalo, *Criminalogie*, part. prem., chap. prem., pags. 3 y 4 (París, 1888).

2) Colajanni, *La sociología criminal*, vol. 1.º, cap. 2.º, pár. 12, pág. 60.

se comprende el orden jurídico; habrá habido violación material, pero de ninguna manera violación formal.

De ahí que los clásicos requieran en la acción criminal los dos elementos, interno y externo, conocidos también con los nombres de dolo y daño. El primero es la voluntad libre y de alguna manera consciente de quebrantar el derecho, pero voluntad directa, esto es, voluntad de causar el delito. Tomada la intención en sentido estricto, ó sea como tendencia de la voluntad libre y consciente hacia un fin determinado, se confunde la intención criminal con el dolo. Éste exige el conocimiento de la ley, el del hecho criminoso y los efectos que de él puedan seguirse, la libertad de elegir y, por último, la voluntad de obrar criminalmente. La intención criminal existe, según la escuela clásica, no sólo en el delito, sino también en la culpa: en ella hay intención directa de violar el precepto de la ley, que manda no poner sin necesidad acciones peligrosas, y hay intención indirecta, puesto que el autor de un hecho debe prever sus consecuencias y no ponerlo si éstas son dañosas al Derecho.

Los penalistas de la corriente que analizo no entienden por daño el mal causado á la sociedad ó á un tercero, sino la violación externa del orden jurídico, y en este sentido no sólo es elemento esencial del delito, sino que se confunde con él cuando el acto es acto humano, acto consciente y libre. Por eso consideran también como delito los delitos imperfectos, aquellos en que la acción criminal no ha producido mal ninguno á la sociedad ó á los individuos, bien porque causas extrañas á la voluntad del delincuente han impedido que causaran su efecto los actos propios para producir el mal puesto por él, como sucede en el delito frustrado, ó bien porque por las mismas causas sólo ha podido poner alguno ó algunos de esos actos, como sucede en la tentativa de delito. Una rama de la escuela clásica, la escuela espiritualista francesa, pretende que este elemento externo no es esencial al delito, y sólo debe considerarse como signo manifiesto de la intención criminal, teoría que supone que un orden externo, como es el orden jurídico, puede ser violado por actos puramente internos, lo cual es absurdo.

Resumiendo, los dos elementos expuestos pueden condensarse diciendo que para la existencia del delito se necesita una intención criminal suficientemente exteriorizada.

Expuestos ya, siquiera sea á grandes rasgos, el concepto clásico y el concepto sociológico del delito, no alcanzaría yo mucha gloria refutando este último, si le considerase aislado de sus fundamentos materialistas y emplease contra él argumentos sacados de las verdades que la razón y el sentido común nos dan como evidentes, y que los modernos filósofos rechazan.

El mérito de estos sistemas filosóficos modernos está, á mi juicio, en el desenvolvimiento de sus proposiciones falsas y el modo que tienen de enlazar un absurdo á otro absurdo, deduciéndolos todos de un absurdo fundamental, base de toda su filosofía; y si se toma una de estas proposiciones aisladamente y se la examina á la luz de la razón y del buen sentido, se la desnaturaliza, por decirlo así, se la priva de todo fundamento. Debiera yo, por consiguiente, refutar á los positivistas en sus principios, y para ello tendría que probar la existencia de sustancias espirituales, tendría que probar la libertad humana y otra porción de verdades, cuyo examen de ningún modo pertenece al Derecho penal, sino á la Psicología y á otras ramas de la Metafísica.

Ciñéndome al concepto que dan del derecho y del delito, recordaré la frase de Luchini, quien dice que todo lo que la moderna escuela tiene de verdadero es tomado de la antigua filosofía, y es propio de ella solamente lo que tiene de falso. Que la ley positiva humana debe traducir fielmente las exigencias del Derecho racional y objetivo, es una verdad muy antigua en la filosofía clásica, y los positivistas nada nuevo dicen al afirmarla.

Pero la idea de la evolución del Derecho y de su relatividad es una idea propia de la dirección que se da á sí misma el pomposo nombre de realista, y en seguida se descubren en ella las señales de la falsedad. La Historia nos demuestra de un modo evidentísimo la existencia de delitos reputados tales en todo lugar y en todo tiempo: el homicidio, el robo, los atentados contra las costumbres han sido en todas las edades

y en todos los pueblos perseguidos por la sociedad como acciones criminales, y no se comprende como Garofalo quiera demostrar lo contrario apoyándose precisamente en los datos históricos. Además, el Derecho fundado en la ley evolutiva carece completamente de fuerza, porque no hay un ser superior de quien pueda recibirla.

Séame permitido hacer constar una contradicción de Garofalo: dice que no hay en el mundo ideas comunes á todos los pueblos, y sin embargo afirma que hay sentimientos universales, cuando precisamente la sensibilidad es la facultad más tornadiza del hombre; cuando precisamente á toda idea corresponde un sentimiento y, por lo tanto, á ideas distintas en distintos países tienen que corresponder distintos sentimientos.

En cuanto á Colajanni, no sólo funda el Derecho en la defensa social, fundamento harto débil, pues no se apoya en ningún argumento racional, toda vez que la conveniencia no es el Derecho, ni nadie puede defenderse si no tiene la potestad moral é inviolable de hacerlo, sino que la fuerza viene á ser en su definición el fundamento de toda la moralidad.

Querer apartarse en las nociones fundamentales del orden moral, como es la del delito, de lo que el sentido común y la historia de los siglos ha venido afirmando y la razón serena ha confirmado en todo tiempo, es convertir la ciencia jurídica, la más importante de todas, porque es la más práctica, en juegos de luz, en combinaciones más ó menos brillantes de conceptos falsos; juegos y combinaciones que si se redujeran á la teoría quizá fueran inofensivos; pero que aplicados á la administración de justicia producirían desastrosísimos resultados si, lo que afortunadamente no sucede, los encargados de administrarla se dejaran deslumbrar por ellos.

JUAN U. MIGOYA.

LOS MINNESINGER

En la sala del castillo de Wartburg dejamos á Reimar, á Walter von der Vogelweide, á Wolfram de Eschenbach, á Schreiber, á Biterolf y á Enrique de Ofterdingen, hablando en animados grupos de damas y caballeros.

Permitid que del rigorismo histórico, hasta aquí mantenido para presentaros á este grupo de los cantores de amor, como muestra de todo el ciclo del minnegesang, pase á la leyenda, al poema que nos describe con rasgos de imaginación, lleno del espíritu de la Edad Media, lo que fué la lucha de la Wartburg, entendida y sentida por el poeta autor de esa especie de crónica rimada, que ha dado motivo á no pocas disquisiciones y conjeturas de la crítica literaria. No conozco el poema original, ni siquiera las vulgarizaciones tan celebradas de los minnesinger con que el sabio Sinorock ha mostrado sus conocimientos del antiguo alemán. Los trabajos de Eichhoff y lo que han recogido en sus exposiciones los historiadores de la literatura alemana de esta época es lo único que puedo ofrecer, muy resumido, á mis lectores.

Antójaseme, no obstante, que Heinrich, en su *Historia de la literatura alemana* (tomo I, pág. 115), parte de un razonamiento erróneo para fijar la fecha en que pudo ser escrito el poema. Dice el citado tratadista que en la primera parte Walter von der Vogelweide hace un cumplido elogio del Rey de Francia. Acercando el poema á los comienzos del siglo XIII, este Rey sería Felipe Augusto, lo cual, en sentir de Heinrich, es imposible, porque Felipe Augusto ganó á Alemania la batalla de Bouvines en 1214, y semejante elogio atestigua que los rencores nacidos de la guerra estaban amortiguados. Por el contrario, colocando la fecha hacia 1250-1260, este Rey de Francia, vagamente designado, sería San Luis, cuyo renom-

bre era entonces universal entre la cristiandad. Tal es el razonamiento de Heinrich, quien, con la seguridad de que no sienta los pies en firme ante los mismos datos que el poema nos ofrece, añade á continuación: algunas incoherencias históricas no son obstáculo á esta suposición; las leyendas alemanas confunden á veces entre sí los mismos soberanos de Alemania, y con mayor razón les ha de estar permitido embrollar un poco la historia de los Reyes de Francia. Sin entrar en disquisiciones históricas, que no son pertinentes, ni asentir en absoluto con la opinión de quienes han creído que el poema podía ser inspiración, cuando no de propia mano de Wolfram de Eschenbach, baste observar que la lucha de la Wartburg está fijada con toda precisión en el año 1206; que desde esta fecha á la de 1214 van ocho años, en los cuales bien pudo escribirse el poema; que si fué grande el renombre de San Luis, no hubo de ser menor el de Felipe Augusto, que reinó desde 1180 á 1223, asistió á la tercera y cuarta Cruzadas, creó *Los doce parés de Francia*, se desentendió de *La tregua de Dios* con general escándalo de la cristiandad y con regocijo, quizás, de no pequeña parte de Alemania, donde se mantuvo casi siempre viva la oposición al papado; arrojó á los judíos de su reino, se apoderó de Normandía, veló por la prerrogativa real... Además, Felipe Augusto reinaba en Francia en 1206, año en que se reunieron en la corte de Hermann los minnesinger reseñados y en que se le alaba como actual imperante.

El mismo Walter abandona la defensa del Rey de Francia, y si no fuera esto lo bastante, hay algo que es más grave para la lógica y el buen sentido: Walter, que se supone muerto en 1230, ¿hubiera alabado á un monarca, á ser éste San Luis, que tardó veinte años en subir al trono después del fallecimiento de Walter? ¿Qué razón hay para que el autor del poema dejara de poner en boca de Walter von der Vogelweide el elogio del actual Rey de Francia, como puso en la de Enrique de Ofterdingen el del Emperador de Austria? El mismo Heinrich sostiene, en otra parte, que éste pudo ser muy bien un canto real que el autor del poema sólo se haya tomado el trabajo de intercalar en su obra.

Pero volvamos á la sala de la Wartburg, donde la expectación es grande para la justa poética que va á empezar. Si os fijáis detenidamente en el aspecto de la sala, os llamarán la atención unas manos rudas y callosas, entre otras tantas finas, cultivadas y aristocráticas, que se ven junto á la puerta apoyadas en el mango de un hacha, destacándose sobre el fondo de los pliegues rojos de la gramalla, que también asoman por el vano de la puerta y oscilan á veces lentamente, como quien allí permanece por deber y casi extático. Son las manos y el hacha y la gramalla y la persona entera y verdadera de *meister* Stempfel, verdugo de Turingia. Aquí está el tétrico personaje para cumplir su misión con el vencido. ¿No exponen los caballeros su vida en los torneos? ¿No la inmolan acaso por las causas nobles? ¿No es la poesía cosa nobilísima? ¿No son acaso los minnesinger dignos de tal suerte con su fe de amantes y su nobleza de caballeros?

Enrique de Ofterdingen inicia el debate, proclamando al Príncipe de Austria más perfecto que otros tres imperantes, cualesquiera que éstos sean: porque el Príncipe de Austria sabe buscar en todas partes la gloria de acá abajo y la gracia de allá arriba; y sabe honrar á todas las mujeres en memoria de aquella que engendró al Dios-Hombre. Los oprimidos, como las abejas á la colmena, van á él para encontrar ayuda y justicia. Con las dos manos combate á los enemigos, y quisiera disponer de otras dos para distribuir la limosna. Cuando partió para la guerra de Hungría, cuando ya tenía abrazado el escudo é iba á romper la marcha, sus últimas palabras fueron para decir al administrador: «Cuida de que en mi ausencia no falte nada á los pobres».

Como potro refrenado al que dan suelta, apenas termina el de Ofterdingen ya Walter se proclama campeón en la liza y se ofrece á sostener el partido por el Rey de Francia; porque el solo nombre de Austria excita su cólera al pensar en las injusticias que allí se cometen á la sombra de su imperante. Rechaza todo su favor, porque prefiere perder el favor del mismo Príncipe á transigir con una injusticia. Tan en firme y tan animoso se siente Walter (¿y cuándo no?) que pide la cuerda ó el hacha para el cuello del vencido.

Con no menor bizarría interviene el virtuoso Schreiber, suplicando á Walter que le abandone la presa por esta vez, deseoso como está de combatir en terreno tan favorable. ¿Cómo un solo Príncipe podrá vencer y humillar por sus exclusivas condiciones, por relevantes que sean, á las que reúnan otros tres imperantes? Pruébense ante todo sus virtudes, su celo por buscar la aprobación divina en su camino terrenal... Y Schreiber opone al Príncipe de Austria el soberano de Turingia, que es piadoso desde su juventud, en torno del cual vela constantemente una águila de poderoso vuelo, y tiene la bravura del león para vencer á los enemigos. Alejandro Magno, de quien Schreiber ha leído las historias, es el héroe al cual se parece el soberano de Turingia, quien extiende su clemencia á los ricos y á los pobres, y tiene el corazón lleno de virilidad y puede afrontar la comparación con todos los Reyes.

¡Cómo satisfacen á Enrique estas manifestaciones! Su guante se ha recogido. Hay lucha, y él es el campeón por el de Austria. Pide á Reimar de Zweter y á Wolfram de Eschenbach su intervención, como jueces, en el debate que se ha suscitado.

Y sigue con pasión entre Enrique y Schreiber, atento cada cual á la glorificación del soberano que respectivamente ensalzan; debate que interrumpe de pronto Biterolf con sutiles invectivas para oponer al héroe decantado por Enrique de Ofterdingen el Conde de Hanneberg, no sin apasionadas réplicas de su contrincante.

No se siente éste acorralado por sus adversarios, sino por sus propios jueces. Reimar antes y Eschenbach después declaran vencido al campeón del Príncipe de Austria; y Walter, el movedizo Walter, rendido á los elogios que le impresionan, condena su precipitación anterior y con botes de tigre que cae sobre su presa elogia al soberano de Austria, porque es digno de alabanza, pero más aún al de Turingia, porque la merece mayor y más cumplida. Concede que el primero es un verdadero sol, pero—añade—el día es más glorioso que el sol, y el Señor de Turingia es el día que nos colma de mercedes; el Príncipe de Austria viene después de él como un rayo de sol.

—¡Traición! ¡traición!—grita entonces Enrique de Ofterdingen, y como corcel que se alborota con inesperado espolazo y se sale de la vereda, renuncia noblemente á todas las falsas ventajas de la lucha, é invoca á Klingsor, Klingsor de Hungría, que sabe apreciar en lo que vale al Príncipe Leopoldo.

La evocación es sentida, y como en Wartburg no ha de correr la sangre de tan bravos campeones mientras Sofía se asiente en su trono, por mediación de ésta se aplaza la lucha poética hasta que venga Klingsor á reforzar las argumentaciones del firme é invariable sostenedor de las virtudes del Príncipe de Austria; y se aplazará de nuevo para fingir un viaje á París si es necesario, para que las fiestas de la Wartburg no terminen con luctuosas ceremonias. Sofía, pues, tiende su diestra y salva á Enrique del vencimiento, que debía pagar con su cabeza; pero la Landgravina envuelve su clemencia con toques de refinada ironía, asegurando que antes que Ofterdingen vuelva á Wartburg pasará mucha agua del Rhin por el pie de los muros de Maguncia.

Klingsor, de cuya existencia real han dudado Gœrres, Grimm y Reberstein, por más que la atestigue Dietrich de Apolda con datos muy seguros, y se le encuentre asociado á hechos muy auténticos en que intervinieron otros poetas contemporáneos, es toda una revelación en el poema de la lucha poética de la Wartburg, y á través del misterioso personaje se adivina la primera mitad de la Edad Media con sus terrores por el milenario, la fe impuesta por la ignorancia y el dominio, la duda científica que en germen aparece y toda la garullada de obsesos y posesos, de encantadores y visionarios. Él es la protesta y la rebelión contra lo estatuido por la corte romana; suyo es el martillo que invocamos para atravesar el tiempo y el espacio y entrar en el patio del castillo de Wartburg, cuando aquí venían las damas y caballeros invitados; suya la casa en los límites de Transilvania, «más lujosa que la de un obispo», donde se nutre el espíritu del dueño en la filosofía, en las matemáticas, en la astronomía, en la nigromancia; él conoce todas las artes y ciencias del trivio y del cuatrivio; autor de libros en verso, él inventó nuevos metros

(*Klingsor's schwarzer Ton*); audacísimo formulador de enigmas y adivinanzas é invencible en la discusión por recursos humanos, porque á sus órdenes obedece Nasion, demonio familiar de Klingsor, que de todo en todo le está sometido. ¡Sólo por permisión de Dios podrá vencerle su contrincante, y no se ha echado mal padrino el humillado Enrique de Ofterdingen!

Desde el momento en que Klingsor interviene en la narración enmaráñase ésta por arte de encantamiento, y se pierde la sencillez del relato para presentar el proceso de la Alemania de aquellos tiempos. Klingsor entra en escena denunciando un conciliábulo de presbíteros reunido en Maguncia con el fin de establecer la venalidad de las cosas santas. Toda forma de religión constituída es buena presa para las garras de Klingsor; Wolfram de Eschenbach, con fe inquebrantable, se opone á tantas insolencias, y parece triunfar el convencimiento hondo y sencillo de Wolfram de la ciencia sutilísima de Klingsor. «Dios ha hecho que un laico haya tenido mejor sentido que todos nosotros», exclama el autor del poema, que por esta sola frase se ha querido suponer si sería obra de un clérigo.

Klingsor no se conforma con la derrota y se apresta al desquite. Nasion, el demonio familiar de Klingsor, se introduce de noche en el cuarto de Wolfram para tentarlo é interrogarle acerca del curso de los astros. Wolfram se santigua piadosamente y en tono sibilítico exclama: «Quien ha hecho los astros conoce su curso», y ante la señal de la cruz y las palabras de Wolfram, Nasion, que al finalizar el siglo XIX no podría pasar seguramente por un diablo de los más avisados, no deja en los comienzos del XIII de prestar buenos servicios al nigromante Klingsor, á quien retorna para comunicarle que no saldrá bien librado de la sabiduría de Wolfram.

Y así es, en efecto.

No falta quien haya querido ver en las figuras de Klingsor y de Nasion la emancipación de Alemania del poder temporal de los Papas, que siglos después habían de realizar las rebeldías de Lutero, ó la encarnación viva de las doctrinas de los gibelinos, aduciendo como resumen estas palabras de Na-

sion á Klingsor: «Vé que los monjes nos venden este pan de vida que es el mismo cuerpo de Dios vivo. Nuestro Papa vale menos que Judas, porque entrega al Señor por un denario. Los monjes atesoran con lo que ha de ser salvación para las almas: bautismo, confesión, sagrados óleos, extremaunción, eucaristía. ¡Maldición sobre ti, clérigo maldito, que sólo vives por la sed del oro!...»

Más acertada nos parece la siguiente síntesis de Eichhoff: «El desenlace de la lucha no está precisado y es además de poca importancia. Es de suponer que todos esos poetas rivales se fueron reconciliados y enriquecidos por la munificencia del generoso Landgrave de Turingia, cuya corte era entonces el santuario de las letras. No obstante la incoherencia de esta obra y las lagunas que la desfiguran, es de capital interés y rica en graves enseñanzas, porque en esta narración versificada, que no es ni un drama ni una sátira, sino un simple cuadro histórico, encontramos el espejo más fiel de las costumbres caballerescas del siglo XIII.»

*
*
*

Confieso que no he cumplido debidamente con lo que prometía el título de estos articulejos. Los *minnesinger* reclaman mayor, más largo y más detenido estudio, y desde el señor de Kürenberg, á mediados del siglo XII, hasta *Meister* Juan Hadlub y el monje de Salzburg, que tocan ya en los comienzos del XV y enlazan en la historia literaria el ciclo de los *Caballeros poetas* con el de los *Maestros cantores*, brillan muchas y muy variadas personalidades á que es preciso dedicar mucha atención para que se conozca como es debido el minnesang.

Pero no intenté yo escribir la historia de ese período, falto de erudición y sin el conocimiento de las fuentes originales; quise sólo iniciar un trabajo de divulgación, y para ello he agrupado en la lucha poética de la Wartburg á los caballeros poetas que en ella tomaron parte. Bien ó mal delineadas, y tal como las siento, he procurado que aparecieran á los ojos de mis lectores las figuras de Wolfram de Eschenbach y de

Walter von der Vogelweide. No estaría demás completar el estudio de ambos; pero me siento con deficiencias para la empresa. Sirva lo expuesto de aperitivo para el estudio del minnegesang y entre en la selva obscura de la *altdutschen Sprache* quien tenga humor y tiempo para tanto.

J. L. ESTELRICH.

CARTA Á LORENZO

Amigo Lorenzo: Hablemos un rato, como si estuviéramos juntos, aunque el papel y la pluma sea un medio imperfecto de comunicación, porque á la palabra escrita le falta la sal y pimienta del gesto, la acción de la estocada ó de la firma y rúbrica, cuando cuenta un español los moros que mató ó el último desgraciado memorial que elevó á la excelencia del Ministro del ramo: por eso, para mí, el apagar la luz es cortar la conversación.

No pasa día, cuando tropiezo con algunos de esos personajes serios que tanto nos hacen reir á los dos, en que no me acuerde con amor de tu bien conservada persona, con tus ojos entornados y tu mostacho retorcido y tu marcialidad de estudiante veterano, que ha sobrevivido á todos los planes de estudios, y con tu chambergo de anchas alas, que dan sombra á aquella sonrisa melancólica, el gran garabato de tu cara, espejo de tu corazón.

¡Qué tiempos, Lorenzo! Desde que el desestanco de la sal la ha puesto al alcance de todas las fortunas, no hay mozo que sepa hacer sonar un duro, ni letrado que escuchando al cliente sepa tomar un polvo con los dedos juntos y los otros tendidos, suspendida la mano en el momento crítico, ni abuela que sepa contar un cuento de frailes, ni beata que al tomar agua bendita sepa salpicar al diablo, que le sale al encuentro junto al cancel, ni alguacil que sepa echar la zarpa á los pájaros que vuelan, ni madre de familia que sepa adobar las aceitunas, fruto formado de la sal de la tierra y del amargor del suspiro del moro.

¡Qué almuerzos aquellos, cuando no había trichina, ni filoxera, ni higiene! Después de romper el ayuno con unas rodajas de salchichón de Vich, gloria de las instituciones catala-

nas, y con un chorizo extremeño, el mejor reconstituyente de la sangre castellana y leonesa; con una lonja de jamón, paisano de D. Fruela, hubiéramos dado audiencia con la majestad de Duxes de Venecia al Emperador del Celeste Imperio y hasta hubiéramos recibido con seriedad los presentes de te y quitasoles y hubiéramos ido á llamar á la Sublime Puerta para preguntar si estaba en casa el Gran Señor; pero hoy, con la trichina y la economía política, para un almuerzo así necesitas el microscopio y seis pesetas, que entonces eran tres entradas al tendido de sombra. Pues figúrate lo que será un banquete político en el porvenir, en que te sirvan clasificados y químicamente puros el ázoe, el hidrógeno, el hierro y el fósforo y por bebida un antiséptico. Yo te aseguro que al final no habrá discursos con paréntesis de (*risas*): ¡qué triste es la ciencia!

Te confieso que la cultura y la sensatez propia de la mayor edad me tienen desconcertado y equivoco todos mis deseos y vocaciones, y equivoco saludos y sonrisas, y casi los hombres con las mujeres, y los viejos verdes con los niños colorados, y la sal con el bicarbono de sosa, que es la materia más sosa, como dice su apellido.

Hoy mismo he cometido una gran equivocación que me tiene descompuesto. Quería ir á los toros y quería no ir por impulsos encontrados. Los colores vivos del cartel pegado en la esquina de enfrente encendían en mi pupila relámpagos rojos y amarillos, pero la economía doméstica, fruto de madurez, me retenía. Si hubiera tenido dinero en el bolsillo hubiera sonado por el estremecimiento del deseo; pero el papel moneda no suena á oro ni baila ni rueda; hasta el cuño ha perdido la sal de las pelucas de nuestros señores reyes: ¡casi todos los bustos de los billetes son calvos!

El rodar de los coches hacia abajo agujijoneaba el apetito, pero la sana razón luchaba: era un mal gasto y además un espectáculo impropio de la civilización, principalmente desde que los diestros se dejan coger sin gracia. Estaba resuelto á no ir á los toros, cuando pasaron los picadores á caballo; entonces la resolución volvió á rebajarse á duda: llevaban los mismos sombreros, las mismas fajas, los mismos estribos, las

mismas monas que en nuestros buenos tiempos, y hasta me pareció reconocer los mismos caballos.

Estuvo para claudicar mi fortaleza: aquello es la sal hasta en la pesadez, porque no hay nada más salado que un picador pie á tierra y un alguacil á caballo. Tomé el sombrero de batalla y el bastón de abrigo y di algunos paseos por la jaula de mi cuarto con los menesteres de salir; pero cuando iba á poner la mano en el picaporte me acordé con una ráfaga de tristeza de que en los tendidos ya no hay calañeses, ni alamares, ni pañolones de Manila, ni nada: ¡una multitud borrosa, todo gris! y arrojé con desaliento el sombrero y el bastón al dar la hora. El reloj había resuelto la cuestión; ya era tarde; los coches, como mi espíritu, regresaban de vacío.

Salí á la calle á confundirme con los honrados padres de familias económicas, con los horteras sensibles, miembros de la Sociedad protectora de los animales y con las niñeras de la generación futura; pero me desvié hacia la plaza de toros, á cuyos alrededores vagué en círculos concéntricos. Del circo se elevaba un clamor inmenso, el entusiasmo de un pueblo que saboreaba el único espectáculo verdad que le queda, y maldije la economía doméstica y la civilización con su derecho de gentes, arrepentido de no haber ido á los toros, con un vacío más en el alma. ¿Por qué no he ido, por la sana razón, por un progreso de la cultura? No lo creas. No he ido por rebajamiento, por haber entrado también en la mancha borrosa de la humanidad culta, por el flujo y reflujo de fortalezas y debilidades, por la marea de ansias y arrepentimientos; no he ido de rabia, para atormentarme á mí mismo á falta de otra víctima, por ese desequilibrio que ha hecho de ti un solteron á causa de no haberte resuelto entre Laura y Dulcinea, y de mí una persona seria, con esa seriedad sosa que tanto nos ha hecho reir á los dos.

Siento nostalgias, Lorenzo, desde que los barberos han descolgado el yelmo de Mambrino de la puerta y han enmudecido las cuerdas de la bandolina y desde que las muchachas se han puesto sombrero: ¡qué lástima de chicas!

La mantilla es el único dosel de la belleza y la frescura, corola de capullo, espuma de la gracia, exquisita guarnición

de la sonrisa, celosía sutil de la mirada y mosquitera de moscas y moscones; tela de araña, red de incautos, negro velo de las lágrimas de rabia, camarín de rubores encendidos, cortina de las malas intenciones, toca de las *Hijas de María* y de *Las Madres Cristianas* y manto augusto de los cabellos blancos; blondas vaporosas que flameaban con el aire, descubriendo una orejita en acecho medio oculta detrás de una rosa ó un clavel, porque entonces no se habían inventado aún las crisantemas y demás flores sin perfume, adorno de sombreros. La mantilla era en las frescas la sal, en las bonitas la pimienta y en las madres el azúcar de pilón.

Cuando veo á las muchachas con sombrero me parecen emigrantes, que se llevan hasta las amapolas de nuestros campos de trigo y de batalla y hasta las flores retóricas de nuestros oradores, ¡y me da una tristeza! Pero al ver á las abuelas con matorrales de flores y verduras también, en la cabeza, entonces rompo en llanto.

Ya no hay españolas y extranjeras, ni hombres y niños, ni trajes: ¡todo gris: qué triste es el gris! No me queda más consuelo que mi capa vieja, á la que me agarro con los diez dedos, para que no me la roben sin sentirlo, como la nueva, que la otra noche me desapareció de la percha de un Círculo político.

ANTONIO FRATES.

(*Prohibida la reproducción.*)

CIEN LEGUAS SOBRE EL VOLGA HELADO

(NOTAS DE VIAJE) (1)

Habíamos atravesado la ciudad, cuando amainaron el paso las caballerías y se hizo más lento el cascabeleo de sus colleras.

Bajábamos la resbaladiza pendiente que conduce al gran río, el cual allí estaba ante nuestros ojos llenando con su imponente inmensidad el horizonte.

Todo á lo largo de la medrosa planicie veíanse dos hileras de pinos colocados de intento para marcar el camino á los viandantes. Y aquellos deshojados troncos, clavados de trecho en trecho en la parte más consistente del hielo, dibujaban dos líneas paralelas sombrías é inacabables... Marcaban sencillamente una senda, y parecíéronme los centinelas de un desfiladero misterioso por el que tuviera que pasar para dirigirse á la tierra la muerte seguida de su fúnebre cortejo.

Paróse la *kibitka* en la orilla del Volga; vi al cochero ponerse de pie, hacer devotamente tres veces seguidas la señal de la cruz sobre su frente y su pecho; luego restalló la tralla y, aflojando las riendas, á escape lanzó la *troica* por entre la doble hilera de pinos.

Con los ojos cerrados sentí que resbalábamos rápida, rapidísimamente como si el trineo tuviese alas. Cuando los abrí decidida á arrostrar la vista del camino y del paisaje, anochecía, y el cielo semejaba una inmensa techumbre de plomo que nos amenazaba con un cataclismo, próximo á desplegarse sobre la tierra.

En las orillas, sobre las asperezas y los declives, la nieve,

(1) Véase la página 522 de este tomo.

amontonándose, trazaba picachos de fantásticas formas: en la medrosa soledad de las selvas dormía el oso harto ó velaban hambrientos los lobos, y el suelo estaba surcado por varios rieles como de acero bruñido, que eran de cristal, ¡de cristal de hielo! por el que se distinguía un fondo turbio de abismo petrificado.

Había cerrado la noche cuando, desviándonos del cauce del río, nos detuvimos: estábamos á la puerta de una *estancia*, choza de *chuwastkis*, que apenas se distinguía en las escabrosidades del terreno, y en donde teníamos que cambiar los caballos. No fué fácil hallar cochero que reemplazara al que habíamos traído de Nizny Nowgorod. No había luna, el viento cegaba, y aquellos *chuwastkis*, embrutecidos por el alcohol, semisalvajes, no se distinguen por su valor: el instinto de conservación, en ellos afinadísimo, les hace recelosos y apáticos.

Decidióse á servirnos un mocetón que no hablaba el ruso, pero que, según afirmaban sus compañeros, conocía bien el camino. Saltó al pescante, y tornamos á *volar* en la oscuridad. El desasosiego me impedía dormir. Queriendo sustraerme á la impresión del miedo que me hacía sufrir hasta físicamente, evocaba yo en aquella negrura de la *kibitka* imágenes familiares y queridas, que se me escapaban á cada movimiento del vehículo, y que sólo un persistente esfuerzo de concentración me devolvía con las perspectivas brillantes de Madrid en fiesta y los azules confines de mi Galicia. Y de las múltiples imágenes surgían múltiples asociaciones de ideas, como de un foco de luz infinitos rayos y prismas.

Nuestro conductor lanzaba á menudo un grito gutural, ó hablaba en alta voz á los *caballos*, que arrastraban con menor vigor que los anteriores la pesada *kibitka*.

—Díme versos—murmuró Víctor ofreciéndome mandarinas y dátiles de Valencia.

Obedecí, y las sublimes melodías de los versos de Núñez de Arce, de Bécquer, de Ferrari, y las apasionadas y vibrantes estrofas de Rueda, de Dicenta, de Paso, de Shaw, del correctísimo Herrero, amigos y compañeros de mi juventud que ya me han olvidado, poblaban de fúlgidas visiones meridionales

aquella lóbrega tumba en la que no podía moverme, aquel nicho húmedo y glacial que á cada minuto de su marcha me alejaba más y más de mi tierra y de mis poetas.

Recitaba, recitaba, gozosa de oirme y de oír y percibir al mismo tiempo á través de mi voz, la voz, la mirada, el ademán y el gesto peculiares de mis amigos que años antes habíanme recitado los mismos versos. Y embriagada por la melodía de las estrofas, por el énfasis rítmico de nuestro idioma, por la luz y el color que para mí tienen las frases, cesé de oír la voz del chuwastki, los chirridos amenazadores de la *kiqitka*, los bramidos del huracán.

De pronto saltamos como pelotas; el vehículo en un violentísimo choque inclinóse á un lado, se paró y las voces del chuwastki nos ensordecieron. Descorrimos las cortinas, preguntamos lo que pasaba, pero el hombre sin contestarnos seguía gritando.

Saltó fuera Víctor, rapidísimo me sacó del trineo y sentí bajo mis pies la resbaladiza superficie del Volga.

Con el escalofrío del terror, sin saber lo que había ocurrido o lo que iba á ocurrir de peligroso, vi confusamente un caballo caído; oí relinchar á los otros; escuché la voz impaciente de Víctor confundida con la del chuwastki que se fué apagando, hasta que el llanto la veló por completo cuando ni el latigazo terrible, ni el esfuerzo, ni las palabras, á las que los caballos obedecían, lograban levantar al pobre animal.

—¡Gospodi! ¡Gospodi! (¡Señor! ¡Señor!)—eran las únicas palabras que en ruso pronunciaba el desolado mozo, y en su lenguaje se quejaba, maldecía, nos explicaba lo que ocurría, ¡pero sin que nosotros lo entendiéramos!

Pronto nos dimos cuenta de la situación. Bajo las patas delanteras del caballo se había roto el hielo, y el animal no podía sacarlas de la hendidura.

Había que ir en busca de hombres, luces y picos... Había que volver á la *estancia* en demanda de ayuda.

Todavía Víctor y el mozo tentaron un último esfuerzo: los vi entre los pies de los caballos, revolcándose en la nieve, forcejear, empujar el trineo, animar al animal caído, castigar á los otros para que con los movimientos de arranque dieran

impulso al compañero, pero los dos animales coceaban, se encabritaban fieramente, y el tercero, metido hasta el pecho en la sima, sacudía la cabeza desesperado de su impotencia, sintiendo heridas sus carnes por los filos del hielo.

No había otro remedio que ir en busca de ayuda; y el chuwastki alejóse, desapareció en la oscuridad como una sombra, dejando tras sí el eco de sus lamentaciones.

Yo tiritaba. Víctor echó sobre sus hombros su doja, me apoyé en su brazo y comenzó el angustioso período de espera.

Estábamos á pocos pasos del trineo, que de un momento á otro quizá podríamos ver hundirse para siempre.

Sin armas, sin un palo siquiera con que espantar á los lobos si se acercaban, solos é indefensos en aquellas soledades del Volga, perdidos en las sombras, ateridos por la ventisca... ¡Dios mío! ¡Con cuánta intensidad sentí entonces el ansia de vivir, de volver á besar las cabecitas rubias que allá en el hogar de Polonia quedaran; el afán de estrechar contra mi corazón á todos los míos; de sentir el alma iluminada por el sol de la patria, que borra los sentimientos sombríos de los malos recuerdos, que da calor, alegría y fuerzas vitales!

En la lejanía parecían moverse medrosas siluetas, despojos humanos semejaban cerca de mí no sé qué extraños bultos dispersos en el suelo, y las ondas del aire tenían algo de amenazador, ecos que semejaban aullidos...

El pobre animal caído había extendido la cabeza como para morir, y los otros, con las crines erizadas, sintiendo aumentar el peligro, relinchaban pidiendo auxilio que nadie podía darles. Al cabo de más de dos horas, allá á lo lejos distinguimos unos puntos luminosos que se movían, luego oímos voces. Acercábase nuestro mozo con cuatro más y dos caballos de repuesto. Alumbrados los hombres por los faros que traían, y tras minucioso reconocimiento del terreno, pusiéronse unos á picar el hielo en torno del animal caído, otros tiraban de él, y en tanto que la penosa tarea se realizaba, dos de los recién llegados, en ruso y con ira, amenazaban á nuestro conductor, diciéndole que si el caballo quedaba inútil ó moría, él tendría que comprar otro, á lo que el doble mozo, lloriqueando y limpiándose con las enguantadas

manos, que parecían pezuñas, la nariz y los ojos, sólo murmuraba, tirado junto al bruto:

—¡Gospodi! ¡Gospodi!

Lograron levantar á aquél; enajenado de alegría, echóle los brazos al cuello el chuwatski; le frotó el lomo para que entrara en calor y le vendó las ensangrentadas patas con un cinto que sacó de bajo su tugupa de pieles de carnero.

Engancharon un nuevo caballo, tomó las riendas otro mozo; hacia la *estancia* volviéronse los demás, seguidos por el caballo, que cojeaba y apenas podía moverse, aunque el pobre chuwastki lo llevaba por el ronzal, guiándole por las sendas más lisas, hablándole con inflexiones de voz cariñosa, como si fuera un niño.

Nuestro nuevo guía charlaba desatinadamente; nos explicaba, mitad en ruso, mitad en su idioma, aventuras incoherentes. Estaba borracho hasta no poder tenerse de pie.

Montamos en la *kibitka*; distinguí aún río abajo, desvanecido por la distancia, un diminuto y movedizo foco de amarilla luz que parecía diabólica pupila acechando en la soledad tenebrosa de la noche; otra vez la *troica* se abalanzó al espacio á rienda suelta, y con el cascabeleo de las colleras confundíanse las risas desatinadas del chuwastki.

Amanecía el más frío y pálido día invernal cuando nos apeábamos en otra miserable *estancia*.

Humeaba en mugrienta mesa una samowar y en torno de ella hallábanse hasta media docena de chuwastkis; en un rincón tirados en el suelo dormían otros dos, todos sucios, des-harrapados, las frentes y las narices deprimidas, los ojos comidos por la oftalmía crónica. Parecía aquello un rancho de indios bravos.

Pedimos te, que nos fué servido en sendos cacharros terrosos; nuestro guía, que había perdido el humor y la jovialidad á última hora, para volver á adquirir tan preciados dones la *empalmó* vaciando de un trago una botella de *wodka* (alcohol de patata) que á poco le sacaba del estado de somnolencia y patía en que quedara el buen chuwastki *digerida* la *wodka* del la noche.

Volvimos á emprender la marcha. Las abruptas orillas de

río se dibujaban crudamente á la luz del alba erizadas de crestas enormes de nieve, á trechos ennegrecidas por las arboledas abrasadas.

Hacia el mediodía cruzóse con nosotros una caravana curiosa: formábanla quince trineos guardados por una compañía de soldados que caminaban á los costados de ellos bayoneta calada. Era un cargamento de oro de Siberia. Más tarde hallamos un numeroso grupo de presos que, de etapa en etapa, iba á internarse en la infernal región del castigo y la muerte. Algunos llevaban esposas, otros arrastraban cadenas, y entre ellos se destacaba la delicada figura de una mujer joven.

¿Quiénes eran aquellos prisioneros? Criminales de instinto y de ocasión. Estudiantes inteligentes y honrados que no habían cometido otro delito que luchar por la libertad y la regeneración de su patria. ¿Y la mujer? Era una mística, una visionaria que había atentado contra *sí misma* mutilándose cruelmente el cuerpo, afiliada á la secta religiosa de los *skopci*, numerosísima y perseguida con ensañamiento en toda Rusia.

Parámonos un instante junto á los presos, que habían hecho alto: los más astrosos, aquellos que por su aspecto delataban la inconsciente ferocidad, el idiotismo hereditario, nos rodearon pidiéndonos limosna; los otros, los estudiantes, quedáronse á distancia, silenciosos, demostrando la varonil entereza con que arrostraban en plena juventud el destierro y la muerte. Entre unos y otros habíase quedado sola la mujer, que oía con los ojos bajos, sin inmutarse—como si ya estuviera hecha á todas las humillaciones,—las chusquerías de nuestro guía, el cual, coreado por las carcajadas de los criminales y de los capataces, la insultaba y se burlaba de ella.

Nos alejamos, ansiosos de poner fin á tan dolorosa escena, y aún voceó el salvaje, llevándose á la babosa boca un pedazo de pan de hierbas:

—¡Mátuchka! (madrecita) ¿Qué vas á hacer allá abajo, si ya no tienes cuerpo?... ¡Si ya no sirves para nada!

Avanzábamos, avanzábamos con rapidez Volga adelante; hacía ya veinticuatro horas que habíamos salido de Nizny y

nos faltaba casi la mitad del camino; nos esperaba otra noche en la *kibitka*; no se hacía esperar y ya se adelantaba por el horizonte, apagando el cabrilleo que en la escarcha producían las pajizas claridades del sol, de un sol que no calentaba, que difundía su luz sólo para acentuar la devastación de aquellos parajes, la tristeza de vivir en contacto con la naturaleza enemiga.

Á las últimas claridades del crepúsculo, en un recodo de la ruta, encontramos unas cuantas mujeres que extraían de un gran agujero practicado en el río trozos de hielo de varios tamaños, con los que formaban cruces griegas de más de un metro de altura. El trabajo era penosísimo y de difícil ejecución, porque el hielo se escurría y las cruces se desmoronaban; pero las mujeres, pacientes y perseverantes, reunían y apelmazaban de nuevo los trozos marmóreos, trabajaban la base y sobre ella la cruz doble.

Cumplían así una penitencia impuesta por el *Pope*, ¡Dios sabe á causa de qué pecados! y desde hacía muchos días allí estaban las infelices en mitad de un desierto de nieve, con hambre y frío, haciendo cruces tras cruces hasta completar el número marcado á cada una por el sacerdote, trabajando heroicamente por su salvación en aquel recodo del Volga, al que daban aspecto de tétrico camposanto.

Anocheció; de nuevo cambiamos de tiro y de conductor en una de aquellas *estancias* que son foco de suciedad y de las más terribles enfermedades de la piel.

La *troica* cascabeleaba en las tinieblas y el *chuwastki* canturreaba restallando su látigo. Á medida que adelantaba la noche se recrudecía el viento Norte que invadía el espacio con resonancias de trueno. Parábanse los caballos á menudo desorientados por la ventisca, y en una de aquellas paradas apeóse el *chuwastki* y de mal talante nos dijo:

—Tenemos *zadimkaia* (tempestad de nieve): hay que retroceder á la estancia.

No había vuelto á su asiento cuando súbitamente una ola inmensa de polvo de nieve envolvió á las caballerías que, como desbocadas, siguieron adelante. El *chuwastki* quiso hacerles retroceder; encabritábanse y coceaban indóciles al fre-

no, fustigadas terriblemente por el huracán que bramaba.

La voz, el látigo, todas las maniobras que intentaba el mozo para que desandaran lo andado no daban resultado, y llegó un momento en que de modo tal sopló la ventisca que ni los animales podían dar un paso, aturdidos por los alfilerazos de la nieve, ni el hombre podía respirar asfixiado por la violencia del aire.

No había otro remedio que, ó quedarnos allí expuestos á ser sepultados en el torbellino de aquel *simoun* del Norte, ó seguir como querían los caballos. Pero el *chuwastki*, que no veía el camino, rompió á llorar, y sosteniéndose á duras penas en su asiento, aflojó las riendas y dejó caminar á su antojo á la *troica*. Del instinto de los animales dependía nuestra suerte.

Avanzaban despacio, porque sobre la capota de la *kibitka* amontonábase la nieve haciéndola más pesada. Crujían los herrajes, estallaban las correas, y cuando las olas formidables del huracán pasaban sobre nosotros, resbalaban y caían, perdido, el equilibrio los caballos; el trineo temblaba con el choque y oscilaba de un lado á otro como embarcación sin gobierno en medio del Océano furioso.

En la eternidad de aquella hora de angustia, sentí de pronto que el vehículo volvíase en rapidísima vuelta á la derecha del camino y que subía una cuesta.

Simultáneamente el *chuwastki* voceó fustigando con brío á las bestias... A poco pisaban éstas tierra firme, y aunque con dificultad llegamos á otra estancia atravesando una aldea.

Mojada, entumecida, atontada subí una escalera; detrás de mí el *chuwastki*, con risa estúpida, decía:

—¡Qué lista es mi *troica*! Estábamos más cerca de esta estancia que de la otra y por eso no quería retroceder.

Entré en una habitación y me tendí casi sin conocimiento en un ancho banco que allí había.

La habitación era estrecha, muy larga, y allá en el otro extremo distinguí—pasado un instante—una mesa, una *samowar* y un hombre.

Me incorporé, y creyendo que aquel hombre era un criado, le ordené:

—Mozo, tráeme te.

El hombre sin moverse, me respondió algo que no entendí, señalándome la samowar, y volví á extenderme en el banco.

En esto entró Víctor, y las pocas fuerzas que me quedaban las empleé renegando á todo renegar del viaje; eché pestes contra Rusia y su clima, aquel clima que corre parejas con la tiranía inhumana de sus Czares...

Como atraído por mis fogosas palabras aproximóse á nosotros el hombre; nos saludó y nos dijo en correctísimo francés:

—¿Por qué feliz casualidad oigo la hermosa lengua de Cervantes en este rincón del Volga?

Dí un salto y repliqué:

—¿Y por qué feliz casualidad hallo quien conoce esa lengua en estos parajes dejados de la mano de Dios?

Sonriéndose repuso:

—He tenido el gusto de pasar largas temporadas en Madrid acompañando á mi hermano que estaba en nuestra embajada. Permítanme ustedes que me presente: «Barón de Bauntgarden, ayudante de campo de S. M. el Emperador.»

¡Y yo que le había tomado por un chuwatski y que, seguro de la impunidad al hablar castellano, había dicho horrores del Czar!

Ante los vasos de humeante y exquisito te con que nos brindó el caballero, y hablando de España, pasáronse insensiblemente las horas de la madrugada. El Barón venía de Kazán, de adquirir un caballo de pura raza árabe, ejemplar «raro y superiorísimo» afirmaba *en bon connaisseur*, destinado al Gran Duque Constantino, Gobernador de Moscou.

Y el joven aristócrata, que durante el tiempo que permanecimos en la *estancia* aguardando que amaneciera, repetidas veces había ido á ver si no le faltaba nada al animal, en cuanto amaneció, aprovechando la serenidad del día claro y seco después de la tormenta, despidióse de nosotros y montó en su lujoso trineo, que partió al paso para no fatigar al animal *superiorísimo* que marchaba al costado, cubierto con mantas de Osemburgo, llevado de la brida por el Barón, que lo mimaba hasta con los ojos. Al verle se me vino á la me-

moria la frase inmortalizada por Glink, «la vida por el Czar», á que se puede añadir «y hasta por un caballo del Czar».

No tardamos en emprender de nuevo la jornada: al mediodía debíamos estar en la ciudad del antiguo kanato tártaro; monté en la *kibitka* casi con gusto... Faltaban pocas horas para terminar el viaje.

Á medida que nos aproximábamos á Kazan encontrábamos unas tras otras las procesiones de la Purificación. Era el 18 de Enero (6 del calendario ruso) y en tal día realizase en todo el vasto imperio una ceremonia por demás extraordinaria para las gentes civilizadas.

Á las cuatro de la mañana las campanas llaman al templo á los fieles que se han vestido de máscara después de Noche Buena, y si falta al llamamiento alguna dama aristocrática, puede asegurarse que no dejará de acudir á él ni una sola de las personas de baja estofa que se hayan disfrazado.

Sobre todo abundan los hombres, porque las mujeres, que son más temerosas del demonio, y á las que eso de cambiar de *fisonomía*, aunque sea momentáneamente, no les encanta, raramente toman parte en las mascaradas pecaminosas, y casi exclusivamente de varones se llenan las iglesias.

Oyen, con la más grande devoción, la misa de alba, lloran al oír las pláticas del *Pope*, que les recrimina y les pone de manifiesto todo lo odioso que es el pecado *de desfigurarse el rostro hecho por Dios, con caras de demonios*; confiesan, comulgan con el bollito de pan, que es la hostia del rito griego, y, en fin, las almas de tantos pecadores, por medio del arrepentimiento y la oración, quedan limpias de culpas.

¡Oh! Pero eso no basta: el cuerpo está manchado también, y el cuerpo necesita ser purificado. ¿Cómo? Del modo siguiente:

A las once de la mañana salen procesionalmente de los templos las imágenes, las cruces, las reliquias y los sacerdotes revestidos con las preciosísimas casullas verdes recamadas de oro, y tras ellos los fieles. Cada procesión toma distinto rumbo: las unas se dirigen al Volga, las otras á los lagos próximos. En el lugar que designa el sacerdote forman en un instante sus feligreses un montículo con nieve, y en él elevan

una enorme cruz preparada al efecto, así como las ramas de pinos y las banderolas que al lado de ella se colocan en agrupaciones extrañas.

Terminada dicha operación, dos ó tres hombres, armados con agudísimos picos, abren en el río un ancho agujero. Entonces, á una señal del *Pope*, adelanta uno de los hombres que quieren purificarse, y ayudado por alguno de sus compañeros (que hacen la impresión de verdugos) se desnuda completamente, se ata una cuerda bajo los brazos, y cuando el *Pope*, por tercera vez, inclina hacia el suelo la gran cruz de oro y pedrería que reluce en sus manos, échase al agujero el pecador y elévase en los aires un canto religioso.

Cuando se supone que las aguas que corren cristalinas bajo la superficie helada han lavado convenientemente el pecaminoso cuerpo, tiran de la cuerda los mocetones encargados de hacerlo, y chorreando agua, medio ahogado, sale el infeliz penitente, al cual sus compañeros se apresuran á envolver en su *tnulpa*. Pero como después de tal remojón se necesitan más enérgicos medios para hacer entrar en calor á un hombre, sobre el purificado se lanzan sus amigos, y á puñetazo limpio le dan una soberana paliza, que bastaría, sin la *wodka* que le hacen beber inmediatamente, á dejarle el cuerpo caliente, sí, pero también molido y acardenalado.

Y se purifican de este modo archibárbaro miles y miles de rusos, que el año próximo vuelven á divertirse con *caras de demonios*; y no es posible describir el cuadro que forma en medio de un río helado esa muchedumbre, entre la cual descuellan los *Popes* con sus asiáticas vestiduras de seda y oro, sombreado el severo rostro por las largas melenas, y haciendo brillar sobre las cabezas las cruces monumentales, que no como signo de redención, sino de dominio, de poder, parecen aprisionar en sus manos.

Las divinas imágenes pintadas sobre fondo dorado y colocadas en fila entre los estandartes y las cruces de filigrana riquísima, á las que el pálido sol invernal arranca suaves destellos; los árboles que, no pudiendo sostener tanta nieve como sobre ellos cayera, enroscan con esfuerzo, una con otra, sus ramas ateridas, formando boscajes de vaporoso conjunto, y

la lejanía que cambia en lo infinito sus blancos tonos por azuladas é incopiables coloraciones, todo esto, envuelto y como esfumándose en una atmósfera de 30 grados bajo cero, en la que flota un impalpable polvillo de nieve que se adhiere á las pestañas y á las cejas, desfigurando el rostro, encuadra con singular grandeza plástica esa masa de hombres que, por su aspecto y por la penitencia que se imponen ó presencian, traen á la memoria los primitivos sacrificadores, brutales é inhumanos.

Repicaban á fiesta las campanas de Kazan cuando á la caída de la tarde subíamos la rampa que á la ciudad conduce, y divisábase esta policroma pintoresca con sus templos bizantinos, entre los que sobresalía la cúpula azul turquí salpicada de estrellas de oro del de la Resurrección.

Los antiguos muros que arrancaban de la rojiza torre de la Princesa Sumbeka—Princesa tártara que, según cuenta la tradición se mató en ella para no ver entrar victoriosos á los rusos en la ciudad—desenvolvían sus curvas violentas en las alturas, y dominándolo todo, barriadas, harenes, iglesias y cruces, distinguíanse, blancos y ligeros, los minaretes de cien mezquitas.

Habíamos recorrido en cuarenta y tres horas cien leguas sobre el Volga helado.

V

Cuando á últimos de Mayo volví á pasar el Volga, éste era ya navegable; las orillas verdegueaban y los vapores hacían casi normalmente la travesía, esquivando las enormes avalanchas de nieve que flotaban en la corriente.

De regreso en Polonia, una tarde anunciáronme la visita de Bukof, nuestro conocido de San Petersburgo.

—Vengo—me dijo—á participar á usted un asunto grave que se presta á los más desfavorables comentarios si no soy yo mismo el que doy cuenta de él á las personas de mi amistad. Olga y yo nos hemos separado.

—¿Y los niños?

—Están conmigo por ahora. Luego, cuando ella se case, podrá quitármelos si quiere, porque como yo, para facilitarla el divorcio, me he declarado el único culpable, la ley se los entregará á ella.

—Pero ella se los dejará á usted.

—Lo espero, pero no estoy seguro. Ella es su madre, los quiere como yo. Mi sola esperanza es que los nuevos hijos que tenga le hagan olvidarse, desacostumbrarse de los... de los primeros...—terminó dominando su emoción sin dar con la frase aquel hombre, que en tal momento era para mí la revelación de sentimientos extraordinarios, de una situación trágica cual pocas.

—¿Dice usted que se casa?

—Sí, con el Príncipe Kantazin. La conducta de ella ha sido irreprochable.

«Quiero ser honrada—me dijo—y no podré serlo si no me das la libertad de unirme al hombre que amo...» Se casarán dentro de algunos meses, pasado el tiempo que marca la ley en estos casos...

No sé si para disimular su turbación ó si para distraerme de la mía, sonriéndose y con tono frívolo, me preguntó:

—¿Hay establecido el divorcio en España?

—No.

—¡Qué lástima! España no progresa...

Y estas frases, pronunciadas con aire de broma, velaron apenas la más desconsoladora ironía.

SOFIA CASANOVA DE LUTOSLAWSKI.

Señorío de Drozdowo (Polonia).

SONETO

Sombras que alberga el pensamiento humano,
tinieblas en que anida la ignorancia,
¿por qué con tan fatal perseverancia
siempre encubris el misterioso arcano?

Busca el hombre la luz, y ¡esfuerzo vano!
aunque acerada y firme es su constancia,
jamás la ve lucir, que la ignorancia
la aleja más y más con torpe mano.

Sólo cuando, del cuerpo desprendida,
suba el alma á las célicas regiones
dando su adiós á la terrena vida,

podrá ver la verdad sin confusiones;
que aquí no puede hallarla sino hundida
en el hirviente mar de las pasiones.

FERNANDO CALVO

EL CRISTO DE COPE

(TRADICIÓN LORQUINA)

De tal manera abundaban en corsarios las costas del Mediterráneo al principiar, sobre todo, el siglo XVI, que las poblaciones marítimas se hallaban atemorizadas con razón, á pesar de tener guarnecidas convenientemente las fortalezas, de vigilar á todas horas las playas por donde acostumbraban aquéllos á desembarcar y de perseguirlos constantemente las galeras de la real armada. Los piratas ayudaban á los moriscos en todas sus empresas: «El sólo nombre de *corsario*, leemos en un historiador de la época, intimidaba de tal modo á los campesinos de las costas, que los retraía de salir fuera de sus poblados, aun cuando sólo fuera para divertirse, pues, atisbando continuamente desde sus naves ocasión oportuna, saltaban en tierra y arrebatában cuanto estaba al alcance de sus manos, sin perdonar mujeres, ancianos ni niños.»

De estos tiempos datan las fortalezas y torres, cuyas ruinas vemos todavía, á orillas del mar, en muchos puntos de la Península, pues las irrupciones de los piratas llegaron á tal extremo que, no pudiéndose ni aun cultivar las tierras del litoral, ordenó Felipe III, á excitación de sus procuradores, que desde Granada á Portugal se levantaran cuarenta y cuatro castillos ó torres, que sirviesen como de atalayas para avisarse mutuamente por medio de señales convenidas la proximidad de los corsarios, á fin de prepararse á la defensa. Todavía subsisten, repetimos, en no pocas comarcas, estas construcciones, que se intenta conservar á pesar de la ignorancia y de las injurias del tiempo, pues el pueblo difícilmente se desprende de los recuerdos de otros siglos, sobre todo

cuando esos recuerdos tienen algo que deslumbra la fantasía ó que se impone á la inteligencia del vulgo, ó que halaga los deseos imposibles de las gentes sencillas.

Un célebre historiador, describiendo la situación de algunos pueblecillos de Almería, escribía en 1570: «Todo lo que cae hacia la costa de la mar es muy despoblado y por eso es muy peligroso, porque acuden de ordinario por allí muchos baxeles de corsarios turcos y moros de Berbería». Y Alarcón, en su hermosa obra *La Alpujarra*, añade: «Hé aquí sencillamente expuesta la razón de que Albuñol y otros pueblos de su litoral, en vez de haber sido edificadas en la misma playa, al lado de sus respectivos fondeaderos, estén escondidos tierra adentro entre enmarañados montes, á tres ó cuatro kilómetros de las olas. Así se ocultaban por una parte á las codiciosas miradas de los piratas berberiscos, y así era fácil por otra á sus moradores tener tiempo de armarse y de reunirse, si por acaso los rapaces nautas se atrevían á desembarcar y á adelantarse por aquellos misteriosos terrenos».

La catedral de Almería, en su exterior, más parece fortaleza que casa de oración; fortaleza es, en efecto, construída expresamente por tal arte que sirviese, como sirvió largos años, al propio tiempo que para el culto de Dios, para defenderse de los hombres, ó sea para rechazar á los piratas berberiscos y turcos, dueños del Mediterráneo y azote de sus costas cuando se empezó á erigir dicha iglesia, lo cual fué con alguna anterioridad á la batalla de Lepanto y á la consiguiente decadencia de la piratería musulmana.

Yo recuerdo haber visto en muchas costas de la Península, destinados hoy al resguardo de carabineros, algunos de aquellos históricos torreones, que son otros tantos lúgubres testimonios de los desdichados tiempos en que tantos hijos de estas provincias de Levante eran víctimas de la piratería, ó gemían cautivos en las mazmorras africanas. Lorca construyó, entre otros, un torreón en Puerto de Mazarrón, que lo hemos conocido bastante bien conservado, y una torre en el sitio de Cope, próximo al puerto de Águilas, provista por entonces de bastante guarnición, con murallas, reductos y otros varios medios de defensa: una verdadera fortaleza. Aquí tenía

Lorca sus almadrabas (1), de las que obtenía pingües productos, y con tal motivo era incesante el movimiento que se notaba en Cope y los poblados que estaban sus alrededores, pues que tal industria necesitaba considerable número de brazos (2). En este sitio, pues, fué donde tuvo lugar el sacrílego atentado objeto de estas líneas, adquiriendo por todo ello triste renombre las calas del mencionado Cope.

Del convento de N. S. de las Huertas, de la ciudad de Lorca, fué llevada á la ermita aneja á la fortaleza de este sitio una imagen del Crucificado que la Orden seráfica tenía aquí en bastante estima, no por lo artístico de su talla, que dejaba mucho que desear, sino por estar su culto extendido por toda la ciudad y su huerta y por los hechos milagrosos que se le atribuían. Ante este Crucifijo oraban diariamente y con el mayor fervor los pescadores de las almadrabas lorquinas en la indicada ermita, donde un religioso franciscano celebraba los días festivos la misa del alba.

En la madrugada de un día de triste recordación, favorecidas por la mayor oscuridad, se acercaron cautelosamente á aquellas playas unas galeotas tripuladas por considerable número de moros; saltan éstos á tierra, y animados del más enconado espíritu de secta, derriban las puertas de la iglesia, destrozan el altar y el ara, roban cáliz y cuantos ornamentos sagrados encuentran, queman á cinco infelices pescadores que

(1) Por privilegio que concedió á esta ciudad el Rey Felipe IV, fechado en Madrid á 4 de Septiembre de 1650.

(2) En el presbiterio del santuario de N. S. de las Huertas, á la derecha junto á una bandera arrollada, se lee en una cartela lo siguiente: *De una fragata argelina, apresada en las aguas de Cope.*

La expresión proverbial de alarma, *moros hay en la costa*, nos dice el erudito Bastús, tuvo su origen en la frecuencia con que los moros por largo tiempo hicieron excursiones por las costas del Mediterráneo, sorprendiendo y arrebatando personas, ganados y cuanto podían; al oír tal grito preveníanse las gentes contra el peligro, armándose para resistirlos, ó retirándose tierra adentro. Como estas excursiones de los piratas berberiscos eran muy frecuentes, construyéronse de trecho en trecho, á lo largo de nuestras costas marítimas, ciertas atalayas ó torres ciegas, á la que se subía por una escala de cuerda, que luego se recogía. Desde lo alto de estas torres, de las que existen aún muchas y que el vulgo llama *torres de moros*, siendo, por el contrario, *torres contra moros*, se daban desaforados gritos de *moros hay en la costa*, con cuya vocería y con ahumadas durante el día y por medio de fogatas por la noche, se extendía rápida y fácilmente la alarma por toda la costa, lográndose así las más de los veces ponerse á cubierto de un golpe de mano de aquellos piratas.

se resistieron, coronando tan bárbaro atentado cautivando cincuenta más, y cebando por último su saña en la efigie del Redentor, la hicieron pedazos que esparcieron por el suelo, arrojando la cabeza al fuego.

Día del mayor desconsuelo fué aquél para los pacíficos habitantes de Cope, la mayor parte hijos de Lorca, donde no tardó en saberse lo ocurrido. Al recibirse las primeras noticias, la comunidad franciscana de N. S. de las Huertas envió seguidamente al sitio del suceso á su sacristán Fr. Juan Sánchez, con las órdenes convenientes, mientras la ciudad acudía presurosa al templo para desagraviar con sus oraciones al Todopoderoso.

«Llegado el sacristán á la Torre de Cope,—nos dice el reverendo Padre Morote en su obra *Antigüedad y blasones de Lorca*,—y registrando con todo cuidado el sitio de la hoguera, en medio de muchas ascuas y el rescoldo se halló, no sin gran admiración de los que buscaban este tan rico tesoro, la cabeza del Crucifijo, sin la más leve lesión ni ofensa, no sólo del fuego, mas ni del humo, conservando hasta las espinas de su corona, entallada en la misma cabeza, con toda integridad y hermosura. Puso toda su diligencia el sacristán en buscar los demás pedazos, y fué Dios servido que los hallase todos, y traídos al convento, se juntaron todos los miembros como estaban antes, y encarnado de nuevo y puesto en el real trono de su cruz, le colocaron en medio de la reja del coro, en donde se mantuvo con especial consuelo de los religiosos...»

La mayor devoción manifestó desde entonces, no sólo Lorca, sino los pueblos inmediatos, al que ya sólo conocían con el nombre del *Cristo de Cope*, imagen en la que se aprecian á la simple vista las señales de las rupturas sufridas, y que se venera hoy en capilla propia en la iglesia del mencionado convento de las Huertas. Por iniciativa y fervor del Rvdo. Padre Morote, el pintor lorquino José Mateos cubrió al fresco toda esta capilla, representando con la mayor propiedad la fortaleza y sitio de Cope y el ensañamiento de los piratas con el Crucifijo, frescos que desgraciadamente nadie procura su conservación, acabando de deslucir la estética de la capilla en cuestión la innecesaria apertura en la misma de

un boquete con honores de puerta, llevada á cabo en estos últimos años.

Como la fe no disminuye en nuestra católica ciudad, Lorca aún guarda y confiamos seguirá guardando con toda devoción el culto por esta milagrosa imagen, que en la actualidad se venera, como dejamos indicado, en el histórico santuario de N. S. la Real de las Huertas.

J. CÁCERES PLA.

LA RETRIBUCIÓN DEL TRABAJO ⁽¹⁾

»El obrero, recibiendo un salario de tres francos, parece que recibe todo el valor debido á su trabajo, y esto precisamente porque la excedencia del valor de su producto sobre el de su salario toma la forma de un *plus valor* de tres francos, creado por el capital y no por el trabajo. La forma salario, ó sea el precio directo del trabajo, borra, por consiguiente, todos los rastros de la división de la jornada en *trabajo necesario* y en *sobre-trabajo*, de *trabajo pagado* y *no pagado*, de modo que todo el trabajo del operario libre se considera como completamente pagado. En el trabajo realizado por el siervo para sí mismo y el que hace forzosamente para el señor se distinguen claramente el uno del otro, cumpliéndose en lugares diversos: en la esclavitud también la parte de la jornada en la que el esclavo no hace sino sustituir el valor de sus alimentos, en que, por consiguiente, trabaja para sí mismo, parece ser trabajo á todo provecho para el propietario; todo su trabajo asume las apariencias del pagado. Precisamente lo contrario se realiza con el trabajador asalariado: también el *sobre-trabajo*, ó trabajo no pagado, asume las apariencias del trabajo satisfecho. En la esclavitud la relación de la propiedad disimula el trabajo que el esclavo hace para sí propio; en el *salariato* la relación monetaria disimula el trabajo gratuito que el operario hace para el capitalista.

»Ahora, dice concluyendo esta parte, se comprenderá la inmensa ventaja que tiene en la práctica este cambio de forma que hace aparecer la retribución de la fuerza del trabajo como salario del trabajador y el precio de la fuerza como precio de su función. La relación efectiva entre el capital y el

(1) Véase la página 534 de este tomo.

trabajo se ha hecho invisible por la forma aparente: de esta forma resultan ó se desprenden todas las nociones jurídicas sobre el asalariado y sobre el capitalista, todas las mixtificaciones de la producción capitalista, todas las ilusiones liberales y todas las glorificaciones justificativas de la economía política vulgar.»

Karl Marx estudió también las formas del salario, fijándose principalmente en el salario temporal y en el continuo, que calificó de formas fundamentales. Al efecto expresó que «la venta de la *fuerza del trabajo* tiene lugar siempre por un tiempo determinado, realizándose ante todo bajo esa forma aparente de salario temporal, que puede presentar precios variadísimos del trabajo, pudiéndose obtener el precio dividiendo el valor diario medio de la fuerza del trabajo por el número medio de horas de su jornal, y así, si el valor diario es, por ejemplo, de tres pesetas y la jornada del trabajo de doce horas, el precio de una hora es igual á tres pesetas dividido por doce horas, esto es, á veinticinco céntimos, siendo el precio de la hora que resulte la medida del precio del trabajo».

Dice que por ello «el salario puede quedar firme, y también aumentar ó disminuir el precio del trabajo, porque, con efecto, siendo el salario de tres pesetas, si la jornada es de diez horas, la hora del trabajo es pagada á treinta céntimos, y si la jornada se hace en quince horas, la hora no es pagada sino á veinte céntimos. Por el contrario, puede aumentarse el salario y no variar el precio del trabajo, antes más bien bajar. Si la jornada media es de diez horas y el valor diario de la fuerza del trabajo tres pesetas, el precio de la hora es treinta céntimos; si por efecto de un aumento de necesidad del obrero trabaja doce horas en lugar de diez, no cambiando el precio del trabajo, el salario cotidiano se aumentará á tres pesetas cincuenta céntimos, y en este último caso, sea dicho entre paréntesis, á pesar del aumento del salario, la fuerza del trabajo se pagará por bajo de su valor cuando este aumento no compensa el mayor consumo de la fuerza requerida por el aumentado menester. En general, dada la duración del trabajo diario ó semanal, el salario correspondiente dependería del precio del trabajo, y dado el precio de éste, el salario

diario ó semanal dependería de la duración del trabajo relativo».

«El precio de una hora de trabajo, añade, medida del salario temporal, se obtiene, por consiguiente, midiendo el valor diario de la fuerza del trabajo por el número de horas de la jornada ordinaria; pero si el capitalista no emplea al operario con regularidad durante este número de horas, éste recibe menos del salario regular, lo cual es el origen de los males que agobian al operario por efecto de una ocupación insuficiente y de una desocupación temporal. Si el tiempo que ha servido de base al cálculo del salario por hora es, por ejemplo, de doce horas, y si el operario no está ocupado sino seis ú ocho, su salario por hora, que multiplicado por doce corresponde al valor de la subsistencia necesaria, descendiendo por bajo de este valor indispensable, y en consecuencia de una disminución en la ocupación, no es multiplicable sino por seis ú ocho, es decir, por un número diferente de doce, y naturalmente no debe confundirse el efecto de esta insuficiencia en la necesidad con la disminución en la necesidad que resultaría de una disminución general de la jornada de trabajo.»

Como conclusión de esta serie de consideraciones y de cálculos, se ocupa del que llama *salario á prima fija*, el cual, á su entender, «parece comprobar que se paga al obrero, no el valor de su fuerza, sino más bien el valor ya realizado en el producto, y que el precio de este trabajo es determinado por la capacidad de ejecución del trabajador, no siendo él en realidad más que una transformación del trabajo temporal».

Esta parte de la teoría marxista, referente al salario del obrero, que acaso hemos expuesto con demasiada amplitud, es más bien una crítica de su actual medio de actuación. Para determinar lo que á su juicio debe ser, parte del elevadísimo concepto que se habrá formado del trabajo, considerándolo, no como el factor ó agente principal de la producción, sino como el único, pues en tanto que no interviene el trabajo, ni la misma naturaleza produce sino los escasísimos frutos espontáneos, y esos necesitan también de la mano del hombre para ser utilizados.

Ahora bien, siendo el trabajo el agente exclusivo de la

producción, nadie más que el trabajador tiene derecho á utilizarse de los productos resultantes de sus esfuerzos. Por eso el interés usurario que percibe el capitalista, llámese patrono ó empresario, es una usurpación realizada por la fuerza, y usurpación y expoliación también la renta de la propiedad; sentada la premisa, estas consecuencias no pueden ser más lógicas: de la una surgen las otras.

Pero Karl Marx, al descender de los principios á los hechos, de las teorías á su aplicación, si declaró la guerra al capital, si llegó al comunismo colectivista, retrocedió hasta cierto punto, pues de retroceso puede reputarse lo que escribió refiriéndose al salario. Con arreglo á sus doctrinas, ni siquiera habría que hablar de salario.

El trabajador es el único agente de la producción; luego es también el único que tiene derecho á beneficiarse, á utilizar lo que á él solo es debido. Y sin embargo, tal vez porque en su buen juicio comprendía lo irrealizable de su teoría, ó porque conceptuaba que por de pronto era suficiente haberla formulado, dejando que la fuerza de la verdad que contenía la fuera abriendo camino, que el movimiento evolutivo preparara su total aplicación, se limitó, coincidiendo en ello con los socialistas cristianos, «á condenar con energía, según dice el Sr. Moneva en su *Derecho obrero*, la mezquindad de los salarios, á indignarse ante la granjería ventajosa de los capitales, y á pedir la elevación de la soldada hasta alcanzar la cuantía del justo precio del trabajo», para que el *sobre trabajo*, de que únicamente se aprovecha el capital, y que hace crecer desmesuradamente, sirva al efecto de que el obrero, á más de sus necesidades fisiológicas ó físicas, pueda cubrir sus necesidades morales, intelectuales y sociales, que no son menos dignas de ser atendidas. Los discípulos y continuadores de Karl Marx se han encargado de desarrollar los principios fijados por éste.

IV

Fernando Lassalle, que pasó su existencia luchando por la causa de la humanidad, y muy particularmente de los trabajadores, y murió en un desafío como el más vulgar de los mortales, según ha dicho Francisco Nitti; Fernando Lassalle, cuyas obras han merecido ser estudiadas por numerosos escritores y vertidas á casi todos los idiomas, y cuya vida refirió con toda la elocuencia que la pasión y el entusiasmo inspiran Helena de Bacowitza; Fernando Lassalle, llenando uno de los vacíos de Karl Marx, se fijó al examinar la cuestión del salario en la concurrencia, á la que, cual la generalidad de los socialistas y con bastante exactitud, conforme creemos haber ya demostrado, atribuyó la desproporción que existe entre la retribución del capital y la del trabajo. Á su juicio, el trabajo gime bajo la opresión de esa fatal ley de la oferta y el pedido: cuando los trabajadores escasean, el trabajo crece, y, por el contrario, baja cuando aquéllos abundan, llegando hasta un límite que no puede traspasar, porque entonces, como el trabajador no puede vivir con tal salario, ó emigra de una región á otra, ó busca ocupación en distintas industrias, lo que determina el movimiento de alza primero, de equilibrio después, de baja por último. Esto mismo han dicho los economistas clásicos.

De aquí el que en la concurrencia se base la *ley de bronce del salario*, de la cual extensamente nos hemos ocupado; de aquí el que el precio del trabajo sea inferior al valor del esfuerzo; de aquí el que la familia obrera no pueda desarrollarse en los términos que le corresponden y de aquí que el riesgo de la miseria no sea para el trabajador un riesgo, sino una realidad.

¿Qué medios propuso Lassalle para poner término á situación tan lamentable? Atacó al capital, atacó á la propiedad individual, buscó la panacea de la colectividad, y en lo que respecta á la retribución, no como resolución definitiva, sino como transitoria, reclamó la disminución del interés del capi-

tal, señaló al obrero un salario fijo, suficiente, que le libre de la miseria, que le permita desenvolverse intelectual y moralmente y le asigne además, al finalizar cada año, una participación en los beneficios de la empresa ó industria. Leyendo esta parte de las doctrinas de Lassalle, se cree tener á la vista los escritos de los socialistas de la cátedra, de los cristianos y aun de algunos de los anteriores, y se advierte también que las principales fuentes en que bebió lo fueron las producciones de Rodbertus Yagetzow y de Winkelbleoh.

CAPITULO VI

Análisis de las teorías prudhonianas referentes al salario.—El proletariado y el salariato según Mr. Duval.—La utopia colectivista de Bellamy.—El trabajo, el sobretrabajo, el valor social, la retribución del trabajador y el salario con arreglo á la doctrina del anarquismo expresada en la *Humanité Nouvelle*, por Mr. Walter-Jourde.

I

Tanta es la influencia que ha ejercido y continúa ejerciendo Proudhon en el movimiento económico social, y aun en el movimiento político de nuestro siglo, tanta su significación científica, y tal el alcance de sus distintas obras, que han inspirado más ó menos á todas las escuelas sociales, desde la basada en el *mutualismo*, para el que tuvo singular cariño, hasta el *anarquismo*, que puede decirse producto suyo, que es imposible ocuparse de las múltiples é importantes cuestiones cuyo conjunto, por el enlace íntimo que entre sí tienen, forma la llamada cuestión social, y sobre todo de los problemas del trabajo, sin acudir á él una y más veces, sin aquilatar su opinión y sin exponer y analizar sus doctrinas, que tantos puntos de vista ofrecen. Bajo uno de ellos le hemos estudiado en el capítulo cuarto, y conforme indicábamos, habremos de hacerlo ahora bajo otros referentes á nuestro trabajo, convenientísimos para poner de relieve su pensamiento y para la más fácil comprensión de otras ideas.

Proudhon, como no podía menos de suceder, fijó con preferencia su atención en todo cuanto á la vida del trabajo, á la manera de actuación de éste y á la condición del trabajador se refería, y, por lo tanto, se ocupó en sus diversos libros, y sobre todo en el que tituló *La capacidad política de las clases jornaleras*, del salario. Á su entender, «todo oficio debe producir, cuando menos, para cubrir las necesidades del que lo ejerza, pues si así no fuese lo dejaría»; proposición igual á la formulada por algunos de los socialistas científicos, por Karl Marx, por Lassalle y por los discípulos de éste. «Aquí tenemos ya para el salario, dice, y por consiguiente para el trabajo, un *primer límite*, un *mínimum*, más acá del cual no es posible retroceder. *No hay oferta ni demanda que valgan*: es indispensable vivir trabajando, como decían en 1834 los obreros lyoneses. Si se piensa mejorar ese *mínimum*, tanto mejor; no envidiamos al jornalero el bien que se procura por medio del trabajo. Pero en una sociedad en que unas industrias son desmembración de otras, y los precios de los objetos ejercen unos sobre otros una constante influencia, es claro que no puede ir muy allá el alza: cada uno combate la ambición de su prójimo, viendo que el alza del salario para éste es necesariamente una pérdida para aquél, por buena voluntad que todos tengamos. Nuestra cuestión se reduce, pues, á decir, y la cosa nos parece muy razonable: encontrado el *mínimum* de los gastos necesarios para la vida del proletario, del jornalero, y suponiendo posible semejante determinación, buscar la norma del salario, ó lo que es lo mismo, dada la atmósfera en que vivimos, la condición de concierto de la libertad general».

Fijados de este modo los términos del problema, Proudhon, circunscribiéndose á ellos, desenvuelve su teoría del salario. Veamos cómo lo hace. Según él, «para apreciar equitativamente el jornal de un trabajador es preciso saber de qué se compone, qué cantidades entran en la formación del precio, si no hay en él elementos extraños y valores negativos, ó en otros términos, qué entendemos comprar y qué debemos lealmente pagar por el jornal de un obrero; generalicemos el pensamiento, de cualquiera que nos preste sus servicios». Su contestación es la siguiente: «Lo que entendemos pagar á la

persona de quien reclamamos un servicio, lo que entendemos exclusivamente adquirir es el *servicio mismo*, ni más ni menos».

Hace notar después que «en la práctica no sucede así, pues hay un sinnúmero de circunstancias en que pagamos sobre el valor del servicio obtenido un tanto por el nacimiento, la nobleza, los honores, las dignidades, la fama del funcionario», y continúa expresando «no haber ya trabajos gratuitos, pero respecto á trabajos pagados mucho menos de lo que exigen las necesidades absolutas y el simple respeto de la humanidad los que sobre este punto abriguen alguna duda no tienen más que abrir el libro de Pedro Vuicer, de nuestras fábricas, nuestras villas y ciudades, rebosantes de gentes que viven con menos de 60 céntimos diarios, y algunos acaso no lleguen á tener 25; la descripción de esa miseria es una vergüenza para la humanidad, y revela la profunda mala fe de nuestra época».

No se contenta Mr. Proudhon con esta exposición y crítica del régimen económico de su época relacionado con el trabajo y el salario. Aunque la nota característica de sus obras fué la destrucción de todo lo existente para llegar á la anarquía, tanto que de *gran demolidor* se le ha calificado, procuró establecer algunos puntos cardinales sobre los que girase, ó más bien, en los que se apoyara el nuevo régimen. Así es que en el mismo libro y capítulo que extractamos dice; «Estoy en que cuando nos ocupamos de negocios debemos prescindir de toda cuestión de preferencia y poner recíprocamente á precio nuestros servicios, no tomando en cuenta sino el valor intrínseco del trabajo: la utilidad es equivalente á la utilidad, la fuerza equivalente á la función, el servicio al servicio, el jornal del trabajo al jornal, y por lo tanto, el valor del producto no puede menos de quedar pagado por el producto que haya costado otro tanto de trabajo y de gasto. Podemos definir el jornal diciendo que es en toda profesión ó industria *lo que puede dar un servicio ó producir en valor un hombre en fuerza, inteligencia y edad medias, que conozca bien su oficio y sus diversas partes, en un período de doce á quince horas para las cosas en que puede apreciarse por días el trabajo, y en el de una semana, un mes, una estación ó un año para las que reclaman un espacio de tiempo más considerable*».

Definido así el jornal, comprendiendo Proudhon lo difícil de penetrarse bien de su idea y comprender su alcance, para hacerlos más perceptibles añade: «El niño, la mujer, el anciano, el hombre valetudinario ó de complexión débil no llegan generalmente al término medio del hombre válido; así es que su jornal de trabajo no será más que una fracción^a del oficial, normal y legal que se haya tomado por unidad de valor, y otro tanto digo del jornal del trabajador que no está dedicado sino á uno de los pormenores de su oficio, puesto que su servicio, puramente mecánico, como exige menos inteligencia que rutina, no es comparable al de un verdadero industrial, y en cambio, y recíprocamente, el jornalero superior que concibe, ejecuta más rápidamente y hace más y mejor trabajo que otros no puede dejar de percibir mayor salario, y ganar uno y medio ó dos ó más jornales de trabajo; y con mayor razón el que á esa mayor superioridad de ejecución reuniere el genio de la dirección. Quedan, pues, de este modo respetados los derechos de la fuerza, del talento y hasta del carácter, del mismo modo que el del trabajo».

Tal es, compendiosamente expuesta, la teoría del salario formulada por Proudhon, y cuyo desarrollo, y aun contradicciones, cosa en él no sorprendente, se ofrece en otras partes de sus obras; teoría de la cual se apoderaron varias de las escuelas socialistas, y últimamente el llamado partido obrero, si bien sacando de la misma consecuencias que su mismo autor no pudo imaginarse. En ella es muy poco lo que denuncia al gran demoledor, y no es mucha tampoco su originalidad: un jornal oficial, legal, como tipo, que cubra las necesidades de la vida; un pago equivalente á los servicios; una graduación que para la retribución corresponda con la fuerza, aptitud, inteligencia y funciones que desempeña el trabajador: esto es todo. Muchas de sus ideas se inspiran en la práctica: al niño y á la mujer se retribuye menos que al hombre, al valetudinario menos que al fuerte, al tosco jornalero que funciona rutinariamente menos que al inteligente oficial, y á éste menos que al director: es una serie de retribuciones en progresión ascendente, que, comenzando por el niño, que no debiera trabajar, y por la mujer, que sólo debiera hacerlo en

determinadas circunstancias, concluye en el que asumiendo, por decirlo así, todas las condiciones de los anteriores grados, reúne la experiencia, la aptitud, la práctica, la validez, los conocimientos y la inteligencia, dirige la obra productiva. ¿No es esto lo que sucede? Quítese la libre y desenfrenada concurrencia, cuyo influjo es tanto y tan funesto, y no queda nada de nuevo.

II

Desde Proudhon, el radicalismo socialista en la cuestión del salario va acentuándose, las críticas á su actual práctica van siendo cada vez más claras, como lo demuestran los discursos y escritos de los socialistas cristianos y de la cátedra, las soluciones son más extremas y los horizontes más extensos y elevados, llegando á los que ofrecen los anarquistas, á los que presenta el nuevo utopismo; pero aún hay algunos que, condenando el presente, de él parten para señalar un porvenir cuyo advenimiento no quieren precipitar, anhelosos de disfrutar de sus beneficios. El Sr. Carreras y González citó en su *Socialismo Político*, libro el más apegado á las doctrinas del economismo manchesteriano, á Mr. J. Duval, quien en la sociedad de economía de París, y en el año 1863, se expresó en estos términos, enlazando con la condición general del proletariado la determinación del salario y las esperanzas de su transformación:

«El proletariado—dijo—es el estado de aquellas personas que, sin disfrutar renta ni poseer instrumento del trabajo, ni otra riqueza que sus familias, viven del salario; no es la miseria, pero la produce. Dicho salario, reducido á lo más estricto, es inseguro, y con él difícilmente podrá penetrar el proletariado en el ambicionado campo de la propiedad. Esta conciencia de una pobreza casi inconcebible destruye el resorte moral en las clases proletarias; luego el proletariado no es un estado normal y necesario, sino un mal que debe curarse.» Las anteriores ideas, que en su esencia coinciden con las nuestras, y decimos en su esencia porque no estamos confor-

mes en que el proletariado no sea, por desgracia, un estado normal, atendiendo á que desde las épocas más remotas y en todos los pueblos ha sido conocido, constituyendo una verdadera normalidad, sirven de base á Mr. Duval para sus ulteriores consideraciones, que son las que en realidad nos interesan.

«No se puede negar—añadía—la legitimidad del salario, y cuando hay en él alguna seguridad y alcanza un tipo elevado, es acaso la forma más provechosa de retribución. Pero es necesario no confundir el salario en general, que abraza hasta las profesiones liberales, con la condición de aquellos que viven al día, de su trabajo cotidiano y con un salario ordinariamente módico. Por una consecuencia casi inevitable, estos hombres no poseen capital, ni tienen quien les garantice una ocupación regular y asegurada contra un gran número de contingencias. En ellos el salariado se confunde con el proletariado, y si éste es un estado imperfecto del régimen social, aquél lo será del régimen del trabajo. Ambos pasarán con el tiempo, cuando la organización industrial entre en condiciones normales. Entonces la propiedad directa ó la asociación vendrán á reemplazar aquellas formas. La parte que quedará del régimen de los salarios perderá los caracteres del proletariado y del salariato, gracias á un tipo más alto y á mayores garantías.»

El Sr. Carreras quiso sacar de estos conceptos argumentos en pro de las doctrinas de la escuela económica de que fué campeón ilustre. Sin embargo, de ellos se desprenden deducciones favorables á las nuevas corrientes socialistas. Mr. Duval revela toda la timidez de los eclécticos, cual ellos vacila. De lo que en sí son el proletariado y el salariato, los denuncia como un mal, proclama la necesidad de que se transformen, afirma que esta transformación tendrá lugar, en lo cual coincide con el socialismo, pero como único remedio señala un tipo más alto del salario y una mayor garantía. Esto podrá ser, y lo es indudablemente, una modificación beneficiosa, pero no constituirá la transformación deseada; podrá responder á un período de transición, pero no á una organización definitiva del trabajo. Otros, más resueltamente socialistas que él, más atrevidos en sus doctrinas, la han buscado.

III

Hace algunos, muy pocos años, y prosiguiendo la serie interminable de las *utopías*, pero apartándose por completo de los antiguos moldes, se publicó en Inglaterra, consiguiendo extraordinario éxito, un libro curiosísimo, debido á Mr. Bellamy, quien, inspirándose en los más generalizados principios socialistas, adoptando la forma novelesca, sin duda para con el atractivo de tal forma favorecer la propaganda, y comparándola con la presente, trazaba el cuadro de la sociedad civilizada al finalizar el siglo XX. En su genial producción, donde se refleja el socialismo comunista radical, se figura el despertar de un doctor hipnotizado en nuestro siglo, que se hizo encerrar en una cueva de su casa para en tal estado librarse de las molestias del mundo, y que, olvidado de todos, fué casualmente descubierto al derribar el edificio y devuelto hábilmente al uso de todas sus facultades. Si las ideas de Mr. Duval pecan por su timidez, las de Mr. Bellamy se distinguen por su atrevimiento. Entre el uno y el otro median no pocos años, y durante ellos se han realizado no pocas transformaciones en el mundo científico y en el de los hechos. Veamos cuál es la concepción de Mr. Bellamy en el particular que nos ocupa.

En esa nueva utopía se trata, como era consiguiente, de la cuestión del salario, que Mr. Bellamy resuelve en conformidad con las ideas que se propuso vulgarizar y difundir. «En el siglo XX, escribe, no hay *asalariados*. Los inmensos sindicatos, las grandes compañías por acciones, las formidables asociaciones de trabajadores y de patronos que caracterizaban las postrimerías del siglo XIX—sobre todo en América—llevaron á las naciones á esta idea, de la que resultaría la organización de la producción. El movimiento concentrador de los negocios en asociaciones capitalistas cada día mayores, la tendencia al monopolio, á la que con razón se había procurado resistir, fué por fin comprendida en su verdadero sentido, como una tendencia que no tenía más que completar su evolución

lógica para abrir la edad de oro de la humanidad. La nación se apodera entonces de todos los medios de producción, entregándose la industria y el comercio á un solo sindicato, la nación, comprendiéndose al cabo que más que otra cosa es negocio público, y de ese modo se hizo la nación empresario único, exclusivo patrono.»

«Antes forzaba el Estado á los ciudadanos al servicio militar, creyendo erróneamente que su función principal era la guerra. Ahora todos los ciudadanos, desde la edad de veintiún años hasta los cuarenta y cinco, prestan el servicio industrial obligatorio, se consideran obligados á trabajar determinado número de horas diarias en los talleres ó campos de la nación; hasta los veintiún años estudian; desde esta edad entran en la industria, y al cabo de tres años eligen el oficio que prefieren para trabajar, y á los cuarenta y cinco años son absolutamente libres de gozar de la vida y no tienen que realizar trabajo alguno obligatorio, salvo casos excepcionales, como calamidades públicas, en que la nación acudiera á todos los brazos disponibles. Para evitar la falta de voluntarios en determinadas ramas del trabajo, la administración acude al siguiente sistema: desde que los voluntarios se inscriben en gran número en un oficio, desertando de otros, les reclama mayor número de horas de trabajo en aquél y limita las de éstos, y si á pesar de ello nadie los quiere, ó bien se abandonan definitivamente, ó bien se procura hacerlos menos desagradables. Pero si tal género de trabajo es indispensable, se le retira de la lista de los trabajos regulares, se le declara extra arriesgado, extra-meritorio para la nación, y entonces seguramente desbordan los voluntarios.»

Tal es, según el colectivista Bellamy, la forma de actuación del trabajo en la sociedad por él imaginada. Sus productos entran en los almacenes nacionales, extendidos por todos los pueblos y comarcas y servidos por muy expertos, íntegros é imparciales comisionistas, cortos en número, puesto que los medios mecánicos suplen á los brazos.

Cada individuo puede tomar en ellos cuanto necesite, aun para sus caprichos, borrándose el importe de sus compras de la carta-crédito que al comenzar el año se le entrega para sus

gastos durante él. Como todos los productos entran en los almacenes y de ellos se sirven todos los ciudadanos de cuanto necesitan con arreglo á su carta crédito basada en su cooperación activa en la obra social, y como los servicios son públicos y obligatorios, no hay necesidad de salario; éste desaparece; la retribución del esfuerzo útil está en el consumo garantizado, en los goces satisfechos, y toda vez que con el trabajo desde los veintiún á los cuarenta y cinco años se satisface la deuda social y se compran las subsistencias y goces de toda la vida, no se precisa trabajar por más tiempo. El libro de Bellamy no es sólo una novela, una obra de imaginación; es todo un sistema económico social; de aquí la importancia que se le ha atribuído, el éxito colosal que ha alcanzado y el que de todas partes hayan surgido imitadores, K. Wilbrandt, E. Muller, R. Michaelis, Villiam Morris, Ignacio Donnelly, Gabriel Welstein, Kingstey, Maurice Block y otros varios.

Bellamy ha querido presentar la sociedad tal como el socialismo radical la concibe, y al hacerlo ha puesto muy de relieve, al par que ideas justas y posibles, ideas erróneas y utópicas, al menos dadas las condiciones actuales de las sociedades. Su libro es, por lo tanto, no un libro de entretenimiento, sino de estudio, y por eso le hemos dedicado estas líneas.

IV

Formando la extrema izquierda de los reformadores modernos, pero no del socialismo como por algún escritor se ha pretendido, pues de éste la separan diferencias esenciales, aparece otra secta cuyas doctrinas de mera utopia serían calificables si ciertos hechos, tristemente frecuentes, en especial en España, y que son los que mayor celebridad le han depurado, no la asignasen otro carácter: nos referimos á la secta anarquista. De lo que piensan algunos de sus principales adeptos respecto á la cuestión del salario, traduciendo fielmente el pensamiento general de la secta, vamos á decir algo.

En el número correspondiente al mes de Febrero del año

actual (1898) insertó la revista parisiense *L'Humanité Nouvelle*, órgano del anarquismo, ó de los llamados *Libertarios*, y ciertamente de los más doctrinales, de los que más se elevan á la serena región de los principios, de los que con mayor lucidez exponen las teorías y de los que menos se ocupan de cierta clase de hechos, insertó un artículo debido á Mr. J. Walter Jourde, patrocinándolo al darle cabida en sus columnas sin salvedad alguna.

Comienza Mr. Walter haciendo una rápida excursión por el campo de la historia para marcar la condición del trabajador y del trabajo en las distintas épocas. «En la antigüedad—dice—el esclavo, asimilado por completo á la bestia de carga, no tenía derecho alguno al fruto de su trabajo: el amo le mantenía bien ó mal, después le arrojaba como pasto á las murenas y todo estaba dicho. Esto era odioso, pero era franco. En la Edad Media el siervo tallable y corbeable, por la manera misma como se efectuaba el trabajo, podía distinguir claramente el tiempo en que trabajaba para el señor del que consagraba á la satisfacción de sus propias necesidades; era un régimen inicuo, pero despojado de todo artificio. El capitalismo moderno, hijo de la hipocresía clerical y gran progenitor de *Tartufos*, no podía acomodarse con tanta lealtad á la maldad, é *inventó el salario* que presenta como la remuneración directa y adecuada del trabajo efectuado, no dejando así lugar á ninguna distinción, á ninguna separación entre el trabajo pagado y el que no lo es... La mayor de las obras ha sido convencer al productor de que recibiendo su salario recibe la retribución integral de su esfuerzo muscular ó cerebral.»

De estas ideas, en las que aparece muy perceptible la doctrina marxista, de la que el anarquismo se ha asimilado cuanto no pugnaba con su pensamiento esencial, parte Mr. Walter para su crítica del capitalismo industrial. «Con efecto, añade, de esta manera parece, por una parte, que el trabajo es remunerado en su total valor, y por otra parte, que el capital es fructífero por su propia virtud. Pero ésta es una de las verdades aparentes de las que es preciso desembarazar el terreno de la discusión cuando de buena fe se quiere preparar la humanidad nueva, no habiendo hecho la antigua hasta el pre-

sente sino evolucionar en lo falso. La verdad es que el salario implica siempre cierta cantidad de *sobretabajo*, es decir, de trabajo *no pagado*, y que este *sobretabajo*, si prolonga hasta en nuestra pretendida civilización la era de la esclavitud de la explotación del hombre por el hombre, constituye para el capitalista la fuente única del provecho. Primeramente, admitamos como principio que la sustancia de todo valor es el trabajo humano. Salvo el aire y la luz, nada hay en la naturaleza que el hombre no haya debido transformar para apropiarlo á sus necesidades. Producto él mismo de una larga y laboriosa evolución histórica en el seno de las energías desencadenadas del mundo, le ha sido preciso elevar hasta sí la naturaleza bruta. Es indudable que no hay más que una química, habiendo demostrado la fisiología que la química vital y la de los cuerpos minerales están «sujetas á las mismas leyes, que por todas partes, en los cuerpos vivos, como en los otros, los fenómenos, cualesquiera que sean, no son ni pueden ser engendrados sino por procesos físico-químicos. No es menos cierto que gracias á la complejidad extrema en que se encuentran agrupados los catorce elementos que constituyen su yo fisiológico, el hombre es un ser aparte, muy por encima de los otros organismos en los que, sea en parte, sea en totalidad, entran los otros elementos. No existe materia que tenga para el hombre valor fuera del trabajo que en ella haya acumulado. Los vegetales, los frutos de que hace su alimento, los mismos animales domésticos, no lo tendrían al encontrarse en el estado en que los encontraron nuestros abuelos prehistóricos. Es por una sabia y metódica selección como la horticultura y la zootécnica han transformado insignificantes gramíneas, los volátiles y los cuadrúpedos primordiales en sabrosos productos de consumo. En cuanto á las bestias salvajes y á los grandes carniceros, la dificultad que hay en capturarlos constituye para el hombre, cuando lo consigue, el título de la más legítima de las propiedades».

En apoyo de estas ideas, que encierran verdades inconcusas, expuestas y magistralmente sistematizadas por Karl Marx, y que en su mayor parte patrocina la escuela económica manchesteriana, que hace al trabajo fuente de toda riqueza, copia

Mr. Walter Jourde el siguiente pasaje de los *Elementos de ideología* de Destutt de Tracy: «Puesto que es cierto que nuestras facultades físicas y morales son nuestra única riqueza original, que el empleo de estas facultades, cualquier trabajo, es nuestro único tesoro primitivo, y que es siempre de este empleo del que nacen todas las cosas que llamamos bienes... es cierto también que todos estos bienes no hacen sino representar el trabajo que los ha producido, y que, si tienen uno ó dos valores distintos, no pueden sacar estos valores sino del valor del trabajo de que emanan».

Pero el trabajo no es únicamente el productor de la utilidad, no es tan sólo al que se deben todos los productos de consumo; lo es también del valor, y así procura demostrarlo Mr. Walter Jourde. «Un objeto desprovisto en sí de toda utilidad, dice, se hace precioso por y desde el momento en que se cristaliza en él una suma dada de este trabajo. Así, por ejemplo, sucede con el diamante: si en lugar de ir á buscarlo á las enormes profundidades, se le encontrase en la superficie, su precio descendería inmediatamente al del pedernal. Solamente porque representa una cantidad de trabajo es por lo que tiene valor. Sin embargo, quien dice valor no dice necesariamente provecho. El buscador de diamantes que vendiese uno por el precio exacto que le hubiese costado su extracción, habría creado un valor social, no habría personalmente realizado ningún provecho. Por el contrario, el viajero que de entre los iroqueses recogiese una piedra preciosa cambiada por un cuchillo de caza, habría creado para su país un valor igual á la diferencia que en tierra civilizada existe entre el precio de un cuchillo y el de la piedra preciosa.»

Explica después el concepto de *precio social*, lo que determina el *precio medio*, y el por qué el precio social es siempre el más bajo. Con este motivo se ocupa de la concurrencia, la cual «en todo tiempo se ha exacerbado hasta tal punto que el trabajador, para sobrevivir y perpetuarse, renunciando á todo lo superfluo, debe contentarse con lo estrictamente necesario, y si se encontrase en su perímetro otra trabajador que tuviese menos necesidades que él y que pudiera contentarse con menos comida, este último sería preferido

por el empleante, y si en lugar de un obrero se encontrasen miles ó millones en el mismo caso, inmediatamente el precio social descendería al *mínimum* á prorrata de los alimentos á que no pueda acomodarse criatura humana, de lo que resulta que el precio social de la mano de obra es invariablemente determinado por el *mínimum* de subsistencia indispensable á los más esparciatas entre los trabajadores, y, lo repito, fué una obra maestra el condicionar el valor del trabajo por el de las sustancias necesarias al sostenimiento estricto y á la reproducción del proletario». De todas estas premisas, que apoya en hechos prácticos, saca Mr. Walter consecuencias contra el régimen actual del trabajo, que aniquila al trabajador, y contra la forma de retribución que lleva el nombre de salario; forma por la que se ha llegado á remunerarlo con lo menos posible, con lo que apenas puede subsistir criatura humana, á cambio de una faena cada vez más prolongada; desprendiéndose también la consecuencia de que semejantes régimen y forma, fatalísimos, mortales, deben desaparecer para dar lugar á otros que respondan á los verdaderos fines sociales.

CAPÍTULO VII

La ley del salario de los economistas, juzgada por Max Nordau.—Rodolf Meyer, Francisco Nitti y los doctores Lombroso y Laschi.—Cuestiones enlazadas con la transformación ó reforma del salario.—Opiniones contrarias á la tasa del salario: Bentham y Baudrillart.—Contestación de los defensores de ella.—Exposición y análisis de varias ideas de Mr. Jules Simon.—Los socialistas cristianos: Juicio crítico de las ideas de los mismos acerca del *mínimum* del salario y de su fijación por la ley expuestas por De Pascal, Meyer, Decurtius, y del Cardenal Manning.

I

Hemos creído conveniente el exponer las anteriores opiniones y teorías, porque de ellas parten la mayor parte de las críticas, y en ellas se apoyan las soluciones que al problema del salario viene dando el que puede llamarse socialismo mi-

litante obrero, desde las sensatas que constituyen las reformas encarecidas por algunas de las *Trades unions*, hasta las singularísimos de los *Trimardeux* franceses, cuyo órgano lo es *La luz le Trimad*, que patrocinan el *trabajo sin retribución*, sueño que deja muy atrás á todos los sueños.

En términos excesivamente acres, pero no desprovistos de fundamento, hemos visto que hacen la crítica de esa tan generalizada forma de retribución del trabajo los socialistas teóricos y los mismos economistas, con excepción de los *clásicos*, quienes, á pesar de la transformación inmensa que en las ideas y en la vida económica se realiza, siguen sosteniendo doctrinas que, si contribuyeron al adelantamiento de los pueblos, hoy no hacen sino mantener males que afectan á la sociedad en general, y particularmente á varios de sus más selectos elementos.

El salario, tal como hoy se practica, es indefendible, aunque publicistas y sociólogos tan distinguidos como el Sr. Azcárate crean que es la única forma de retribución posible respecto á algunas faenas. Es las más de las veces injusto, inhumano, vejatorio para el obrero. Si se encomienda su fijación á la libre voluntad de las partes, esta libertad lo es tan solo para una de ellas, ilusoria para la otra, y si se confía en la llamada ley de la concurrencia, únicamente sirve para que el fuerte explote al débil.

Con el apasionamiento que le distingue, pero también con ese fondo de verdad que en todos sus escritos se descubre, ha dicho el eminente escritor alemán Max Nordau (*La mentira económica*) que ante la horrible situación á que se ha llevado á las clases trabajadoras y á los demás proletarios, «para calmar la conciencia inquieta de los que poseen bienes, han imaginado los economistas una frase: «la férrea ley del salario»; que conforme á esta ley el salario cotidiano no se ha de elevar mucho ni ser tampoco menor de la suma necesaria, según los países, para la conservación de la vida, lo cual quiere decir que el trabajador puede estar seguro de adquirir, si no la abundancia, á lo menos lo bastante para satisfacer sus necesidades; que esto sería muy bueno si en realidad ocurriese así; mas, por desgracia, la célebre ley del salario no es mas que una jesuí-

tica logomaquia; que desde luego no se aplica en forma alguna á los que no pueden ahorrar en ninguno de los países de Europa algo con que vivir durante el tiempo en que carecen de trabajo, encontrándose, por consecuencia, obligados durante una parte del año á la mendicidad ó á un lento agotamiento de fuerzas causado por las privaciones; que dicha ley no es admisible sino como medida del jornal que disfrutan aquellos que realmente están ocupados, debiendo ser cuando menos la cantidad mínima la que baste para que puedan mantener su organización en buen estado y alcanzar los límites naturales de la vida; que si tal ley fuera efectivamente la que debe ser, el obrero debería por lo mismo, mediante su trabajo, conservar su organismo en el buen estado que sus disposiciones naturales le permitan obtener; que el economista optimista repite en voz de triunfo su ley de los salarios cada vez que ve que el jornalero al fin de una vida de trabajos no ha muerto de hambre y puede llenar el estómago de patatas, fumar su pipa, beber una copa de aguardiente, y se congratula de que está satisfecho y á gusto; que el fabricante aspira, antes que todo, á pagar al obrero lo menos que pueda y después sacar al comprador todo el dinero que éste pueda dar, pues si la afluencia de obreros le permite adquirirlos á precio irrisorio, ó si la concurrencia de compradores, ú otras circunstancias, le permiten vender muy caro, no dudaría un momento en ganar, no cuatro ó cinco, sino ciento ó más por ciento, y que los defensores de la explotación del obrero por el capitalista dicen que con el reparto de las ganancias se arruinará el fabricante, cuando no es el importe de la suma que se le quita lo que irrita al obrero, sino el hecho de ser despojado en beneficio de un capitalista».

De pesimistas y no poco exageradas podrían tacharse á primera vista las anteriores ideas del escritor alemán, tal vez uno de los que con mayor empeño y acierto combaten las instituciones, las leyes y los organismos sociales existentes y de los que más viva fe han demostrado tener en el porvenir de la humanidad. Pero si se atiende á cuanto dejamos dicho, á los hechos que se suceden ante nuestros ojos y á las opiniones emitidas por escritores que nada tienen de demagogos, entre

ellos Rodolf Meyer, tan significado entre los socialistas cristianos, quien, de acuerdo con Rodbertus, cuyas inspiraciones ha seguido, dice que el régimen actual nos lleva necesariamente á los mismos resultados que la esclavitud produjo en otros tiempos, pues «los fuertes, en lugar de poseer las tierras, poseen los hombres y obligan á los proletarios á que presten el trabajo por un precio cada vez menor»; si se atiende á todo ello, se advertirá que lo que por el pronto parece exagerado, y producto de la idiosincrasia de Max Nordau, no se aparta de la realidad ni carece de sólido apoyo.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Biblioteca storico-critica della letteratura dantesca, diretta da G. L. PASSERINI e da P. PAPA.—*Vol. IV. Nicola Zingarelli: La personalità storica di Folchetto di Marsiglia nella COMMEDIA di Dante, con appendice.*—*Nuova edizione accresciuta e corretta.*—*Bologna. Ditta Nicola Zanichelli, 1899.*—*Un volumen en 4.º mayor de 79 páginas, 1,50 liras.*

Desde que Petrarca y Boccaccio comenzaron sus trabajos sobre la producción del gran poeta florentino, ni un solo momento se han dado paz en Italia, sobre todo, las interpretaciones, anotaciones, comentarios, estudios y divulgaciones de Dante, que constituyen ya la más rica de las literaturas personales que jamás hayan aparecido, sin excluir aun al mismo Homero. Es realmente asombroso lo que se ha producido en estos seis últimos siglos, en términos de que no hay actividad humana que pueda conocer siquiera tan despilfarrada bibliografía, lo cual hace que el erudito y el crítico que quieran sumergirse en este *mare magnum* no sepan siquiera por dónde empezar.

A éstos sale al encuentro el conocido y pulcro editor boloñés Nicola Zanichelli, quien ha inaugurado el presente año de 1899 con la publicación á que nos referimos, «para que los estudiosos de Dante puedan tener noticia directa de todo lo mejor que la actividad italiana y extranjera ha producido acerca del poeta y de sus obras». No es poco lo ofrecido, ni faltan alientos á Zanichelli si ha de cumplir lo que nos ofrece.

En esa Biblioteca—según los propósitos del editor— se recogerán las mejores monografías dantescas que en estos últimos años han aparecido dentro y fuera de Italia, especialmente en Alemania, Inglaterra y América, y no sólo se formará con lo publicado, sino también de lo nuevo que contribuya á los estudios *alighieranos* con investigaciones originales y pueda ilustrar la vida, las obras ó el culto del divino poeta.

Seguridad de futuros aciertos son las obras publicadas (Paget Tonybec: *Ricerche e note dantesche*, traducida del inglés; Emico Rostagno: *La vita di Dante*, texto del *cosi detto Compendio* atribuido á Giovanni Boccaccio; *Dos fascículos*, y la obra de Zingarelli, de que vamos á hablar en seguida) y los nombres de los señores G. L. Passerini y Pascuale Papa, eruditos é impenitentes

dantófilos, que han tomado á su cargo la dirección de la nueva Biblioteca, y á quienes enviamos nuestro saludo por la importante obra que desde su puesto pueden realizar.

* * *

El último fascículo que ha publicado la *Biblioteca storico-critica della letteratura dantesca* es la monografía de Zingarelli: *La personalità storica di Folchetto di Marsiglia nella Commedia di Dante*, trabajo que el autor dió á conocer en la Academia de Arqueología, Letras y Bellas Artes de Nápoles, y por primera vez publicado en el diario oficial de la misma en 1897. El trabajo de Zingarelli mereció incontinenti la atención y los estudios de críticos y eruditos alemanes como F. X. Kraus, H. Suchier, A. Tobler, R. Zeuker; del francés A. Jeanroy, y de sus compatriotas C. de Lollis, M. Pelaez, R. Renier, M. Scherillo y F. Torraca; estudios y críticas que han servido á Zingarelli para revisar su trabajo y ofrecerlo de nuevo en la edición que nos ocupa, convenientemente aumentada y corregida.

Es Italia una de las naciones donde se trabaja con verdadera fe en la investigación, aprovechando el rico manantial de los códices como primera fuente, sin olvidar ninguna de las monografías concretas del punto tratado; y á esta clase de trabajos pertenece la reciente obra de Zingarelli. Los seis párrafos que comprende esclarecen otros tantos puntos del texto de Dante en el discurso que éste pone en boca del trovador-obispo, llegando en cada caso á conclusiones concretas y resumiéndolas todas en estas frases: En lo que dice el poeta está entero y veraz el personaje histórico. Parece que éste no perdió nada de sí, y que, después de un largo sueño, aparece vivo y verdadero, tal como nos lo habíamos imaginado leyendo la historia. No es en la *Divina Comedia* un símbolo abstracto, no es un pretexto, no es, en suma, históricamente falso: Dante no se sirve de Folqueto para hacerle decir lo que nunca hubiera dicho, sino que ha vuelto á crearlo tal cual era y como él lo comprendía. Así parece que procedió siempre Dante en todas las partes de su admirable poema, y la conclusión de Zingarelli, después del minucioso estudio de los hechos, de los códices y de los historiadores sucedáneos, lo confirma plenamente en lo que se refiere al importante personaje de quien se trata.

* * *

Pascuale Papa. *Madrigales.* Traducidos por ENRIQUE FERNÁNDEZ GRANADOS, para la Srta. Josefina Tornel.—*In tenebris stella.*—México, 1899.—Un folleto en 16.º de 16 páginas, portada á dos tintas y bien impreso.

Mientras de Italia nos llega un 4.º mayor de la *Biblioteca* de que es codirector Pascual Papa, de México recibimos un *picciolo volumetto* que comprende hasta ocho *madrigales* del expresado

poeta, quien, por boca de un hábil traductor, el conocido literato mexicano, nos dice en la introducción—que también la tiene el diminuto folleto—dirigiéndose á su amada:

El alma has desdeñado
que te ofrecí en un día;
vayan á ti estos cantos,
última ofrenda mía.

Hojas y tallos secos
son de un Abril remoto;
son los corales sueltos
de un collarcito roto.

Y conténtense nuestros lectores con esta sola cuenta del collarcito, que á poco que nos corramos en la transcripción reproduciremos en una página toda la obra de Pascual Papa y de Enrique F. Granados.

E.

*
* *

Leçons sur l'électricité, par ERIC GERARD, directeur de l'Institut Électrotechnique Montefiore.—Paris, Gauthier-Villars et fils, editores.—Tomo I, en 4.º, x-819 páginas, 12 francos.

El mejor testimonio de la valía de este libro y del interés que ha despertado entre los hombres sabios es la publicación de la sexta edición, por haberse agotado en absoluto las ediciones precedentes. Esta obra, que con sus tiradas anteriores ha permitido estar al corriente de la ciencia eléctrica y de sus aplicaciones, y ha descrito todos los perfeccionamientos verificados en electrotecnia, hace notables variaciones en la sexta edición de su primer volumen. La teoría de los *iones* ha sido aplicada al estudio de la electrolisis, de las pilas y de los acumuladores. Los fenómenos que se verifican en los circuitos y en la masa de los conductores atravesados por corrientes alternativas han sido objeto de un examen más detenido, y el empleo de los radio-conductores se incluye en la exposición de las ondas eléctricas.

El capítulo referente á los acumuladores ha sido también notable y ventajosamente transformado, tanto respecto de su exposición teórica como en su parte descriptiva.

*
* *

Interprétation sociale et morale des principes du développement mental, par J. M. BALDWIN, professeur à l'Université de Princeton. Traduit sur la seconde édition anglaise avec la collaboration de l'auteur, par L. Duprat, professeur de Philosophie.—Paris, V. Giard et E. Brière, editores.—Un tomo en 4.º, vi-577 páginas, 10 francos.

Este volumen es traducción de una obra de vital importancia desde el punto de vista psico-sociológico, escrita por el Sr. Baldwin, publicista americano de alta reputación científica y autor de

la famosa obra que se tradujo en Francia con el título de *Le développement mental dans l'enfant et dans la race*.

De un estudio profundo del *yo* y de su modo de constitución deduce el Sr. Baldwin la consecuencia de que el *yo* no es el *ego* ni el *alter*, sino el *socius* con quien se concilian el *alter* y el *ego*, concluyendo que la conciliación entre el individuo y la sociedad es un hecho consumado. Sin embargo, existen en la sociedad personalidades de indiscutible genio que se elevan sobre el nivel común, que se adelantan á la evolución de la colectividad, y que, por lo tanto, no pueden adquirir para sus invenciones ó descubrimientos la sanción social indispensable á todo adelanto, invención ó progreso.

En efecto; y nosotros pensamos que de aquí deriva inmediatamente un conflicto entre dos autoridades morales: la sociedad y el individuo; y que este conflicto está muy lejos de poder hallar una resolución fácil y satisfactoria. Si el individuo es realmente un hombre de genio, la sociedad debe seguirle, que él la llevará por la senda del bienestar y del progreso; y si este individuo es un ignorante, un visionario ó un loco, justa y razonable será la sociedad si rechaza sus desvaríos ó sus torpezas. Pero aquí vuelve á presentárenos el problema; y, con permiso del autor, se nos ocurre preguntar: si la sociedad no comprende á los hombres de genio cuando son superiores á ella, ¿cómo advertirá que son visionarios ó seres sobresalientes? ¿Cómo comprenderá que debe seguirlos ó rechazarlos?

*
* *

La Géologie expérimentale, par STANISLAS MEUNIER, *professeur au Muséum d'Histoire Naturelle*. — Paris, Félix Alcan, editor. — Un tomo encuadernado, de la Bibliothèque scientifique internationale, en 4.º, VIII-306 páginas, 6 francos.

Este libro, que es un resumen del curso público explicado por el autor en el Museo de Historia Natural, ofrece un cuadro de los resultados obtenidos por la aplicación del método experimental á diversos puntos de la Geología, y es la primera vez que vemos esta ciencia tratada en su generalidad. Otra cosa es, en efecto, verificar experiencias en tal ó cual dirección ó investigar aquello que el experimento puede ofrecer como procedimiento normal de estudio geológico.

El Sr. Meunier, apartándose de los sabios que le han precedido, ha expuesto y desarrollado, ante todo, sus resultados personales; de modo que *La Géologie expérimentale* constituye un trabajo altamente original. Después de leerle no puede menos de pensarse que la Geología debe ocupar un puesto entre las ciencias experimentales que, según la bella expresión de Claudio Bernard, merecen ser calificadas de *sciences conquérantes de la nature*.

*
* *

Annales de l'Institut international de Sociologie, publiées sous la direction de M. RENÉ WORMS, secrétaire-général.— Paris, V. Giard et E. Brière, editores.— Un tomo en 4.^o, 512 páginas, 10 francos.

El Instituto internacional de Sociología, que ha celebrado en años anteriores una serie de Congresos notables, prosigue con estricta regularidad el curso de sus publicaciones científicas. El tomo V de los *Anales*, que ha dado á la estampa recientemente, contiene los trabajos escritos por sus miembros y correspondientes durante el año último, comprendiendo nueve estudios de autores de distintas nacionalidades. El Sr. Azcárate, presidente del Instituto Internacional, expone un *plan* de la Sociología; el secretario, René Worms, examina la inducción en Sociología y el valor de las leyes sociales; el Sr. Novicow, de Odessa, resucita el debate acerca de la teoría orgánica de las sociedades; C. N. Starke investiga las condiciones en virtud de las cuales llegaría la personalidad humana á ser libre en la familia y en el Estado; nuestro compatriota el Sr. Dorado, catedrático de la Universidad de Salamanca, indica cómo el derecho penal, actualmente represivo, podría transformarse en una institución preventiva del crimen; y los Sres. Raoul de la Grasserie, Jaffé, Limousin y Puglia tratan, con la notoria competencia que les reconoce el mundo científico, importantes puntos de sociología y de derecho.

En los *Anales* se publica además los estatutos de la corporación, la lista de las juntas que sucesivamente la han dirigido y los nombres de los miembros é individuos correspondientes.

* * *

Estudio de Antropología criminal espiritualista, por D. BENITO MARIANO ANDRADE, abogado del Ilustre Colegio de Madrid y académico-profesor de la Real de Jurisprudencia y Legislación. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, editores.— Un tomo en 4.^o, 224 páginas, 4 pesetas.

El autor de los *Estudios penales*, huyendo del fatalismo en que incurre la escuela positivista, intenta demostrar en su nuevo y notabilísimo trabajo que es posible verificar el estudio del factor del crimen observándole desde el punto de vista de su modo de ser, de su naturaleza, costumbres é instintos. Moralmente no obran del mismo modo el creyente y el ateo; el que cree con firmeza en la divinidad se contiene en la comisión del delito por temor á la justicia eterna; el ateo no atentará al derecho por conveniencias sociales ó por dictados de una conciencia perniciosamente formada.

El Sr. Andrade cree en la *herencia de las inclinaciones*; pero de la ley de la herencia no se deduce la ley de la fatalidad, en lo cual se aparta de las aseveraciones de los positivistas, que así lo proclaman. La educación, las circunstancias y el medio pueden fomentar la *mala índole* del individuo; pero esto no quiere decir

que no exista la posibilidad contraria; es decir, que aquellas condiciones no puedan corregir y educar esta *mala índole*, y aun adormecerla y anularla.

El autor defiende noblemente al hombre loco (hombre anormal) y se lamenta, con justa causa, de que el pobre enajenado *siga siendo objeto del ludibrio y la burla de sus contemporáneos*, afirmación que no pone muy altos los sentimientos de caridad y de amor de la sociedad moderna, pero que es una verdad innegable y tristísima.

*
* *

Premiers principes de Géométrie moderne, par ERNEST DUPORCQ, ancien élève de l'École Polytechnique, ingénieur des télégraphes.—Paris, Gauthier-Villars et Fils, editores.—Un tomo en 4.º, VII-160 páginas, 3 francos.

Esta obra, aunque destinada á los alumnos especiales de Matemáticas de Francia, á quienes singularmente puede prestar grandes servicios porque les ahorra el estudio de libros muy voluminosos, puede ser también provechosamente consultada por los que estudien Geometría superior, los cuales no suelen hallarse muy familiarizados con los métodos de la Geometría moderna.

La obra comprende seis capítulos, en el primero de los cuales, consagrado á observaciones preliminares, el autor afirma el carácter analítico que reviste la Geometría á consecuencia de la introducción de las imaginarias, é indica las primeras nociones sobre la transformación de las figuras. El capítulo II trata de las divisiones homográficas y de su aplicación á la generación de las curvas y de las superficies de segundo grado. En el III se expone geométricamente la teoría de las transformaciones homográficas y correlativas en el plano y en el espacio. Los IV y V están consagrados al estudio de las principales propiedades de los cuerpos cónicos y tetraédricos. El VI y último trata de las transformaciones homográficas y correlativas, y contiene un estudio geométrico de la inversión y de las curvas planas.

*
* *

Otras publicaciones.

Periódicos:

Rivista politica e letteraria. Roma (1.º Junio).—Esta notable revista italiana publica en su último número importantes trabajos, y entre ellos uno muy enérgico acerca de la cuestión de Oriente, que titula «La comedia parlamentaria en la cuestión anglo china», por XXX.

O Instituto. Coimbra (Junio).—Continúa el notabilísimo estudio de Antonio Vianna, «La revolución de 1820 y el Congreso de Verona», tratando en este número de las consecuencias inmediatas de la guerra de España; «Estudios de historia griega», por el

doctor P. Garofalo; «De la fotografía cranio-cerebral», por Pereira de Sousa.

La Rassegna Nazionale. Milán-Florenia (1.º Junio).—Contiene «China y los chinos», por C. Spagnolo-Turco, en que se dice que la colonización en China, si así puede llamarse, debe ser y puede verificarse de dos modos: por *eliminación* y por *civilización*, y se afirma que la acción de Europa es una de las más grandes infracciones del derecho de gentes; «Una hija del siglo», por Irmá Ríos, que dedica grandes y entusias elogios á María del Pilar Sinués.

La Revue Blanche. París (1.º Junio).—Con motivo de la reciente traducción francesa que de *Las mil y una noches* ha compuesto el doctor C. Mardrus, Alejandro Ular publica un interesante trabajo en que reconoce la susodicha traducción como la más completa y acabada.—«Henry Becque», por Gustavo Kahn; «Cartas al Conde de Cini», por Stendhal; «La justicia militar», por Valentín Patricio.—El número de 15 de Junio contiene un notable estudio de Paul Louis acerca del «Imperio británico», en que el autor analiza el poderío comercial de Inglaterra con notas á la vista y estadísticas irrefutables.

L'Humanité Nouvelle. París (Junio).—Comienza la publicación de un trabajo notabilísimo acerca de algunos puntos del marxismo, titulado «Algunas objeciones al materialismo económico», y firmado por el distinguido escritor socialialista G. Sorel, que hace gala de las cualidades de crítico que tan respetado han hecho su nombre en el mundo filosófico. *L'Humanité* publica, además, un trabajo magistral, «El derecho puro», del famoso jurisconsulto belga Edmundo Picard, que expone un alto concepto de la justicia.

La Revue Socialiste. París (15 Junio).—Contiene un bien escrito artículo de Edgard Milhaud sobre el «Movimiento sindical alemán», cuyos progresos van á la par que los del socialismo propiamente dicho; un estudio muy interesante de Paul Louis acerca de «La conferencia de La Haya»; «Investigaciones sobre el origen de las ideas abstractas», por Paul Lafargue, y «Los intelectuales en Francia».

Bulletin de la Société Astronomique de France. París (Junio).—Publica una descripción, ilustrada, del Observatorio de Niza, por Camilo Flammarion; «La telegrafía sin hilos», por André Broca; «Nuevas observaciones del planeta Marte», por Douglass, Sola y Mee, y «El halo solar de 5 de Abril», por F. Quenisset.

Revista General de Marina. Madrid (Junio).—«La defensa de las costas», por D. Salvador Carvia, teniente de navío, es un trabajo que debe estudiarse con detenimiento por la sinceridad con que está escrito y lo atinado de sus observaciones. Inserta además «La escuadra como entidad militar», por Saturnino Montojo, teniente de navío de primera clase, y «Los exámenes de ingreso», por Rafael Sociats.

Revista de Especialidades. Madrid (Junio).—Esta notable publicación médica inserta en su último número «Un caso más de

quiste nasal», por D. José Pérez Caro; «Tratamiento de la otitis media», por D. José Ríos y Matas, y «La electroterapia en algunas paraplegias infantiles», por el Dr. Loza. Sigue repartiendo á sus abonados las *Obras completas de Letamendi*.

Revista técnica de Infantería y Caballería. Madrid (1.º Junio).—Trabajos notables: «La Caballería», por D. Ricardo Caruncho; «Marchas de resistencia», por X.; «De la educación del soldado», por D. Federico Pita.—El número de 15 de Junio publica «Algo sobre la artillería de campaña y los combates de lo porvenir», por D. Gil Justo, y «Marchas en Caballería», por S.

La España Moderna. Madrid (1.º Junio).—Continúa la novela *Tierras vírgenes*, por Ivan Turgeneff, y el interesante trabajo del Sr. Pérez de Guzmán «Bajo los Austrias». En la sección «Revista de revistas» publica el Sr. Araujo «Los grandes plagios del siglo», curiosa estadística de Deberdt.

El Mundo Naval Ilustrado. Madrid (1.º Junio).—Publica un precioso retrato de Castelar y una hermosa fototipia del entierro de este celebrado estadista á su paso por la Puerta del Sol. Avaloran este número muy notables escritos de los Sres. Ricart y Giralt, Gómez Núñez, Boado, Navarrete, Romero y otros.—El de 15 de Junio continúa el estudio «Potencialidad marítima de España», por J. Ricart y Giralt, y las interesantes «Cuestiones marítimas», por A. Navarrete. También inserta «Telegrafía sin hilos», por Manuel Andújar, y «Tribunales de honor», por el Conde de Torre-Vélez.

Hispania. Barcelona (30 Mayo).—Esta espléndida revista catalana dedica á Velázquez su último número, en que no se sabe qué admirar más, si los eternos cuadros del maestro ó el arte prodigioso de que hace gala *Hispania* al reproducirlos.

La Quinzaine. París (1.º Junio).—«Un autor y un crítico» (Henri Becque y Francisque Sarcey), por Paul Souday. La coincidencia de la muerte simultánea de estos dos hombres famosos ha causado honda impresión en el espíritu público francés. Sus méritos, aunque igualmente incontestables, eran, sin embargo, bastante diferentes para que hubiesen llegado á personificar escuelas enemigas. Pero Becque y Sarcey están de acuerdo en proclamar que la acción, la lógica y la unidad dramáticas son las leyes elementales del teatro. «El fundamento del derecho de asociación», por George Fonsegrive: la asociación, desde el momento en que multiplica las energías vivas, y, por lo tanto, la producción de la riqueza, tiene derecho á existir, como todo útil perfeccionado; de donde se deduce que el derecho de asociación tiene su génesis en el derecho natural.—(16 Junio). Publica un notable estudio de G. Andial, en que se analiza «Las ideas de Dumas, hijo»; «El catolicismo social», por Max Turmann; «Luis XVIII y el Conde de Artois», por Henri Welschinge.

Revue Internationale de Sociologie (Mayo).—«El poder espiritual», por Edmundo Galabert, en que se afirma, con buena falta de sentido moral y crítico, que no se debe confiar al catolicismo

la dirección de las almas ni el cuidado de los intereses morales. «La moral de Tolstoi», por Mr. Kovalewski.

Revista de Medicina y Cirugía Prácticas. Madrid (5 Junio).— «Extirpación casi total del estómago», por el doctor Ribera y Sans; «Algunas consideraciones sobre el valor de la litotricia», por D. Manuel Barragán y Bonet. Publica muy curiosas é importantes informaciones de los trabajos realizados en las Sociedades de Medicina y Cirugía de París, Londres, Berlín y Viena. — (25 Junio). Sobresale el trabajo original «Necesidad de precisar los diagnósticos», por el Dr. Espina y Capo.

La Ciudad de Dios Madrid (5 Junio).—Trabajos sobresalientes: «La Antropología moderna», por el P. Fr. Zacarías Martínez; «Berlioz y el poema sinfónico», por el P. Fr. Eustaquio de Iriarte; «Las escuelas económicas en su aspecto filosófico», por el Padre Fr. José de las Cuevas.

Études. París (5 Junio).—Son dignos de notarse: «Estudios de literatura cristiana antigua», por L. de Grandmaison; «Una nueva escuela de espiritualidad», por H. Watrigant; «Un nuevo libro sobre San Francisco de Sales», por J. Brucker. — En el número correspondiente al 20 de Junio se inserta un interesante trabajo de G. Desjardins, acerca de la nueva secta *americanista*, titulado «La carta al Cardenal Gibbons».

Revista Nacional, órgano de la Liga Nacional de Productores. Madrid.—Se ha publicado el núm. 6.º de esta importante revista, en el cual se inserta un muy notable artículo de D. Joaquín Costa, titulado «Solaces de política hidráulica».

Revista Minera. Madrid (24 Junio).—Llama la atención del lector el trabajo del Sr. Montenegro sobre los «Canales y pantanos», y «Almadén y sus competidores» (anónimo).

Revista Nueva. Madrid (15 Junio). — Es muy interesante el sumario de este número, sobresaliendo «El Salomón negro», por Rubén Darío; «Literaturas extranjeras», por F. A. de Icaza; «Operación quirúrgica», por Jacinto Benavente; «Puesta de Sol», por Miguel de Unamuno.

Revista de Extremadura. Cáceres (Mayo). Esta revista, que es una de las mejores publicaciones españolas, inserta en su núm. 3 interesantísimos trabajos, de entre los cuales nos complacemos en recomendar «Cáceres en tiempo de los romanos», escrito por el sabio arqueólogo Dr. Hübner, profesor en la Universidad de Berlín y grande amigo de España; «Historia, hipnotismo y sugestión», por el Dr. González Alvarez, de la Academia de Medicina; «Los glaciares cuaternarios de la sierra de Hervás», estudio precursor de otro más extenso que se propone escribir su autor, D. Eduardo H. Pacheco; y «De re rustica», trabajo en el que el Sr. Berjano aboga resueltamente por la educación agronómica *en su primer grado, técnica en su fin instructor y realista y positiva en el educador*.

Album Salón. Barcelona (16 Junio).—La preciosa ilustración que con tanto éxito publica D. Miguel Seguí puede compararse ventajosamente con las más populares y vistosas del extranjero,

Su último número es espléndido en lo referente á las ilustraciones; en cuanto al texto, publica un hermoso artículo de P. Gascón de Gotor, «La Eucaristía y el Arte»; «D.^a María de Molina», por Josefa Gutiérrez; «La pandereta», por Salvador Rueda; «Don Alvaro de Luna», por Rodríguez Solís, y la continuación de la interesante novela *Bebé*, de Luis de Val.

P. V.

INDICE DEL TOMO CXIV

15 DE ABRIL DE 1899

	<u>Páginas.</u>
Historia clínica de Cervantes, por José Gómez Ocaña ..	5
Segovia, Toro y Burgos (conclusión), por Vicente Lampé- rez y Romea	14
Enseñanza del árabe vulgar, por Francisco Codera	36
La tarde de Todos los Santos, por Antonio Frates	44
Un sociólogo español del siglo XVIII, por Antolin López Peláez	50
Los abusos del profesorado, por Tomás Kseriche	65
Troveros, trovadores y minnesinger, por J. L. Estelrich ..	73
Don Martín de Acuña, por Fernando Ruano Prieto ...	82
El trabajo de la mujer y del niño (conclusión), por Manuel Gil Maestre	95
Escena suelta, por Sofia Casanova de Lutoslawski ...	101
Boletín bibliográfico, por P. V	107

30 DE ABRIL

Los minnesinger, por J. L. Estelrich	113
Dostoïevsky criminalista, por A. F. Kohl	120
Silvela, literato, por Mariano Domínguez Berrueta ..	137
Solemnidad académica, por Mariano Amador	142
Las germinaciones, por Antonio Frates	148
Don Martín de Acuña (conclusión), por Fernando Ruano Prieto	166
La retribución del trabajo, por Manuel Gil Maestre	192
Al agua, por Jaime González	215
Boletín bibliográfico, por X. X. , por X. , por J. L. E. y por P. V	219

15 DE MAYO

El sistema métrico y sus nuevas bases científicas, por De Lannoy	225
Los minnesinger, por J. L. Estelrich	242
El cuento de Rosanieve, por Victor Balaguer	251
Exploración de la atmósfera, por V. Schaffers, S. J.	258
El corazón del tiempo, por Antonio Frates	278
Cien leguas sobre el Volga helado, por Sofía Casanova de Lutoslawski	295
Silvela, literato (continuación), por Mariano D. Bernueta	306
La retribución del trabajo (continuación), por Manuel Gil Maestre	310
Boletín bibliográfico, por E. y por P. V.	331

30 DE MAYO

Emilio Castelar, por la Redacción	337
Estudios militares, por Pedro A Berenguer	338
El sistema métrico y sus nuevas bases científicas (continuación), por De Lannoy	345
Cosas de antaño, por Carlos Cambronero	362
Exploración de la atmósfera (continuación), por V. Schaffers, S. J.	368
Los primeros Juegos florales en la ciudad de Colonia, por J. L. Estelrich	386
Cien leguas sobre el Volga helado (continuación), por Sofía Casanova de Lutoslawski	410
Boabdil en Lorca, por F. Cáceres Pla	423
La retribución del trabajo (continuación), por Manuel Gil Maestre	429
Boletín bibliográfico, por P. V.	443

15 DE JUNIO

Á propósito de una conferencia acerca de <i>La Walkyria</i> , por Eduardo L. Chavarri	449
El sistema métrico y sus nuevas bases científicas (conclusión), por De Lannoy	475
D. Francisco de Leyva y Ramírez de Arellano, eminente autor dramático malagueño, por Narciso Díaz de Escovar	492

Exploración de la atmósfera (continuación), por V. Schafers, S. J.	501
Cien leguas sobre el Volga helado (continuación), por Sofia Casanova de Tutoslawski	522
La retribución del trabajo (continuación), por Manuel Gil Mestre	534
Boletín bibliográfico, por G. V. , por E. y por P. V.	553

30 DE JUNIO

Cosas de antaño, por Carlos Cambronero	561
Exploración de la atmósfera (conclusión), por V. Schafers, S. J.	574
El concepto del delito según las escuelas clásica y positivista, por Juan U. Migoya	594
Los minnesinger, por J. L. Estelrich	608
Carta á Lorenzo, por Antonio Frates	616
Cien leguas sobre el Volga helado (conclusión), por Sofia Casanova de Tutoslawski	620
Soneto, por Fernando Calvo	633
El Cristo de Cope, por J. Cáceres Pla	634
La retribución del trabajo (continuación), por Manuel Gil Mestre	639
Boletín bibliográfico, por E. y por P. V.	660

